
OLIVIA DARCY
MI JEFE IRRESISTIBLE
SERIE
JEFES INSOPORTABLES

MI JEFE IRRESISTIBLE

JEFES INSOPORTABLES
LIBRO 5

OLIVIA DARCY

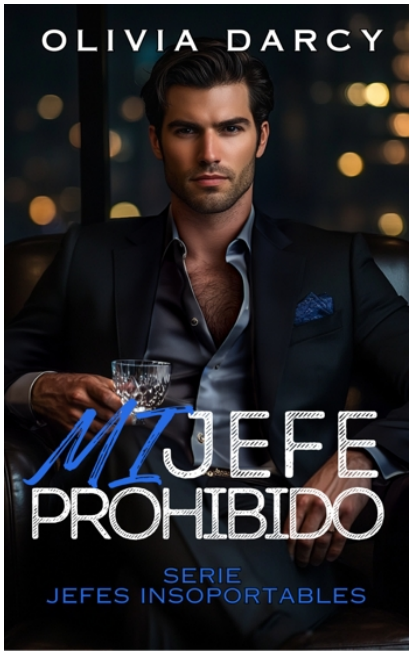
ÍNDICE

¡REGALO!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUI

PRÓLOGO

HANNAH

Desear al hermano de tu prometido tiene que estar en el top tres de cosas que una mujer decente no debería hacer.

Lo sé. Lo tengo clarísimo. Me lo estoy repitiendo ahora mismo, mientras lo hago.

Pero es mucho más fácil de decir que de hacer, porque Royce Harris se ha quitado la corbata sin dejar de estudiar el plano de una tubería reventada, y desde ese momento exacto mi fuerza de voluntad y yo hemos dejado de dirigirnos la palabra.

Me muerdo el interior de la mejilla y finjo que anoto algo profesional en el cuaderno. Algo que no sea: «¿Será capaz el pobre botón de la camisa de Royce de aguantar todos esos músculos sin explotar?».

Vale, en mi defensa: el compromiso es falso. Falsísimo. Un acuerdo que me parecía una buena idea hace un mes y que ahora, sentada en esta suite de The Legacy viendo cómo Royce despliega planos de tuberías sobre la mesa como si fueran mapas para ganar una batalla, va camino de ser la peor decisión que he tomado en mi vida.

Porque, por mucho que ni yo ni mi futuro marido estemos enamorados, no debería estar catalogando la forma en que a su hermano se le tensa en los hombros la tela de la camisa blanca cuando señala un punto del plano y le suelta una orden cortante a un ingeniero que acaba de entrar sudando.

—Aquí. —La voz de Royce es puro control—. Cortad el suministro de esta sección y redirigidlo por la tubería secundaria. Tenéis veinte minutos.

El ingeniero asiente tres veces seguidas y sale disparado. Royce ni siquiera levanta la vista. Vuelve al plano, se frota la nuca y, por un momento, la camisa se le abre un poco más.

Aparto la mirada.

Demasiado tarde.

Ya he visto el triángulo de piel que la corbata ocultaba: cuello, clavículas, el inicio del pecho. Si mirar el cuello de otro hombre que no sea tu prometido es pecado, que el diablo me vaya reservando una plaza en el infierno. Con vistas, si puede ser.

—¿Tiene algo que decir, señorita Gray?

Me sobresalto. Royce sigue inclinado sobre el plano, pero sus ojos grises están clavados en mí. Los mantiene ahí un instante largo, sin ninguna prisa por soltarme. No parpadea. Yo tampoco. El aire de la habitación se ha vuelto denso, o puede que sea yo, que he olvidado cómo funciona el asuntillo de respirar.

—No. Nada. —Consigo que mi voz suene casi normal—. Solo estaba pensando que esto nos podría dar para un capítulo estupendo. «El día que Royce Harris venció a las tuberías» —bromeo, pero a Royce no le hace ninguna gracia.

Este hombre tiene el sentido del humor de una cámara acorazada.

Baja otra vez la vista al plano sin decir nada más, pero su boca se ablanda un punto, ni sonrisa ni indiferencia, lo justo para decirme que ha pillado el sarcasmo. Y que no le ha molestado.

O puede que me lo esté inventando, porque llevo una hora entera en esta suite y el olor de su colonia me está friendo las neuronas.

Concéntrate, Hannah.

Eres una profesional. Has venido a escribir la biografía de este hombre, no a contar las veces que se remanga la camisa mientras desactiva una crisis sin despeinarse.

Hay algo obsceno en la eficacia de Royce Harris.

No debería ser sexy ver a un hombre gestionar una avería. Pero aquí estoy, con el bolígrafo suspendido sobre el cuaderno, viéndolo movilizar a media plantilla del hotel con esa calma letal que hace que todos salgan corriendo a cumplir sus órdenes. No grita. No tiene que hacerlo. Baja la voz medio tono y el mundo se pone firme.

Es competencia destilada.

Y yo, idiota integral, me he pasado la última media hora excitándome con un diagrama de fontanería.

Muerdo el capuchón del bolígrafo y me refugio en mis notas. «Royce Harris: hombre de acción. Resuelve problemas. No sonríe nunca. Ni siquiera cuando debería.» Subrayo lo de «nunca». Dos veces. Como si eso fuera a ayudarme.

No va a ayudarme.

Porque el problema no es que Royce sea hermético, distante y tan cálido como un contrato prematrimonial. El problema es que todo eso, esa coraza de hielo, esa forma de no ceder ni un milímetro, hace que cada mínimo gesto parezca una concesión enorme. Cuando se afloja la corbata, es un acontecimiento. Cuando me mira dos segundos de más, mi estómago registra el impacto como si acabara de decirme algo importante.

Lo cual es ridículo.

Royce Harris no me dice nada importante. Apenas me habla. Llevo tres semanas intentando sacarle algo personal para la biografía y lo máximo que he conseguido es una lista de sus hoteles favoritos y una explicación detallada de por qué la competencia no entiende el concepto de «lujo atemporal».

De su familia, de su infancia o de sus emociones no le he sacado ni una palabra.

Y aun así, aquí estoy. Prometida con su hermano (prometida sin amor, que conste) e incapaz de apartar los ojos de la línea de su mandíbula mientras estudia el plano como si las tuberías le hubieran ofendido personalmente.

Alguien debería haber incluido una cláusula en el contrato que firmamos para la biografía. Algo tipo: «La parte A se compromete a no desear en secreto a la parte B bajo ninguna circunstancia, y mucho menos mientras la parte B resuelve crisis con las mangas de la camisa remangadas».

Demasiado tarde para eso.

Royce se incorpora, se revuelve el pelo con un gesto rápido, casi impaciente, y por un segundo parece humano. Cansado. Real.

Entonces sus ojos vuelven a encontrarse con los míos y la máscara regresa: control absoluto, ni una grieta en su imagen.

—¿Ha apuntado algo útil, señorita Gray?

—Estoy considerando escribir un capítulo entero sobre su capacidad de liderazgo en situaciones de crisis. —Sonrío, dulce como la sacarina—. Aunque igual le cambio el título a «Frío industrial».

Esta vez sí: la comisura de su boca se mueve. Medio milímetro. Si parpadeo, me lo pierdo.

—Haga lo que considere oportuno. —Se inclina de nuevo sobre el plano—. Para eso le pago.

Para eso me paga.

Este hombre es un idiota.

Cierro el cuaderno de un golpe seco y me obligo a mirar por la ventana. Manhattan al atardecer: rascacielos, tráfico, miles de vidas que no incluyen desear al hombre equivocado en la habitación equivocada.

El aire huele a madera oscura, a dinero y a decisiones pésimas.

Y yo sigo aquí, con el cuaderno cerrado en el regazo y el pulso desbocado, preguntándome:

¿Cómo demonios he acabado en esta situación?

CAPÍTULO 1

ROYCE

Un mes antes…

Llevamos cuarenta y dos minutos de reunión y todavía no han dicho nada que merezca la pena escuchar.

Me apoyo contra el respaldo de la silla, de cuero italiano, diseño danés, comprada a propósito porque es imposible ponerse cómodo en ella, y observo a los cuatro miembros de mi departamento de marketing mientras trato de determinar si pertenecemos a la misma especie.

Llevan diez minutos intentando reunir el valor para ir al grano.

—Señor Harris. —Laura Kendall, directora de marketing, se aclara la garganta por tercera vez. Tiene las manos cruzadas sobre la carpeta que ha traído y no la ha abierto todavía—. Hemos analizado exhaustivamente los datos del último trimestre y…

—Y los resultados no son los esperados. —Termino la frase por ella porque esta lentitud me está poniendo de un humor infernal—. Lo sé. Por eso estamos aquí.

Laura parpadea. A su izquierda, Marcus (subdirector, treinta y dos años, demasiadas presentaciones en PowerPoint) traga saliva de forma audible.

Patético.

—Exacto. —Laura recupera la compostura con esfuerzo—. The Legacy Hotel está funcionando bien en términos operativos. Las críticas son excelentes, la ocupación es alta y el servicio está a la altura de nuestros estándares. Pero…

Espero. No digo nada. He descubierto que el silencio presiona más que cualquier pregunta.

—Pero su imagen pública está lastrando el potencial de crecimiento.

Ahí está.

Me inclino hacia delante y apoyo los codos en la mesa. Laura se pone rígida. Marcus mira hacia la ventana como si estuviera considerando tirarse por ella.

—Continúe.

—El mercado americano es… diferente al británico. —Las palabras salen atropelladas ahora, como si se las hubiera aprendido de memoria—. Aquí la accesibilidad es clave. Los consumidores de lujo quieren sentir que conocen a las personas detrás de las marcas. Quieren cercanía. Quieren…

—¿Quieren qué, señorita Kendall?

Ella se humedece los labios.

—Quieren que usted les caiga bien, señor Harris.

Me quedo en silencio.

Un silencio tan denso que puedo oír el sonido del reloj suizo en la pared y la respiración acelerada de Marcus.

—Entiendo. —Mi voz sale más fría de lo normal, lo cual significa que sale exactamente como pretendía—. ¿Y cuál es su propuesta? ¿Sonreír más en las entrevistas? ¿Fingir que me importa la opinión de un crítico de hoteles que no distingue un Chesterfield de un sofá de IKEA?

—No exactamente. —Laura abre por fin la carpeta. Dentro hay gráficos, estudios de mercado, análisis de percepción de marca. Todo inútil—. Hemos identificado tres estrategias que podrían suavizar su imagen pública de forma efectiva.

Suavizar.

Como si mi forma de ser fuera un problema de relaciones públicas que se soluciona con una campaña bonita y una sonrisa de dentífrico.

—Estoy escuchando.

Laura mira a Marcus. Marcus mira a Jennifer, la becaria que ha tenido la mala suerte de que la incluyan en esta reunión. Jennifer mira sus zapatos.

Idiotas. Les pago una fortuna y actúan como si estuvieran a punto de comunicarme que tengo una enfermedad terminal.

—La primera opción. —Laura respira hondo—. Sería… una relación pública. Una pareja. Alguien que suavice su imagen. Una mujer con carisma, accesible, querida por el público. Que aparezca en eventos con usted, que humanice su…

—No.

La palabra sale cortante como un cristal roto. Laura se calla a mitad de frase.

—Señor Harris, si me permite explicar los beneficios…

—He dicho que no, señorita Kendall. —Me levanto, camino hasta la ventana y miro Manhattan extendiéndose bajo mis pies como un imperio por conquistar—. No voy a convertir mi vida personal en un circo mediático para vender habitaciones de hotel.

Lo que no digo: no voy a repetir los errores de mis padres.

Lo que no digo: he visto lo que pasa cuando dos personas se juntan porque es conveniente, porque es lo que se espera, porque hay dinero y apellidos y contratos de por medio.

Lo que no digo: he pasado mi infancia entera escuchando portazos, infidelidades susurradas al teléfono, desprecios lanzados como cuchillos en cenas familiares donde la palabra «familia» era la mentira más grande de todas.

Mi padre odiaba a mi madre. Mi madre odiaba a mi padre. Y ninguno de los dos tuvo nunca la decencia de fingir que nos querían a nosotros.

El amor es un cuento para idiotas que creen en los finales felices. Yo construí un imperio precisamente porque aprendí a no creer en nada que no pueda controlar.

Y desde luego no voy a empezar ahora.

Me vuelvo hacia Laura. Tiene la boca apretada en una línea fina y las manos aferradas a la carpeta como si fuera un salvavidas.

Está claro que le molesta mi negativa.

No podría importarme menos.

—Siguiente opción.

Ella intercambia una mirada rápida con Marcus. Él apenas asiente, y Laura cuadra los hombros como un soldado que se prepara para la

batalla.

—Eventos. Asistir a los eventos clave de la alta sociedad neoyorquina. Galas benéficas, subastas, partidos de golf en los clubs privados. Dejarse ver. Hacer networking con las personas adecuadas. Construir relaciones personales con…

—¿Con quién? —La interrumpo—. ¿Con herederos que no han trabajado un día en su vida? ¿Con inversores que piensan que el golf es una habilidad profesional? ¿Con mujeres que ven un apellido antes de ver a una persona?

Laura no responde. No hay respuesta posible.

Porque sabe que tengo razón.

Porque en el fondo todos en esta sala saben exactamente lo que pienso de la alta sociedad americana: es un circo de apellidos, dinero y conversaciones vacías donde todos sonríen y nadie dice la verdad.

Crecí en ese mundo. En Inglaterra es igual: fiestas en mansiones y cenas interminables donde mi madre coqueteaba con el socio de mi padre mientras él fingía no darse cuenta, demasiado ocupado planeando su siguiente affaire.

Juegos de poder disfrazados de educación. Crueldad envuelta en buenos modales.

No, gracias.

—Pero es necesario, señor Harris. —La voz de Marcus suena temblorosa—. Aquí las cosas funcionan así. Si quiere que lo acepten, tiene que jugar según sus reglas. Aunque sea temporalmente.

Lo miro. Aparta la vista en menos de dos segundos.

—¿Cuál es la tercera opción?

Laura cierra los ojos un momento, como si estuviera rezando, y luego vuelve a abrirlos con determinación renovada.

—Escribir un libro. Sus memorias. Una biografía autorizada que cuente su historia. De dónde viene, cómo construyó el imperio, qué lo motiva. Algo que permita al público conocerlo de verdad. Ver el lado humano detrás del empresario.

Me quedo inmóvil.

—¿El lado humano?

—Exacto. —Laura se anima, como si por fin hubiera dado con algo que tiene sentido—. Controlaría la narrativa por completo. Elegiríamos al escritor, supervisaría cada capítulo, nada se publicaría sin su aprobación. Pero sería una ventana. Una forma de mostrar que hay una persona detrás de Harris Legacy Hotels. Alguien con una historia, con valores, con…

—¿Con sentimientos? —Termino la frase por ella, y mi tono es tan gélido que Jennifer se estremece—. ¿Quieren que les cuente a perfectos desconocidos cómo me siento?

—Queremos que conecten con usted. —Laura no retrocede, hay que reconocérselo—. La gente no reserva habitaciones en hoteles, señor Harris. Reserva experiencias. Historias. Y las historias necesitan un narrador en el que puedan confiar.

La miro durante cinco segundos.

Ella sostiene mi mirada durante dos segundos más de lo que esperaba.

Quizás no sea tan idiota como pensaba.

Pero sigue equivocada.

—Déjenme ver si lo he entendido bien. —Camino de vuelta a la mesa despacio, con las manos en los bolsillos, y mi voz baja medio tono—. Quieren que encuentre una mujer que finja quererme para las cámaras. O que pase mis fines de semana en clubs de campo fingiendo que me importa el hándicap de golf de un inversor texano. O que me siente con un escritor y le cuente mi infancia como si fuera terapia de grupo.

Silencio.

—¿Esas son las tres opciones que me traen después de seis semanas de análisis?

Laura abre la boca. La cierra. Vuelve a abrirla.

—Señor Harris, con el debido respeto…

—No. —Cojo la carpeta de la mesa, la cierro de golpe y se la devuelvo—. Con el debido respeto, señorita Kendall, les pago una fortuna. Una fortuna considerable. Y esto… —señalo la carpeta— es basura.

Me dirijo hacia la puerta mientras siento tres pares de ojos clavados en mi espalda, tres respiraciones contenidas esperando el

golpe final.

Me detengo en el umbral y me vuelvo a medias.

—Tienen una semana. Quiero soluciones reales, no cuentos de hadas sobre relaciones falsas y biografías lacrimógenas. Quiero estrategias que funcionen sin convertir mi vida en un reality show. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor Harris. —La voz de Laura suena baja, derrotada.

Bien.

Salgo y cierro la puerta tras de mí con un clic suave que resuena como un disparo.

El pasillo está en silencio. Ventanales de suelo a techo, mármol italiano bajo mis pies, el logo de Harris Legacy Hotels grabado en acero pulido en la pared del fondo.

Esto es lo que importa. Esto es lo que controlo.

Piedra, acero, contratos, números. Cosas sólidas. Cosas que no mienten, que no te traicionan, que no te prometen amor eterno y luego te destrozan mientras sonríen.

Saco el móvil del bolsillo y reviso los emails mientras camino hacia mi despacho. Me han llegado diecisiete mensajes nuevos en los últimos cuarenta minutos. Tres requieren respuesta inmediata, cinco pueden esperar hasta mañana, el resto es ruido.

Archivo, respondo, delego.

Eficiencia. Control. Resultados.

Todo lo demás es una distracción.

Entro en mi despacho y cierro la puerta. Silencio absoluto. Así me gusta. Me aflojo la corbata, el único gesto de relajación que me permito, y me acerco a la ventana otra vez.

En algún lugar ahí abajo están los herederos idiotas y los escritores que creen que pueden conocer a alguien haciéndole preguntas incómodas.

En algún lugar ahí abajo está la solución que necesito y que mi departamento de marketing es incapaz de encontrar.

Tiene que haberla.

Siempre hay una solución. Solo es cuestión de tiempo, análisis y estrategia correcta encontrarla.

Y si tengo que asistir a alguna gala ridícula o sonreír en alguna entrevista para conseguir lo que quiero, lo haré.

Pero bajo mis términos.

Nadie (ninguna mujer, ningún escritor, ningún inversor con hándicap de golf) va a acercarse lo suficiente como para ver las grietas en mi armadura.

Porque no las hay.

Me he asegurado de ello.

CAPÍTULO 2

HANNAH

—¿Y a qué te dedicas exactamente? —pregunta Brandon, o puede que sea Brian, con una sonrisa ensayada que seguro le ha funcionado con medio Upper East Side.

—Escribo. —Corto un trozo de tarta de chocolate y me lo meto en la boca sin cerrar los labios del todo. Mastico haciendo ruido—. Bueno, intento escribir. Mi padre dice que es un capricho, pero yo creo que tengo talento de verdad. El otro día escribí un microrrelato sobre una chica que mata a su cita en un restaurante italiano y nadie sospecha de ella porque todos piensan que se ha atragantado con la pasta.

Se queda completamente callado.

Brandon-o-Brian me mira como si acabara de confesarle que colecciono uñas ajenas.

Perfecto.

—Interesante. —Bebe agua, mucha agua—. ¿Y… eso es autobiográfico?

—Todavía no. —Le dedico mi sonrisa más dulce—. Pero la noche es joven.

Se atraganta con el agua.

Punto para mí.

Llevo cuarenta minutos en este restaurante italiano (con manteles blancos, velas, camareros que susurran como si estuviéramos en misa) y Brandon-o-Brian ya ha mencionado tres veces su Porsche, dos veces su casa en los Hamptons y una vez, con falsa modestia, que su familia «tiene algunos negocios en Wall Street».

Algunos negocios.

Como si eso no significara que su abuelo compró medio Manhattan cuando todavía costaba cuatro dólares y un apretón de manos.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de las citas? —Me inclino hacia delante como si fuera a compartir un secreto. Él se anima, pobre idiota—. Descubrir si la otra persona cree en los fantasmas.

Parpadea.

—¿Perdona?

—Los fantasmas. Ya sabes. Espíritus. Apariciones. Energías del más allá. —Agito los dedos en el aire como si invocara a los muertos —. Porque yo sí creo. De hecho, creo que mi apartamento está encantado. Hay un tipo del siglo XIX que se pasea por el salón los jueves por la noche y me juzga por ver reality shows.

Brandon-o-Brian abre la boca, pero no le sale nada.

—¿Es… es una broma?

—Ojalá. El fantasma tiene opiniones muy fuertes sobre mi consumo de pizza congelada.

Mira el reloj. Subtexto: *¿cuánto falta para poder salir corriendo sin parecer un maleducado?*

Le doy cinco minutos.

Tardo tres en acabar con él. Solo tengo que mencionar que estoy considerando hacerme vegana pero que antes necesito despedirme de la carne comiendo una hamburguesa al día durante un mes, como si fuera un duelo apropiado.

Se levanta tan rápido que casi tira la silla.

—Ha sido… interesante, Hannah. Pero acabo de recordar que mañana tengo una reunión a primera hora y debería…

—Por supuesto. —Me limpio la boca con la servilleta, conteniendo la sonrisa—. Ha sido un placer, Brandon.

—Brian.

—Eso.

Sale del restaurante como si lo persiguiera un incendio. Yo me quedo sentada, termino la tarta con calma y, para celebrarlo, pido un café solo.

Cita saboteada: número diecisiete.

Mi padre va a matarme. O peor: va a buscarme otro candidato todavía más insoportable. Pero al menos esta noche he ganado yo.

Saco el móvil y le escribo a Drake: *Misión cumplida. Brian ha huido despavorido. ¿Dónde quedamos?*

La respuesta llega en cinco segundos: *En El Alchemist. Trae tu mejor sonrisa y tus peores intenciones. Esta noche enterramos mi libertad.*

Sonrío. Dejo un billete de más en la mesa para el camarero, que me ha visto actuar como una psicópata durante cuarenta minutos sin pestañear y se merece una propina generosa, y salgo a la calle.

El aire de Nueva York en julio es pegajoso y huele a asfalto caliente, a comida china y a las mil vidas que se cruzan en cada esquina. Me quito los tacones en cuanto doblo la esquina, los cuelgo de dos dedos y camino descalza hasta la boca de metro más cercana.

Esto, al menos, mi padre no puede controlarlo.

Las citas, sí. Los pretendientes de manual, también. Pero las noches con Drake, los bares cutres donde nadie nos conoce y la libertad de ser yo misma sin apellido ni expectativas… eso es mío.

El Alchemist está en el Lower East Side, el interior es de ladrillo visto y luces tenues, con una barra que parece sacada de una película de gánsteres y una gramola que solo funciona cuando le da la gana.

Drake está apoyado en la barra, con una cerveza en la mano y esa sonrisa de «lo he vuelto a hacer» que conozco demasiado bien.

—Gray. —Me pasa un brazo por los hombros y me besa la coronilla como si fuera su hermana pequeña—. ¿Cómo lo has hecho esta vez? ¿Le has contado lo de tu colección de muñecas decapitadas?

—Le he hablado de fantasmas. Y de veganismo extremo.

Se ríe tan fuerte que dos personas se vuelven a mirarnos.

—Eres mi heroína. ¿Cuánto ha tardado en salir corriendo?

—Tres minutos desde que mencioné el duelo carnívoro.

—Un récord. —Levanta su cerveza—. Por ti y por tu habilidad para espantar idiotas con dinero.

Brindamos. Bebo. La cerveza está fría, y por primera vez en toda la noche puedo respirar tranquila.

—¿Y tú? —Me subo a un taburete y lo miro—. ¿Qué es eso de enterrar tu libertad? ¿Te has vuelto loco y te has echado novia?

Drake hace una mueca.

—Peor. Mi hermano está en Nueva York para quedarse.

—Oh, no. Pues sí que se te ha acabado la diversión, amigo.

—Ya ves. Como si divertirse estuviera reñido con ser profesional. —Resopla—. El hombre es un témpano andante. No sonríe, no bebe, no se relaja. Creo que duerme con corbata.

Suelto una carcajada que casi me tira del taburete.

—Dios, qué horror.

—Lo peor es que, como bien sabes, tiene razón. —Drake me mira, y por un momento la máscara del ligón despreocupado se resquebraja—. Llego tarde, la lío, bebo demasiado. Y él está ahí, siendo perfecto, y yo… joder. No sé. A veces siento que nunca voy a estar a su altura.

Le aprieto la mano.

—Eres brillante, Drake. Y tu hermano es un idiota si no lo ve.

—Mi hermano no es idiota. Esa es la parte jodida. —Sonríe, pero le sale triste—. Es un genio. Y yo soy el hermano pequeño que se pasa la vida decepcionándolo.

—Pues esta noche no. —Me bajo del taburete y le tiendo la mano —. Esta noche eres Drake Harris, rey del Lower East Side, y vamos a bailar hasta que se nos olvide que existen hermanos insoportables y padres controladores.

Me mira, sorprendido.

—¿Tú? ¿Bailar? ¿La chica que prefiere quedarse en casa con un libro y palomitas?

—Por ti hago excepciones. —Le guiño un ojo—. Venga. Antes de que me arrepienta.

Drake se termina la cerveza de un trago, me coge de la mano y me arrastra hacia la pista de baile improvisada al fondo del bar.

La música es demasiado alta, la pista está abarrotada y huele a sudor, a perfume barato y a libertad.

Drake baila fatal. Yo bailo peor. Nos reímos como críos, gritamos la letra de canciones que no conocemos y cuando un tipo intenta acercarse demasiado, Drake lo aparta con una sonrisa y un «es mi mejor amiga, colega, ni lo intentes».

No hay tensión. No hay segundas intenciones.

Solo dos personas que se quieren y que esta noche han decidido mandar a paseo al mundo entero.

—¿Sabes qué es lo mejor de ti, Gray? —me grita Drake al oído por encima de la música.

—¿Qué?

—Que nunca finges. Eres la única persona que conozco que es cien por cien ella misma.

Le sonrío, con el corazón lleno.

—Tú también, idiota.

Bailamos otra canción. Y otra. Y cuando por fin salimos a la calle, sudorosos y riendo, con el pelo pegado a la frente y los pies doloridos, me siento más yo que en cualquier cena con mi padre o en cualquier cita con un Brandon-o-Brian de turno.

—Gracias. —Drake me rodea los hombros con el brazo mientras caminamos sin rumbo fijo—. Por esto. Por ser tú. Por no dejar que me hunda.

—Siempre. —Me apoyo contra él—. Aunque tu hermano sea un témpano insoportable y mi padre un controlador obsesivo, siempre nos tendremos el uno al otro.

—Amén.

Nos quedamos en silencio un momento, escuchando el rugido de la ciudad que nunca duerme.

Y en algún lugar de mi cabeza, una vocecita dice: *Ojalá esto durara para siempre.*

Pero nada dura para siempre.

Aunque esa noche, bajo las luces de neón de Nueva York, con mi mejor amigo a mi lado y la certeza de que al menos hay una persona en el mundo que me entiende sin que tenga que explicarme, casi puedo creerlo.

CAPÍTULO 3

HANNAH

El Círculo huele a dinero viejo y a secretos bien guardados.

Cruzo el vestíbulo de mármol del brazo de mi padre, con una sonrisa ensayada al milímetro y un vestido de Prada que me aprieta justo en todos los sitios donde no debería. Los tacones repiquetean contra el suelo y el eco resuena como una sentencia.

Esto es una actuación. Siempre lo es.

—Recuerda sonreír. —La voz de mi padre es baja, cortés, letal—. Y por el amor de Dios, Hannah, no menciones esa tontería de escribir delante de los Harrison. Ellos no entienden ese tipo de… caprichos.

Caprichos.

Aprieto la sonrisa hasta que me duelen las mejillas.

—Por supuesto, papá.

Richard Gray (magnate inmobiliario, una de las diez mayores fortunas de Manhattan, padre devoto y controlador de manual) me palmea la mano como si acabara de decir algo encantador.

—Así me gusta.

El salón privado del primer piso es todo ventanales, maderas nobles y vistas a Central Park. En el centro hay una mesa rectangular cubierta con mantel blanco, cubiertos de plata y flores que deben de costar más que el anticipo que jamás me pagarán por un artículo.

Los Harrison ya están aquí. Un matrimonio de setenta y tantos, él con traje azul marino y ella con perlas del tamaño de canicas. Sonríen cuando entramos. Yo les devuelvo la sonrisa.

Actuación número dos.

—Richard, querido. —La señora Harrison le tiende la mano a mi padre como si fuera la reina de Inglaterra—. Y Hannah, cariño, estás preciosa. Ese vestido es divino.

—Gracias, señora Harrison. —Me siento donde me indican, cruzo las piernas en el ángulo correcto y despliego la servilleta sobre mi regazo—. Es un placer volver a verla.

Mentira.

La última vez que vi a los Harrison fue en una cena benéfica donde me pasé dos horas escuchándola hablar de su nieto (jugador de polo, heredero de no-sé-qué, soltero) como si estuviera vendiéndome un coche de segunda mano.

El brunch transcurre tal y como esperaba: conversación intrascendente sobre el mercado inmobiliario, inversiones en el extranjero, la nueva colección de algún diseñador cuyo nombre reconozco pero cuyas prendas nunca me pondría por voluntad propia.

Yo asiento. Sonrío. Bebo zumo de naranja recién exprimido y corto la tortilla francesa en trozos microscópicos que apenas pruebo.

Soy el accesorio perfecto. La hija modelo. La heredera que sabe cuándo hablar y cuándo callarse.

Por fuera.

Por dentro estoy haciendo una lista mental de todas las formas en que preferiría estar pasando mi día: leyendo en pijama, escribiendo ese artículo sobre pequeños negocios del West Village que nadie publicará nunca, comiendo pizza directamente de la caja mientras veo documentales sobre crímenes reales.

Cualquier cosa menos esto.

—Hannah, querida. —La señora Harrison me mira con esa sonrisa de abuela que presagia problemas—. Tu padre me ha contado que sigues soltera. Una chica tan guapa y con tanto que ofrecer… Es una pena.

Aquí vamos.

—Estoy centrada en otros proyectos ahora mismo. —Mi voz sale dulce como la miel envenenada—. Ya sabe cómo es.

—Bobadas. —Ríe como si hubiera contado un chiste—. Los proyectos están muy bien, pero una mujer necesita un buen hombre

a su lado. Alguien que la cuide. Mi nieto Charles estaría encantado de conocerte. Juega al polo, ¿sabes? Y tiene una casa preciosa en…

—Qué interesante. —Interrumpo antes de que pueda terminar la frase—. Aunque no estoy segura de que el polo sea lo mío. Una vez casi me mata un caballo en los Hamptons.

Se extiende un silencio incómodo.

Mi padre me lanza una mirada que podría derretir acero.

—Hannah tiene un sentido del humor muy… particular. —Su tono es ligero, pero conozco esa voz. Es la voz de «ya hablaremos luego»—. Estoy seguro de que Charles y ella se llevarían de maravilla.

No. No nos llevaríamos de maravilla.

Pero no digo nada. Solo sonrío, asiento y dejo que la conversación fluya a mi alrededor como un río en el que no tengo intención de nadar.

Cuando los Harrison se despiden (con besos en las mejillas, promesas de volver a vernos pronto que espero no cumplir jamás), mi padre espera treinta segundos justos antes de volverse hacia mí.

Su sonrisa ha desaparecido.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—¿El qué? —Finjo inocencia, aunque sé de sobra a qué se refiere.

—Lo de que casi te mata un caballo. —Baja la voz, pero el enfado vibra en cada palabra—. ¿Era necesario?

—Era verdad. Aquel caballo tenía muy mala leche.

—Hannah. No solo hablo de ahora. —Se pasa una mano por la cara, ese gesto que hace cuando está a punto de quedarse sin paciencia—. No soy tonto. Sé perfectamente lo que hiciste anoche.

Se me encoge el estómago.

—No sé de qué hablas.

—Brian me ha llamado esta mañana. Me ha contado que le hablaste de fantasmas, de veganismo extremo y de un microrrelato sobre asesinatos. —Me clava la mirada—. ¿Fantasmas, Hannah? ¿En serio?

Me muerdo el labio para no sonreír.

—Fue una conversación interesante.

—Fue un sabotaje. —Se echa hacia atrás en la silla, de repente parece cansado—. Es la decimoséptima vez, Hannah. Diecisiete hombres. Todos perfectamente adecuados, todos interesados, y tú los espantas a todos como si fuera un juego.

—Porque no los elijo yo. —Las palabras salen más afiladas de lo que pretendía—. Tú los eliges. Tú organizas las citas. Tú decides quién es «adecuado». Yo solo soy el premio que tienen que ganarse.

—No eres un premio. Eres mi hija. —Su voz se suaviza, pero sigue siendo firme—. Y solo quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí sería que me dejaras vivir mi vida.

—¿Vivir tu vida? —Suelta una risa sin humor—. ¿Escribiendo artículos que nadie leerá? ¿Trabajando de periodista cuando tienes más dinero del que podrás gastar en toda una vida?

Ahí está. El argumento de siempre.

—Me gusta escribir. Es lo que quiero hacer.

—Te dejé estudiar lo que quisiste. —Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas—. Periodismo. Acepté que fueras a Columbia, que hicieras esa carrera, aunque ambos sabíamos que no la necesitabas. Hicimos un trato, Hannah. Tú estudiabas lo que quisieras y a cambio…

—A cambio me convierto en la socialité perfecta que encuentra un marido adecuado y organiza cenas benéficas el resto de su vida. —Termino la frase por él, con la boca llena de amargura—. Lo sé. Lo recuerdo.

—No es tan terrible como lo pintas.

—Para ti no.

Silencio.

Mi padre me mira con esos ojos que son iguales a los míos (marrón dorado, demasiado expresivos) y veo algo que me parte el corazón: miedo.

Miedo a que me quede sola. Miedo a que cometa un error. Miedo a perderme como perdió a mi madre.

Y eso es lo peor.

Porque si me gritara, si fuera un tirano sin más, podría odiarlo. Podría plantarle cara y marcharme dando un portazo.

Pero no puedo odiar a un hombre que me mira como si fuera lo único que le queda en el mundo.

—Hannah. —Su voz se quiebra un poco—. Solo quiero que seas feliz. Que tengas a alguien a tu lado. Que no estés sola cuando yo…

—Papá, no.

—Tengo sesenta y dos años. No soy inmortal. —Se frota los ojos —. Y cuando yo no esté, quiero saber que hay alguien cuidando de ti.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Lo sé. Pero no deberías tener que hacerlo. —Me coge la mano —. Déjame hacer esto por ti. Déjame encontrarte a alguien bueno. Alguien que te quiera como te mereces.

Quiero gritarle que ya soy adulta. Que tengo veintisiete años y que puedo tomar mis propias decisiones. Que el amor no se encuentra en brunches organizados ni en citas con hombres que solo ven mi apellido.

Quiero gritarle que me está asfixiando.

Pero cuando lo miro —cuando veo el miedo desnudo en sus ojos — las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Lo intento, papá. De verdad que lo intento.

—No lo suficiente. —Aprieta mi mano—. Tienes que dejar de sabotear las citas. Tienes que darles una oportunidad real. Y tienes que empezar a actuar como lo que eres: Hannah Gray, heredera de una de las fortunas más importantes de Manhattan. No una escritora frustrada que se esconde en un apartamento del West Village.

Las palabras me golpean como una bofetada.

—¿Escritora frustrada?

—No he querido decir eso. —Suspira—. Solo… solo quiero que seas feliz, cariño. Y la felicidad no está en perseguir sueños imposibles. Está en aceptar quién eres y construir una vida real. Una familia. Un futuro.

Me suelto de su mano con cuidado, como si estuviera hecha de cristal.

—¿Y si mi futuro no incluye un marido elegido por ti?

—Entonces serás una mujer sola y amargada. —Su tono es suave, pero las palabras son duras—. Como esas escritoras que acabas

admirando en tus libros. Solas en apartamentos llenos de gatos y sueños rotos.

Me levanto.

Las piernas me tiemblan, pero consigo mantenerme firme.

—Necesito aire.

—Hannah…

—Necesito aire. —Repito, más fuerte esta vez.

Salgo del salón privado antes de que pueda detenerme, antes de que las lágrimas que me escuecen en los ojos decidan salir.

El pasillo está en silencio: ventanas altas, cortinas de terciopelo, ese olor a dinero y poder que lo impregna todo en El Círculo.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos.

Respira, Hannah. Respira.

—¿Hannah?

Abro los ojos de golpe.

Autumn Rivers, la directora de El Círculo está frente a mí, con un vestido verde esmeralda que realza su pelo pelirrojo y una expresión de preocupación en esos ojos que parecen verlo todo.

—Autumn. —Consigo esbozar una sonrisa temblorosa—. Hola.

—¿Estás bien? —Se acerca y me estudia—. Te he visto salir del salón como alma que lleva el diablo.

—Algo así.

Me mira un momento más y luego asiente, como si hubiera tomado una decisión.

—Ven conmigo.

—¿Qué?

—Que vengas conmigo. —Me coge del brazo con firmeza—. Necesitas un respiro y yo necesito compañía. Así salimos ganando las dos.

Me dejo arrastrar, demasiado cansada para resistirme.

Autumn me lleva a uno de los salones más pequeños, con ventanas que dan a Central Park y sofás de cuero tan cómodos que parecen abrazarte. Cierra la puerta y me señala uno de los sofás.

—Siéntate.

Me siento.

Ella sirve dos copas de vino tinto de una botella que, conociéndola, costará una fortuna y me pasa una.

—Bebe.

Bebo. El vino es suave, complejo, perfecto.

—¿Es por tu padre? —pregunta sin rodeos.

Asiento.

—Siempre es por él.

—¿Te está presionando otra vez para que te cases?

—Sí, siempre, constantemente. —Doy otro sorbo—. A veces creo que su único objetivo en la vida es convertirme en la señora de Alguien Importante antes de que cumpla los treinta.

Autumn se sienta a mi lado y suspira.

—Malditos padres. Tienen una habilidad especial para hacerte sentir que nunca eres suficiente.

La miro, sorprendida.

—¿Tu padre también?

—Mi padre quería un hijo varón que dirigiera El Círculo. Le tocó una hija que siempre se ha negado a hacer lo que él quiere. —Sonríe sin humor—. Digamos que no soy exactamente la heredera de sus sueños.

—Pero eres la directora ejecutiva. Eso tiene que contar.

—Cuenta. Pero nunca es suficiente. —Bebe un sorbo de vino—. Nunca lo es.

Nos quedamos en silencio un momento, dos mujeres atrapadas en jaulas de oro que ellas mismas no construyeron.

—Gracias —digo al fin—. Por rescatarme. Por el vino. Por… por entenderlo.

—De nada. —Autumn me sonríe, y esta vez es real—. Las mujeres tenemos que cuidarnos entre nosotras. Sobre todo cuando nuestros padres insisten en tratarnos como si fuéramos piezas de ajedrez en sus tableros particulares.

Brindo con ella y, por primera vez desde el brunch, noto que los hombros se me destensan.

Puede que no pueda romperle el corazón a mi padre.

Puede que no pueda gritarle que soy una mujer adulta que decide por sí misma.

Pero al menos, en este momento, con Autumn a mi lado y una copa de vino en la mano, no estoy del todo sola.

Y a veces, solo a veces, eso es suficiente.

CAPÍTULO 4

DRAKE

Llego diecisiete minutos tarde.

Diecisiete minutos que van a parecer diecisiete horas en cuanto cruce esa puerta y mi hermano clave esos ojos grises en mí como si fuera un balance financiero que no cuadra.

Me paso una mano por el pelo, todavía húmedo de la ducha que me he dado a toda prisa, y me ajusto la corbata mientras el ascensor sube hacia la planta ejecutiva de The Legacy. Mi reflejo en las puertas de acero pulido me devuelve la mirada: traje arrugado, ojeras que ni todo el café del mundo puede disimular, y esa cara de «lo he vuelto a hacer» que me sé de memoria.

Mierda.

Anoche fue… bueno, anoche fue justo lo que no debería haber sido.

Dejé a Hannah en su apartamento del West Village pasadas las dos de la madrugada. Ella se fue a dormir, sensata como siempre, y yo… yo debería haberme ido a casa. Debería haberme metido en la cama, haber puesto el despertador y haber llegado puntual a esta reunión.

Debería.

Pero la presión me estaba ahogando. Royce acababa de instalarse en Nueva York y eso significaba que iba a estar bajo lupa permanente: juicio constante, esa mirada que dice «otra vez no, Drake» sin necesidad de palabras.

Así que hice lo que siempre hago cuando me agobio: busqué un bar, bebí demasiado y me acosté con la primera mujer que me sonrió.

No recuerdo su nombre. Creo que era rubia. O pelirroja. Joder.

Qué más da.

El ascensor se detiene con un pitido suave y las puertas se abren.

Tranquilo, Drake. Eres un profesional. Puedes con esto.

Cruzo el pasillo hacia la sala de reuniones con una sonrisa que he perfeccionado durante años: despreocupada, encantadora, la de un tipo al que todo le resbala.

Mentira.

Nada me resbala cuando se trata de Royce.

Empujo la puerta de cristal y entro en la sala.

Hay siete personas sentadas alrededor de la mesa. Todos me miran. Y al final de la mesa, en la cabecera, con un traje de tres piezas y una expresión que podría congelar el infierno, está mi hermano.

Royce no dice nada. No tiene que hacerlo.

Me mira durante tres segundos (tres segundos en los que puedo sentir cómo cataloga cada detalle: la corbata mal anudada, el traje arrugado, las ojeras) y luego vuelve la vista hacia el informe que tiene delante.

—Siéntate, Drake.

Su voz es cortés. Fría. Letal.

Me siento en la única silla libre, al otro lado de la mesa, e intento no encogerme bajo el peso de su silencio.

La reunión continúa. Números, proyecciones, estrategias de expansión. Royce habla con esa precisión quirúrgica que lo caracteriza, dando órdenes que todos anotan como si fueran mandamientos divinos.

Yo finjo prestar atención. Asiento en los momentos adecuados. Hago un par de comentarios que suenan inteligentes pero que en realidad son puro relleno.

Y durante todo el tiempo siento la mirada de Royce volviendo a mí como un láser.

Cuando termina la reunión (después de cuarenta y cinco minutos que me han parecido cuarenta y cinco años), Royce cierra la carpeta con un golpe seco.

—Gracias a todos. Pueden retirarse. —Hace una pausa—. Drake, tú te quedas.

Joder.

Los demás salen en silencio, sin mirarme, como si supieran que van a ser testigos de una ejecución y no quisieran implicarse.

La puerta se cierra.

Y el silencio nos rodea.

Royce se levanta despacio, camina hasta la ventana y se queda ahí, de espaldas a mí, mirando Manhattan como si fuera un reino que está decidido a conquistar.

—Diecisiete minutos. —Su voz es baja, controlada—. Has llegado diecisiete minutos tarde a una reunión urgente que convoqué ayer mismo.

—Lo siento. Estaba…

—No me vengas con excusas. —Se vuelve, y el frío de su mirada es un puñetazo—. Sé exactamente por qué has llegado tarde. Otra vez.

Me quedo callado.

Porque tiene razón. Y los dos lo sabemos.

ROYCE

Miro a mi hermano, sentado al otro lado de la mesa con esa expresión de niño pillado que me pone enfermo, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no perder los estribos.

Drake es listo. Encantador. Tiene un talento natural para las relaciones institucionales que yo nunca tendré.

Pero es incapaz de tomarse nada en serio.

—¿Sabes cuál es el problema, Drake? —Camino de vuelta a la mesa y me apoyo contra ella y cruzo los brazos—. Que tenemos problemas reales. Problemas de verdad. El desembarco de Harris Legacy en Nueva York no está funcionando como debería y necesito que todo el equipo esté al cien por cien. No puedo estar preocupándome también de que mi hermano salga en las noticias acostándose con todo lo que se mueve.

—No he salido en ninguna noticia. —Su voz suena defensiva.

—Todavía. —Bajo el tono medio punto, y él se encoge—. Pero es solo cuestión de tiempo. Porque sigues haciendo lo mismo una y otra vez, y no aprendes.

—Estoy aprendiendo…

—No. No estás aprendiendo. —Me froto los ojos—. Estás repitiendo los mismos errores. Llegas tarde, bebes demasiado, te acuestas con mujeres cuyos nombres no recuerdas y luego vienes aquí como si nada hubiera pasado.

—No es tan grave.

—¿No es tan grave? —Suelto una risa sin humor—. Drake, tengo al departamento de marketing diciéndome que tengo que escribir unas putas memorias para parecer más accesible. ¿Sabes lo ridículo que es eso? ¿Sabes lo que significa? Que mi imagen está lastrando el crecimiento de la empresa. Y mientras yo intento arreglar eso, tú estás por ahí demostrando que los Harris no sabemos comportarnos como adultos responsables.

Se queda callado. Mira la mesa, las manos, cualquier cosa menos a mí.

Y eso me frustra todavía más.

—Eres un hombre adulto, Drake. Tienes veintinueve años. No puedes pedirme más responsabilidad y luego pasar de todo. No funciona así.

—Lo sé. —Su voz es apenas un susurro.

—¿Lo sabes? —Me inclino hacia delante—. Porque no lo parece. Porque cada vez que te doy una oportunidad, cada vez que confío en que vas a estar a la altura, me demuestras que me equivoco.

—No es eso. Yo quiero…

—¿Qué quieres, Drake? ¿Qué quieres de verdad? —Lo miro sin parpadear—. Porque si es seguir siendo el eterno niño que se divierte sin consecuencias, adelante. Pero no me pidas que confíe en ti profesionalmente. No me pidas que te dé más responsabilidades cuando no eres capaz de llegar puntual a una reunión.

Nos quedamos en silencio.

Un silencio que pesa tanto que oigo mi propia respiración.

Drake levanta la vista. Sus ojos (los mismos ojos grises que los míos, pero llenos de un calor que yo perdí hace años) están cargados de culpa. O quizá de dolor.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta—. Dime qué tengo que hacer para que confíes en mí.

La pregunta me da de lleno en un punto que creía blindado.

Porque esa es la cuestión, ¿verdad? Que Drake me importa. Es la única persona en este mundo que me importa de verdad.

Y precisamente por eso no puedo soportar verlo autodestruirse.

—Sentar la cabeza. —Lo digo más seco de la cuenta—. Confiaré en ti el día que sientes la cabeza. El día que dejes de beber hasta perder el sentido, de acostarte con cualquiera y de llegar tarde a todo lo importante. El día que empieces a actuar como el hombre que sé que puedes ser.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—Royce…

—Esta conversación ha terminado. —No me vuelvo—. Tengo trabajo que hacer. Y tú también deberías tenerlo.

Salgo y cierro la puerta detrás de mí.

No hay nadie en el pasillo. Solo ventanas de suelo a techo, mármol bajo mis pies y un silencio absoluto.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos un momento.

Mierda.

He sido demasiado duro. Lo sé. Pero no puedo… no puedo verlo así. No puedo ver cómo echa su vida por la borda porque no sabe manejar la presión.

Porque es justo lo que haría yo si no me hubiera obligado a construir esta armadura de hielo.

Drake y yo crecimos en la misma casa. Vimos las mismas peleas, los mismos desprecios, la misma toxicidad envenenando cada rincón de nuestra infancia.

Pero él eligió la luz. Las risas, las fiestas, las mujeres, la ligereza.

Yo elegí el control.

Y ninguna de las dos opciones nos ha salvado del todo.

Abro los ojos y me obligo a caminar hacia mi despacho.

Tengo más reuniones, llamadas, mil cosas que resolver antes de que acabe el día.

No tengo tiempo para sentirme culpable por ser duro con mi hermano.

Aunque la culpa me persiga de todas formas.

A las cinco de la tarde, después de seis reuniones consecutivas, tres llamadas internacionales y un informe financiero que me ha destrozado los ojos, bajo al gimnasio del hotel.

Necesito despejarme. Necesito sacar esta rabia, esta frustración, esta sensación de que estoy fallándole a mi hermano mientras intento salvarlo.

El gimnasio está vacío: máquinas de última generación, espejos en las paredes y ese olor a sudor y esfuerzo que es lo más honesto que existe.

Me cambio de ropa en el vestuario: pantalón de chándal, camiseta negra, zapatillas de deporte. Me pongo los guantes de boxeo y salgo a la sala principal.

El saco está ahí, esperándome.

Golpeo.

Una vez. Dos. Tres.

Cada golpe es una palabra que no le he dicho a Drake. Cada golpe es la rabia de verlo desperdiciar su potencial. Cada golpe es el miedo de que un día se autodestruya del todo y yo no pueda hacer nada para impedirlo.

Golpeo hasta que me duelen los nudillos, hasta que el sudor me empapa la camisa, hasta que la rabia se convierte en algo más manejable.

Pero no desaparece.

Nunca desaparece.

Me quito los guantes y me siento en el banco, con la respiración agitada y el corazón latiendo demasiado rápido.

Drake es mi hermano. Mi responsabilidad. La única persona en este mundo a la que he querido de verdad.

Cuando éramos niños y nuestros padres se gritaban en el piso de abajo, yo era quien iba a su habitación, quien le ponía los cascos con música, quien le decía que todo iba a estar bien aunque no lo creyera.

Cuando Drake tenía trece años y lo mandaron a un internado porque a nuestros padres no les apetecía lidiar con él, yo era quien iba a buscarlo cada fin de semana, quien firmaba los permisos, quien actuaba como el padre que nunca tuvo.

Él no me lo pidió. Yo se lo ofrecí.

Era lo que había que hacer, sin más.

Porque si no cuidaba de Drake, nadie más lo haría.

Y ahora… ahora no sé cómo protegerlo de sí mismo.

Me levanto y me paso una toalla por la cara. No necesito mirarme al espejo para saber lo que hay: un hombre de treinta y cuatro años que parece cansado de vivir, con el pelo negro, los ojos grises y la mandíbula tensa.

La armadura perfecta.

Pero por dentro…

Por dentro sigo siendo el niño de diez años que escuchaba a sus padres gritarse que se odiaban mientras su hermano pequeño dormía en la habitación de al lado.

Sacudo la cabeza y salgo del gimnasio.

Tengo trabajo que hacer.

Siempre tengo trabajo que hacer.

Es más fácil que enfrentarse a esto.

CAPÍTULO 5

HANNAH

Llevo tres horas escribiendo el mismo párrafo.

Tres horas intentando encontrar la forma de describir cómo la dueña de una librería del West Village consiguió mantener su negocio a flote durante la pandemia sin que suene a artículo inspirador de autoayuda barata.

Borro la última frase por decimoséptima vez y aparto la vista de la pantalla.

Quizá mi padre tenga razón. Quizá esto de escribir sea un capricho absurdo de una niña rica que no sabe qué hacer con su vida.

No.

Sacudo la cabeza y vuelvo a escribir. Una palabra. Otra. Una frase entera que casi no suena horrible.

Llaman a la puerta.

Tres golpes rápidos, una pausa, dos golpes más. El código de Drake.

Sonrío a pesar de todo y me levanto del sofá, descalza y con el pijama que tiene estampados de libros voladores porque Hannah Gray, heredera del imperio inmobiliario Gray, duerme en pijamas ridículos y no le importa quién lo sepa.

Abro la puerta.

Drake está ahí, con dos bolsas enormes de comida tailandesa y esa sonrisa de «la he vuelto a liar» pintada en la cara.

—Gray. —Entra sin esperar invitación—. Necesito tus habilidades de terapeuta amateur y tu capacidad infinita para decirme que no soy un desastre.

—Hola a ti también. —Cierro la puerta—. ¿Qué has traído?

—Pad thai, rollitos de primavera, curry verde, cervezas y esos dulces de coco que te gustan. —Deja las bolsas en la mesa de la cocina—. También he traído mi drama existencial, pero ese va de postre.

Me río y saco platos del armario.

—¿Qué ha pasado?

—Mi hermano. —Se desploma en el sofá como si llevara el peso del mundo en los hombros—. Royce ha pasado. Otra vez.

Nos sentamos en el suelo, con la comida desplegada entre nosotros como un festín improvisado, y Drake me lo cuenta todo: la reunión a la que llegó tarde, la bronca monumental, la mirada de decepción que Royce domina como nadie.

—Me ha dicho que confiará en mí el día que siente la cabeza. —Pincha un trozo de pollo con más violencia de la necesaria—. Como si fuera tan fácil. Como si pudiera… cambiar de la noche a la mañana. Dejar de ser quien soy y convertirme en él.

—No tienes que convertirte en él. —Le paso los rollitos de primavera—. Eres bueno en tu trabajo, Drake. Relaciones institucionales es tu fuerte. La gente te adora.

—Eso da lo mismo. Tiene razón en todo, Hannah. Soy un desastre. —Suelta el tenedor.

—Eres mi desastre favorito. —Le sonrío—. Y tu hermano es un témpano insoportable que necesita relajarse.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Comemos en silencio un momento. El pad thai está delicioso, el curry tiene el punto justo de picante y los rollitos crujen como deben.

Pero yo no puedo concentrarme en la comida.

Porque lo de esta mañana con mi padre sigue sonando en mi cabeza como un disco rayado.

—Yo también he discutido con mi padre. —Dejo el plato—. Esta mañana. En El Círculo.

Drake me mira, expectante.

—Me ha dicho que soy una escritora frustrada. —No consigo decirlo sin amargura—. Que estoy persiguiendo sueños imposibles

en lugar de aceptar quién soy y construir una vida real. Una familia. Un futuro.

—Joder.

—Y lo peor es que lo dice porque me quiere. Porque tiene miedo de que me quede sola cuando él muera. —Cierro los ojos un segundo—. Usa su viudez como arma emocional y yo no puedo… no puedo enfadarme con él porque sé que lo hace por miedo.

—Eso es manipulación, Gray.

—Lo sé. —Suspiro—. Pero no puedo romperle el corazón. Es lo único que tengo. Somos lo único que tenemos el uno al otro.

—Y por eso te atosiga con citas que no quieres y hombres que no eliges.

—Exacto.

Nos quedamos callados. Los dos estamos bien jodidos.

Drake coge un rollito, le da un mordisco y de repente se queda inmóvil.

—Espera.

—¿Qué?

—Espera, espera, espera. —Deja el rollito, me mira con los ojos muy abiertos y esa expresión de «acabo de tener la mejor idea de mi vida»—. Creo que acabo de resolver todos nuestros problemas.

—Drake…

—¿Y si nos casamos?

Me atraganto con el pad thai.

—¿QUÉ?

—Escúchame. —Se inclina hacia delante y habla tan rápido que las palabras se atropellan—. Tú y yo. Nos casamos. Fingimos estar enamorados. Tu padre deja de atosigarte con pretendientes. Royce ve que he sentado cabeza y empieza a confiar en mí. Matamos dos pájaros de un tiro.

Lo miro como si me hablara en otro idioma.

—Estás loco de remate.

—No, escucha…

—No. —Me levanto, necesito espacio—. Drake, ¿cómo va a solucionar eso lo que me pasa? Yo no me quiero casar. No quiero un marido elegido por mi padre ni un marido falso. Quiero encontrar a

la persona que ame yo sola. Sin presión. Sin mi padre por medio. Quiero…

—¿Qué? —pregunta con suavidad.

—Quiero lo que todo el mundo quiere —digo en voz baja—. Quiero enamorarme de verdad. Quiero que alguien me elija a mí, no a mi apellido ni a mi cuenta bancaria. Quiero una historia real, no un acuerdo de negocios disfrazado de boda.

Silencio.

Drake me mira con esos ojos grises suplicantes.

—Lo sé, Gray. Y lo siento mucho. Pero tienes que saber que… —respira hondo— yo no estoy enamorado de ti.

—Lo sé. —Me siento a su lado—. Yo tampoco estoy enamorada de ti. Te quiero, Drake. Eres mi mejor amigo. Pero no de esa forma.

—Exacto. —Se anima—. Por eso es perfecto. No hay expectativas. No hay sentimientos que puedan complicarse. Solo dos amigos ayudándose a salir de situaciones imposibles.

—Es una locura.

—Es brillante.

—No es brillante. —Me paso las manos por el pelo—. Drake, piénsalo. Si hacemos esto, tendríamos que hacerlo de verdad. No es una broma. Tendríamos que casarnos. De verdad. Con certificado, con ceremonia, con todo. Somos de familias muy conocidas. Va a estar en todos los medios. Todo el mundo lo va a saber. Y luego no podemos… romperlo sin más. No es tan fácil.

—¿Y qué más da? —Se encoge de hombros—. Nos casamos. Vivimos juntos como amigos. Hacemos vida normal. Y cuando tú encuentres al amor de tu vida… porque lo vas a encontrar, Gray, sé que lo harás… nos divorciamos y todos tan felices.

—¿Todos tan felices? —Suelto una risa sin humor—. Drake, el divorcio no es un trámite sencillo. Y menos cuando hay dinero de por medio.

—Hacemos un acuerdo prenupcial. Blindado. Cada uno se queda con lo suyo. Sin complicaciones.

—Siempre hay complicaciones.

—No si lo hacemos bien.

Me levanto y camino hasta la ventana.

Esto es una locura.

Una locura total.

Y aun así…

—¿Y si funciona? —La voz de Drake suena más cerca. Se ha levantado, está detrás de mí—. Piénsalo, Gray. Tu padre deja de presentarte candidatos porque ya tienes marido. Puedes dedicarte a escribir sin que te esté presionando constantemente. Consigues tu libertad.

—Y tú consigues que Royce confíe en ti.

—Exacto.

Me vuelvo a mirarlo.

—Es que no entiendes lo que significa. Drake, si hacemos esto, nos casamos de verdad. Delante de nuestras familias. Delante de medio Manhattan. No podemos echarnos atrás en mitad de la ceremonia.

—No vamos a echarnos atrás.

—Y tu hermano. —Levanto las manos—. Dios, Drake, con todo lo que me has contado de Royce… tengo pánico de conocerlo. Según tú ese hombre no sonríe nunca y es capaz de oler una mentira a kilómetros de distancia. ¿De verdad crees que vamos a poder engañarlo?

Drake se queda callado un momento.

—Royce es… complicado —admite—. Pero si lo hacemos bien. Si somos convincentes. Si actuamos como una pareja de verdad…

—¿Sí actuamos como una pareja de verdad? —Suelto una risa histérica—. Drake, nos conocemos desde la universidad. Hemos visto lo peor el uno del otro. Todo el mundo sabe que somos mejores amigos. ¿Cómo vamos a convencer a nadie de que de repente nos hemos enamorado perdidamente?

—Porque la gente quiere creer en el amor. —Se acerca, me coge las manos—. Sobre todo en el amor que nace de la amistad. Es la historia perfecta, Gray. Los mejores amigos que de repente se dan cuenta de que están hechos el uno para el otro. A todo el mundo le encanta esa mierda.

—Pero es mentira.

—¿Y qué? La mitad de los matrimonios de nuestra clase social son mentira. Al menos nosotros nos queremos de verdad. Como amigos. Eso ya es más de lo que tienen la mayoría.

Tiene razón.

Dios, tiene razón.

Le suelto las manos y vuelvo al sofá. Me siento, cojo mi plato de pad thai y como sin saborear nada.

Drake se sienta a mi lado y espera.

—Es una receta para el desastre —digo al fin.

—Probablemente.

—Vamos a liarla monumentalmente.

—Es muy posible.

—Tu hermano nos va a descubrir y nos va a matar a los dos.

—Puede ser.

—Y mi padre va a sufrir un disgusto tremendo si se entera de que todo ha sido una farsa.

—Por eso no se va a enterar. —Drake me mira—. Nadie se va a enterar, Gray. Porque vamos a hacerlo tan bien que ni siquiera nosotros vamos a recordar que es falso.

Lo miro. Mi mejor amigo. El chico que me hizo reír en el primer día de universidad cuando estaba tan nerviosa que casi vomito. El chico que me ha apoyado en todas las citas desastrosas, que me ha rescatado de todos los eventos insoportables, que me conoce mejor que nadie en este mundo.

Si tuviera que casarme con alguien…

—¿Con quién te podrías casar mejor que con tu mejor amigo? —Drake sonríe, esa sonrisa suya que desarma cualquier defensa.

Y ahí está.

La pregunta que no tiene respuesta lógica pero que aun así tiene todo el sentido del mundo.

—Esto es una locura —repito, pero mi voz suena menos convencida.

—Las mejores ideas siempre lo son.

—Vamos a necesitar reglas. —Se me escapa—.

—Por supuesto.

—Y tiene que ser temporal. En cuanto yo encuentre… ya sabes. El amor real. O tú lo encuentres, aunque digas que no crees en eso…

—Por supuesto que no creo. —Me interrumpe—. El amor es un cuento de hadas, Gray. Pero tú sí crees. Y cuando lo encuentres, te juro que seré el primero en aplaudir y en firmar los papeles del divorcio con una sonrisa.

—¿Y si no lo encuentro nunca?

—Lo encontrarás —dice con una certeza que yo no siento—. Eres Hannah Gray. Eres brillante, divertida, preciosa y tienes un corazón enorme. Algún idiota con suerte va a darse cuenta algún día. Y cuando eso pase, yo me haré a un lado.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Nos quedamos mirándonos. Dos amigos a punto de tomar la decisión más estúpida de sus vidas y ambos lo sabemos.

—Pero lo de tu hermano sigue siendo un problema —insisto—. Nunca lo he conocido en persona, Drake. Ha vivido en otro continente desde siempre. ¿Cómo vamos a convencerlo de que llevamos meses enamorados en secreto?

—Royce acaba de llegar a Nueva York. Está instalándose, tiene mil cosas en la cabeza con el hotel. —Drake se encoge de hombros —. Si se lo contamos ahora, si le presentamos esto como un hecho consumado… como algo que ha pasado mientras él estaba en Inglaterra…

—Seguirá sospechando.

—Entonces tendremos que ser muy convincentes. —Me aprieta la mano—. Muy, muy convincentes. Nada de miradas raras. Nada de distancia. Cuando estemos delante de él, somos una pareja locamente enamorada. ¿Crees que puedes hacerlo?

Pienso en Royce Harris. El témpano. El hermano perfecto. Pienso en todas las cosas terribles que Drake me ha contado sobre él.

—Va a ser un desastre.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es verdad.

—¿Pero lo harás? —Drake me mira con esos ojos de cachorro que usa cuando quiere algo de verdad—. ¿Te casarás conmigo, Hannah

Gray?

Debería decir que no.

Debería levantarme, echar a Drake de mi apartamento y olvidar que esta conversación ha tenido lugar.

Debería ser sensata, razonable, adulta.

Pero cuando pienso en mi padre diciéndome que soy una escritora frustrada, cuando pienso en otra cita con otro Brandon-o-Brian, cuando pienso en todos los años que me quedan por delante atrapada en esta jaula de oro…

—Está bien. —Es apenas un susurro—. Está bien. Lo haré.

Drake me da un abrazo que casi me rompe las costillas.

—Vamos a liarla monumentalmente —dice contra mi pelo.

—Ya lo sé. —Me río, aunque suena un poco histérico—. Pero al menos la vamos a liar juntos.

—Los mejores amigos contra el mundo.

—Los mejores amigos contra el mundo —repito.

Y cuando Drake se separa y me mira con esa sonrisa enorme, cuando brindamos con las cervezas medio vacías por la peor idea que hemos tenido nunca, una vocecita en mi cabeza susurra que esto va a salir fatal.

Pero la ignoro.

Porque, después de meses, siento que tengo algo de control sobre mi vida.

Aunque sea un control ilusorio construido sobre una mentira y un matrimonio falso con mi mejor amigo.

Pero oye, nadie dijo que la libertad fuera fácil.

—¿Cuándo se lo decimos? —pregunto.

—Mañana. —Drake cierra la última caja de comida—. Lo mejor es hacerlo cuanto antes.

Me río.

Porque tiene razón.

Tenemos que hacerlo rápido, aunque va a ser un desastre absoluto.

Pero va a ser nuestro desastre.

Y eso, de alguna forma retorcida, me parece perfecto.

CAPÍTULO 6

ROYCE

Drake me ha citado en un restaurante italiano del Greenwich Village y no me ha dado ninguna explicación.

Solo: *Tengo que contarte algo importante. Mañana a las ocho. En el Carbone.*

Eso ha sido hace veinticuatro horas y llevo desde entonces intentando descifrar qué demonios ha hecho mi hermano esta vez que requiere un encuentro en un lugar lleno de gente.

Tiene que ser algo gordo.

Llego quince minutos antes de la hora. No porque esté ansioso (nunca estoy ansioso), sino porque la puntualidad es una forma de control y el control es lo único que tengo.

El restaurante está en una esquina discreta, con fachada de ladrillo visto y ventanas con visillos blancos que impiden ver el interior desde la calle. Es elegante sin ser ostentoso. Típico de Drake: sabe elegir sitios.

Me detengo en la acera y reviso el móvil. Tengo tres emails nuevos, ninguno urgente. Un mensaje de Laura Kendall preguntándome si he pensado en lo de las memorias.

Borro el mensaje sin contestar.

No voy a dejar que nadie escriba unas putas memorias sobre mí.

Miro el reloj. Las ocho menos catorce. Demasiado pronto para entrar. No quiero estar ahí sentado esperando como un pasmarote mientras los camareros me miran con lástima pensando que me han dado plantón.

Y no quiero tener que mantener una conversación intrascendente con nadie hasta que sea estrictamente necesario.

Bastante he tenido hoy con tres reuniones, dos crisis menores en el hotel y un contratista que me ha mirado como si acabara de pedirle que construyera la Torre de Babel cuando lo único que quería era que las tuberías del décimo piso dejaran de gotear.

Necesito cinco minutos de silencio antes de enfrentarme a lo que sea que Drake vaya a soltarme.

Veo que hay un callejón lateral junto al restaurante. Estrecho, mal iluminado, con una farola parpadeante al fondo y contenedores de basura alineados contra la pared de ladrillo.

Justo lo que necesito.

Aquí nadie va a molestarme.

Me meto en el callejón y me apoyo contra la pared y saco el móvil otra vez. La luz de la pantalla ilumina mi cara en la oscuridad y vuelvo a revisar los emails por si acaso se me ha escapado algo urgente.

Nada.

Bien.

Estoy a punto de guardar el móvil cuando oigo algo.

Un sonido suave. Casi imperceptible. Como… ¿una respiración entrecortada?

Levanto la vista.

Y la veo.

Hay una mujer al fondo del callejón, apoyada con las dos manos contra la pared de ladrillo, la cabeza hacia abajo como si estuviera a punto de vomitar o de desmayarse.

Me quedo inmóvil.

La luz de la farola parpadeante apenas la ilumina, pero puedo ver su silueta: pequeña, delgada, con un vestido que parece demasiado elegante para estar escondida en un callejón oscuro.

Durante tres segundos considero largarme.

No es asunto mío. No conozco a esta mujer. Y desde luego no tengo tiempo ni energía para lidiar con dramas ajenos.

Pero hay algo en la forma en que está apoyada contra la pared, como si se estuviera sujetando al mundo con las manos para no caerse, que me hace dudar.

Parece tan pequeña.

Tan… vulnerable.

Y eso, por algún motivo que no logro identificar, me molesta.

Guardo el móvil y camino hacia ella.

Mis pasos resuenan contra el asfalto húmedo y ella no se mueve. No levanta la cabeza. No se sobresalta.

Como si no le importara que un hombre se acerque a ella en un callejón oscuro donde nadie podría oírla gritar.

Eso me molesta todavía más.

¿Cómo puede ser tan insensata?

—¿Estás borracha? —pregunto cuando estoy a un metro de ella.

No es la pregunta más amable del mundo, pero es la única que se me ocurre.

Ella levanta la cabeza despacio, como si le costara un esfuerzo enorme, y me mira.

Y joder.

Incluso con la poca luz del callejón, incluso con las sombras oscureciendo la mitad de su cara, puedo ver que es preciosa.

El pelo largo y ondulado le cae sobre los hombros. Los ojos, grandes (no puedo distinguir el color, pero parecen claros), me miran con una mezcla de sorpresa y algo más.

—No. —Su voz es suave, casi musical, pero temblorosa—. No estoy borracha. Son los nervios.

—¿Nervios? —Arqueo una ceja—. ¿Por qué estás nerviosa?

Ella suelta una risa sin humor y vuelve a apoyar la cabeza contra la pared.

—Porque esta noche voy a conocer al hermano de mi mejor amigo y es un idiota.

Parpadeo.

—¿Perdona?

—Un idiota —repite, como si fuera lo más obvio del mundo—. Frío, cerrado, insoportable. Mi mejor amigo me ha hablado de él mil veces y cada cosa que me ha contado me da más miedo que la anterior.

La forma en que dice «idiota», con tanto sentimiento, casi me hace sonreír.

Casi.

—Y por eso te escondes en un callejón.

—Exacto. —Se aparta el pelo de la cara—. Necesitaba un momento. Solo un momento para… no sé. Respirar. Prepararme mentalmente para lo peor.

—¿Y no te asusta estar aquí sola? —pregunto antes de poder morderme la lengua—. Es un callejón oscuro. Podrían atacarte.

Ella me mira de nuevo y esta vez hay un destello de humor en sus ojos.

—Ahora mismo lo agradecería. En serio. Un buen atraco me vendría genial. Algo que me diera una excusa para no entrar ahí y enfrentarme a… —Se queda callada de golpe, como si acabara de darse cuenta de que está hablando demasiado con un desconocido.

Se aparta de la pared y empieza a caminar de un lado al otro del callejón.

Tres pasos en una dirección. Se vuelve. Tres pasos en la otra.

Sus tacones repiquetean contra el asfalto y se muerde el labio inferior como si mantuviera una conversación entera consigo misma.

Y yo…

Yo debería irme. Largarme de este callejón, entrar en el restaurante y olvidar que esta conversación ha tenido lugar.

Pero no puedo.

Porque ella (la forma en que se mueve, la energía nerviosa que desprende) me tiene hipnotizado.

Me doy cuenta de dos cosas a la vez:

Primera: es la mujer más deslumbrante que he visto en mi vida.

Segunda: parece a punto de tener un ataque de pánico.

Y yo no tengo ni puta idea de qué hacer con ninguna de esas dos informaciones.

—¿Quieres que llame a alguien? —pregunto, porque es lo único que se me ocurre—. ¿A un médico? ¿A un psiquiatra?

Ella se detiene en seco y clava la mirada en mí.

Y joder.

Me sostiene la mirada con tanta intensidad que siento que puede verme por dentro.

Como si pudiera leer cada pensamiento, cada secreto, cada verdad que he pasado treinta y cuatro años escondiendo.

Y eso me aterra.

Me aterra, y ni siquiera sé por qué.

—¿Un psiquiatra? —repite ella, y hay un toque de diversión en su voz—. ¿Esa es tu forma de ayudar a una desconocida en apuros?

—No estoy seguro de cómo ayudar —admito, con una franqueza que no me reconozco—. No suelo… hacer esto.

—¿Hablar con gente en callejones oscuros?

—Hablar con gente en general.

Ella se ríe. Una risa baja, cantarina, que hace que algo en mi pecho se remueva de forma incómoda.

—Eso lo explica todo. —Da otro paso hacia mí y la luz de la farola ilumina su cara por completo.

Y joder.

Es preciosa.

No solo bonita. No solo atractiva.

Preciosa de una forma que hace que se me olvide respirar.

El pelo castaño tiene reflejos dorados, la piel parece brillar en la oscuridad y los labios rosados se curvan en una sonrisa pequeña y temblorosa.

Y esos ojos.

Ahora sí les veo el color: marrón dorado, casi ámbar, llenos de emociones que no sé cómo leer pero que me hacen querer…

¿Qué?

No lo sé.

¿Acaso me he vuelto loco?

—Gracias —dice ella en voz baja—. Por no salir corriendo. Por… intentar ayudar. Aunque no sepas cómo.

—No he hecho nada.

—Has estado aquí. —Sonríe, y la dulzura de esa sonrisa me pilla desprevenido—. Eso es más de lo que esperaba que nadie hiciera por mí.

Nos quedamos mirándonos.

Dos desconocidos en un callejón oscuro, con el parpadeo de la farola y el sonido lejano del tráfico de fondo.

Debería decir algo. Hacer algo. Moverme.

Pero no puedo.

Estoy como… ¿fascinado?

El teléfono de ella suena de repente con una melodía animadísima que rompe el momento como un cristal.

Ella parpadea, como si despertara de un trance, y saca el móvil del bolso.

—¿Sí? —contesta, y su voz suena más firme ahora—. Sí. Ya voy. Ahora mismo.

Cuelga y me mira de nuevo.

Y cuando nuestros ojos se encuentran, cuando esa mirada dorada se clava en la mía, siento un vuelco en el corazón que no conocía.

Como si algo en mí la reconociera.

Como si…

No.

Es ridículo.

—Tengo que irme —dice ella, y esta vez el miedo se le nota en la voz.

Ella sonríe una última vez, una sonrisa pequeña y dulce que sé que no voy a poder quitarme de la cabeza, y se da la vuelta.

Y se aleja.

El repiqueteo de sus tacones se aleja hacia la salida del callejón, y yo me quedo ahí plantado como un idiota, viéndola irse.

Durante un instante siento el impulso estúpido de retenerla.

De preguntarle cómo se llama. De decirle algo, cualquier cosa, que la haga quedarse un poco más.

Pero no lo hago.

Me trago ese impulso como me he tragado tantos otros a lo largo de mi vida.

¿Qué más me da?

No la voy a volver a ver.

Es una desconocida en un callejón que ha compartido sus nervios conmigo durante cinco minutos y luego ha desaparecido.

Fin de la historia.

Sigo ahí otros treinta segundos, mirando el lugar vacío donde ella estaba hace un momento, sin entender qué demonios acaba de pasar.

Jamás me había sentido tan descolocado.

Luego sacudo la cabeza y miro el reloj.

Las ocho menos cinco.

Hora de enfrentarme a Drake y a lo que sea que haya hecho esta vez.

Guardo el móvil, me ajusto la corbata y camino hacia la entrada del restaurante.

El maître está justo en la puerta, con su traje impecable y esa sonrisa profesional que debe de ensayar frente al espejo.

—Buenas noches, señor. ¿Tiene reserva?

—Estoy esperando a mi hermano.

—Por supuesto. ¿Quiere ir pasando?

No me da tiempo a contestar, porque oigo cómo me llaman.

—Royce.

Me vuelvo.

Y ahí está Drake, caminando por la acera con una sonrisa nerviosa que no promete nada bueno, como si estuviera a punto de anunciarme que ha provocado la tercera guerra mundial.

Pero no es Drake quien capta toda mi atención.

Es la mujer que viene del brazo de mi hermano.

La mujer del callejón.

La preciosidad de ojos dorados y sonrisa dulce que hace cinco minutos me ha dicho que iba a conocer al hermano idiota de su mejor amigo.

Está ahí.

Del brazo de Drake.

Caminando hacia mí con esos ojos enormes que acaban de reconocerme.

Y en su cara veo pánico absoluto.

CAPÍTULO 7

HANNAH

Unos minutos antes…

Salgo disparada del callejón.

El corazón me late en los oídos, las piernas me tiemblan y tengo que obligarme a respirar por la nariz para no hiperventilar en mitad de la acera.

Vamos, Hannah. Puedes con esto.

Cruzo la calle hacia donde Drake me espera, apoyado contra una farola con las manos en los bolsillos y esa sonrisa tranquilizadora que suele calmarme pero que ahora mismo no me hace ningún efecto.

Porque voy a conocer a Royce Harris.

El témpano. El hermano perfecto. El hombre que no sonríe y que va a descubrir nuestra mentira en treinta segundos.

Y lo peor, lo peor de todo, es que voy a tener que mentirle a mi padre. Mirarlo a los ojos y decirle que estoy enamorada de Drake cuando ambos sabemos que eso es imposible.

A mí nunca se me ha dado bien mentir. Se me nota todo en la cara. Cada emoción, cada pensamiento, cada mentira piadosa que intento colar.

¿Cómo voy a convencer a alguien de que esto es real?

Si casi se lo cuento todo a un desconocido.

La imagen del hombre del callejón me viene a la mente sin que pueda evitarlo.

Su silueta oscura contra la pared de ladrillo. Su voz grave al preguntarme si estaba borracha. Esos ojos grises que apenas pude ver en la oscuridad pero que me miraron con una intensidad que hizo que se me olvidara respirar.

Era… impresionante.

Masculino de una forma que ninguno de los idiotas que mi padre me ha presentado lo será nunca. Su forma de moverse, de hablar, de ocupar el espacio: todo en él gritaba hombre de verdad.

Y por un momento estúpido, cuando nuestros ojos se encontraron, sentí algo que no he sentido en ninguna de esas diecisiete citas desastrosas.

Atracción.

Real. Visceral. Aterradora.

¿Por qué no me ha presentado mi padre a un hombre como ese? ¿Por qué todos los candidatos son Brandon-o-Brian con sus Porsches y sus casas en los Hamptons y cero personalidad?

Si mi padre me hubiera presentado a alguien como el hombre del callejón, ahora mismo no estaría en este aprieto monumental.

—Gray. —La voz de Drake me saca de mis pensamientos—. Respira. Todo va a salir bien.

—Mentira. —Llego hasta él y me agarro a su brazo como si fuera un salvavidas—. Nada va a salir bien. Tu hermano va a descubrirnos, mi padre va a tener un infarto y vamos a acabar en las noticias como los peores mentirosos de Manhattan.

—No va a pasar nada de eso. —Me envuelve la mano con la suya —. Royce es un témpano, pero no es adivino. Tu padre te quiere tanto que va a creerse cualquier cosa que le digamos. Y nadie más tiene por qué enterarse de nada.

—Estás loco. Mañana todo Nueva York va a saber de nuestro compromiso.

—Probablemente. —Sonríe—. Pero ya estamos aquí. Así que vamos a hacerlo bien.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Tres.

Vale. Puedo con esto. Soy Hannah Gray. He saboteado diecisiete citas sin despeinarme. Puedo fingir estar enamorada de mi mejor amigo durante una cena.

Puedo.

Empezamos a caminar hacia el restaurante y con cada paso intento convencerme de que esto va a funcionar.

Drake me cuenta algo gracioso sobre un cliente del hotel. Yo me río. Suena casi natural.

Me aprieta la mano. Yo se la aprieto de vuelta.

Somos una pareja. Estamos enamorados. Esto es real.

Casi me lo creo.

Hasta que llegamos a la entrada del restaurante y veo al hombre que está esperando en la puerta.

Y toda la fuerza que había conseguido insuflarme se evapora de golpe.

Porque el hombre al que Drake acaba de llamar «Royce» es el hombre del callejón.

El mismo hombre al que le he dicho hace diez minutos que iba a conocer al idiota del hermano de mi mejor amigo.

No.

No, no, no, no, no.

Esto no está pasando.

Me quedo paralizada en mitad de la acera, con los pies pegados al suelo y el corazón latiendo desbocado. Creo que voy a desmayarme.

Drake me mira, confundido.

—Gray, ¿estás bien?

No puedo hablar. No puedo moverme.

Porque Royce Harris, el mismísimo témpano en persona, me está mirando con esos ojos grises que ahora veo con claridad bajo la luz de las farolas.

Me doy cuenta al segundo de que me reconoce.

Por supuesto que me reconoce. Casi le he insultado en la cara. Por no hablar de que estaba en un callejón actuando como una auténtica loca.

Y va a decir algo.

El pulso se me dispara.

—¡Hannah! —La voz de mi padre resuena desde el otro lado de la calle.

Jamás en mi vida me he alegrado tanto de ver a Richard Gray.

Acabo de ser salvada de pasar una vergüenza monumental.

Mi padre cruza la calle con esa energía que lo caracteriza, con el pelo plateado sin un mechón fuera de sitio. Llega hasta nosotros con

una sonrisa enorme.

—Drake, hijo. —Le da un abrazo a mi amigo y luego se vuelve hacia Royce, tendiéndole la mano—. Y tú debes de ser el hermano mayor. Richard Gray, encantado de conocerte por fin.

Royce le estrecha la mano, tenso como una cuerda de violín.

—Royce Harris. Un placer, señor Gray.

—Richard, por favor. —Mi padre sonríe con ese entusiasmo que reserva para la gente que le cae bien—. Drake me ha hablado mucho de ti. Y la cadena Harris Legacy tiene una reputación impecable. Es un honor tenerte en Nueva York.

—Gracias. —La respuesta de Royce es cortés pero fría.

Drake se aclara la garganta y me aprieta un poco más fuerte del brazo.

—Royce, esta es Hannah. Hannah Gray. Mi mejor amiga de la universidad. Te he hablado en muchas ocasiones de ella.

Por fin Royce me mira directamente.

Y cuando nuestros ojos se encuentran bajo la luz de las farolas, veo un destello de algo en su mirada.

Sea lo que sea, desaparece tan rápido que casi creo haberlo imaginado.

—Señorita Gray. —Me tiende la mano.

La cojo, intentando que no me tiemble.

—Señor Harris. Es un placer conocerle.

Su mano es grande, cálida, firme. Me la estrecha una vez y luego la suelta como si quemara.

—El placer es mío.

Su voz no delata nada. Ni un atisbo de que hace diez minutos estábamos hablando en un callejón.

Actúa como si fuera la primera vez que me ve.

No sé si sentirme aliviada o insultada.

—Bueno, entremos. —Mi padre me estrecha contra su costado—. Tengo hambre y mucha curiosidad por saber qué es eso tan importante que Drake quería contarnos.

Entramos al restaurante en una procesión extraña: mi padre delante, radiante; Drake y yo detrás, agarrados del brazo como si

fuéramos de camino al patíbulo; y Royce cerrando la marcha, silencioso como una sombra.

El maître nos guía a una mesa al fondo, junto a una ventana con vistas a la calle. Privada, discreta, perfecta para una conversación que va a cambiarlo todo.

O para un desastre monumental.

Lo segundo, casi seguro.

Me siento al lado de Drake. Mi padre se sienta frente a mí. Y Royce…

Royce se sienta justo enfrente, con esos ojos grises clavados en mí como si pudiera leer cada pensamiento que pasa por mi cabeza.

Dios.

Es todavía más impresionante con luz.

Es alto, de hombros anchos, con una mandíbula dura que parece esculpida en piedra. El traje de tres piezas, de corte impecable, debe de estar hecho a medida, porque se le ajusta al cuerpo de una forma casi indecente.

Y esos ojos.

Grises como una tormenta. Fríos. Calculadores.

Pero también…

Hay algo en ellos que no sé nombrar. Como si debajo de todo ese hielo quedara un rescoldo.

Sacudo la cabeza.

Concéntrate, Hannah. No es momento de analizar lo atractivo que es tu cuñado.

El camarero viene, nos trae agua, nos deja las cartas.

Y en la mesa se instala un silencio incómodo.

Mi padre mira a Drake con expectación. Drake me mira a mí. Yo miro la carta como si fuera lo más fascinante del mundo.

Y Royce no aparta los ojos de mí.

—Bueno. —Mi padre junta las manos sobre la mesa—. Drake, nos has citado aquí para contarnos algo importante. ¿De qué se trata?

Drake respira hondo, me aprieta la mano por debajo de la mesa y suelta:

—Hannah y yo nos vamos a casar.

Silencio.

Un silencio de plomo. Puedo oír mi propia respiración.

Y entonces mi padre…

Mi padre pierde la compostura.

Por completo.

—¿QUÉ? —Casi grita, con los ojos como platos y una sonrisa tan enorme que parece que se le va a partir la cara—. ¿Casaros? ¿Vosotros dos?

—Sí, señor. —Drake sonríe, todo encanto y seguridad—. Llevamos saliendo en secreto varios meses y… bueno. Nos hemos dado cuenta de que no queremos esperar más.

Varios meses.

Esa es la historia que hemos preparado. Varios meses saliendo en secreto porque queríamos estar seguros antes de contárselo a nuestras familias.

Suena creíble.

Casi.

—Hannah. —Mi padre me mira con los ojos brillantes—. Cariño, ¿es verdad?

Trago saliva.

Di algo. Di cualquier cosa.

—Sí, papá. —La voz me sale firme, no sé de dónde—. Es verdad. Drake y yo… nos queremos. Y queremos casarnos.

Las palabras me suenan falsas hasta a mí.

Pero mi padre no parece darse cuenta.

Se levanta de la silla, rodea la mesa y me abraza con una fuerza que no le conocía.

—No sabes lo feliz que me haces. —Su voz se quiebra—. No sabes cuánto he esperado este momento.

Y dios.

Tiene lágrimas en los ojos.

Mi padre (Richard Gray, el hombre que nunca pierde la compostura) está al borde de las lágrimas de pura felicidad.

Y yo soy la razón.

Yo, con mi mentira. Con mi farsa. Con este matrimonio falso que va a hacerle creer que por fin he encontrado lo que él quería para mí.

La culpa me retuerce el estómago.

¿Qué estoy haciendo?

Mi padre se separa, me besa la frente y se vuelve hacia Drake.

—Cuida de mi niña, ¿de acuerdo? Es lo más importante que tengo.

—Lo haré, señor. —Drake le estrecha la mano—. Se lo prometo.

Mi padre vuelve a sentarse, limpiándose los ojos con una servilleta, y se ríe de sí mismo.

—Perdonad. Es que… es que estoy tan feliz. Tan aliviado. Hannah, cariño, ya sé que he sido muy pesado con lo de las citas, pero es que… solo quería que encontraras a alguien bueno. Alguien que te quisiera de verdad. Alguien que te cuide cuando yo… falte.

—Lo sé, papá.

—Y Drake… —Mira a mi mejor amigo con orgullo, o algo muy parecido—. No podría haber elegido mejor. Eres un buen chico. De buena familia. Y sé que vas a hacerla feliz.

—Haré todo lo posible.

La conversación continúa. Mi padre pregunta cómo pasó, cuándo nos dimos cuenta, si ya hemos pensado en la fecha.

Y Drake se hace cargo de todo.

Con esa labia suya, cuenta una historia preciosa sobre cómo una noche, después de uno de nuestros paseos por la ciudad, se dio cuenta de que estaba enamorado de mí.

Es mentira. Todo es mentira.

Pero suena tan real que casi me lo creo.

Casi.

Y entonces Drake dice, tan tranquilo como si estuviera hablando del tiempo:

—Queremos casarnos en tres meses.

Me atraganto con el agua.

—¿Cómo que en tres meses? —Lo digo sin pensar—.

Drake me mira, sereno.

—Ya hemos esperado suficiente, ¿no crees, cariño? No tiene sentido alargar más el compromiso.

Cariño.

Me ha llamado cariño.

Delante de mi padre y de su hermano.

Y yo no puedo desdecirme. No puedo decir que tres meses es una locura, que necesitamos más tiempo, que esto está yendo demasiado rápido.

Porque estamos actuando. Y en esta obra, somos una pareja enamorada que no puede esperar para casarse.

—Tres meses —repito, intentando que mi voz suene emocionada en lugar de aterrada—. Claro. Perfecto.

—¡Maravilloso! —Mi padre alza su copa de agua como si fuera champán—. Por Hannah y Drake. Por el amor. Por el futuro.

Brindamos.

Y en medio del tintineo de las copas, en medio de la sonrisa radiante de mi padre y la actuación perfecta de Drake, mis ojos se encuentran con los de Royce.

Y lo que veo en ellos me deja sin aliento.

No es felicidad. No es aprobación.

Es algo más oscuro. Más intenso.

Como si me estuviera estudiando. Catalogando. Buscando las grietas en nuestra fachada.

¿Cómo puede un hombre ser tan masculino y atractivo y aterrador a la vez?

¿Sonríe alguna vez?

¿Cómo pueden ser Royce y Drake hermanos si son tan diferentes?

Porque Drake es luz. Risas. Encanto fácil.

Y Royce es…

Oscuridad. Control. Una presencia que espesa el aire de la habitación.

Es demasiado. Demasiado imponente. Demasiado duro. Demasiado atractivo.

Y me está mirando como si yo fuera de cristal.

Aparto la vista, concentrándome en mi plato, en mi servilleta, en cualquier cosa que no sean esos ojos grises que parecen poder leer cada uno de mis secretos.

La conversación continúa a mi alrededor.

Mi padre pregunta por la ceremonia, por la lista de invitados, por si ya hemos pensado en el lugar.

Drake responde con esa facilidad suya, improvisando respuestas que suenan de lo más razonables.

Y yo…

Yo apenas soy consciente de lo que está pasando.

Porque lo único en lo que puedo pensar es:

¿Qué demonios acabo de hacer?

Acabamos de empezar hoy con este compromiso falso y ya sé, con una certeza que me cala hasta los huesos, que va a acabar mal.

Muy mal.

La velada avanza. Mi padre cuenta historias sobre cuando yo era pequeña. Drake se ríe en todos los momentos adecuados. Royce permanece en silencio, observando.

Siempre observando.

Y yo intento sonreír, asentir, actuar como la prometida enamorada que se supone que soy.

Pero por dentro…

Por dentro estoy cayendo en un abismo del que no sé cómo voy a salir.

Porque mi padre está feliz. Más feliz de lo que lo he visto en años.

Y todo se basa en una mentira.

Una mentira que acabo de confirmar delante de dos de las personas más importantes de mi vida.

Y no hay forma de deshacerlo.

El camarero trae los entrantes. Risotto para mi padre, carpaccio para Drake, ensalada para mí que apenas toco.

Royce pide un filete poco hecho.

Cómo no.

Mi padre levanta su copa otra vez.

—Por Hannah y Drake —repite, con los ojos todavía brillantes—. Que seáis tan felices como vuestra madre y yo lo fuimos.

Y eso…

Eso me parte en dos.

Porque mi padre amaba a mi madre. La amaba de verdad. Y cuando ella murió, algo en él murió también.

Y ahora piensa que he encontrado ese mismo amor.

Piensa que voy a ser feliz.

Piensa que todo va a estar bien.

Y es mentira.

Todo es mentira.

Brindo con él, con una sonrisa pegada en la cara que duele de lo falsa que es.

Y cuando vuelvo a mirar a Royce, sus ojos siguen clavados en mí.

Atentos. Analíticos. Implacables.

Como si supiera lo que estoy pensando.

Como si pudiera ver la mentira flotando entre nosotros como un fantasma.

Y por primera vez desde que Drake me propuso esta locura, me pregunto:

¿Y si no podemos hacerlo?

¿Y si Royce nos descubre?

¿Y si todo esto explota y acabo perdiendo no solo a mi padre, sino también a mi mejor amigo?

La respuesta me aterra tanto que tengo que bajar la vista.

Porque ya es demasiado tarde.

Ya he dicho que sí. Ya hemos anunciado el compromiso. Ya hemos mentido delante de las dos personas para las que estamos actuando.

Ya no hay vuelta atrás.

Solo queda seguir adelante.

Y rezar para que no nos estrellemos antes de llegar al final.

CAPÍTULO 8

ROYCE

Estoy intentando procesar lo que acaba de pasar y no lo consigo.

Drake (mi hermano pequeño, el donjuán que cambia de mujer como de camisa, el tipo que no recuerda el nombre de la mitad de las personas con las que se acuesta) acaba de anunciar que se va a casar.

Con Hannah Gray.

La mujer del callejón.

La mujer que hace veinte minutos me ha dicho que iba a conocer al idiota del hermano de su mejor amigo.

La misma mujer que ahora está sentada frente a mí con una sonrisa que parece pintada y los ojos demasiado brillantes, agarrada a Drake como si fuera su tabla de salvación.

No tiene ningún sentido.

Cojo la copa de agua y bebo, intentando que mi expresión no delate nada de lo que estoy pensando.

Porque lo que estoy pensando es: esto es una puta locura.

Drake me ha hablado de su mejor amiga americana. Hannah. La chica con la que estudió en Columbia, con la que se junta para cenar, con la que va a bailar y se divierte.

La amiga. Solo eso.

Nunca, ni una sola vez en todos estos años, me ha dicho que estuviera enamorado de ella.

Y ahora resulta que llevan meses saliendo en secreto y quieren casarse en tres meses.

Tres meses.

Miro a Drake. Está sonriendo, relajado, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Hannah como si fuera lo más natural del

mundo.

Y ella…

Ella lo mira con lo que se supone que es adoración, pero a mí me parece más bien pánico apenas contenido.

Algo no encaja.

Toda la escena chirría.

Pero Richard Gray está radiante. Ha perdido la compostura por completo y no para de hablar sobre lo feliz que está, lo aliviado que se siente, lo perfecto que es Drake para su hija.

Y Drake responde con esa soltura suya. Cuenta historias. Hace reír a Richard. Actúa como el yerno perfecto.

Aprieto la mandíbula y aparto la vista, concentrándome en el menú que tengo delante aunque no estoy leyendo ni una sola palabra.

Porque lo que realmente me está molestando no es que Drake se case.

Es que creía que el amor estaba vetado para nosotros.

Los dos crecimos en la misma casa tóxica. Vimos a nuestros padres destrozarse durante años. Peleas, gritos, infidelidades, desprecios. Amor que se pudría hasta convertirse en odio.

Y yo saqué la conclusión obvia: el amor no existe. O si existe, es peligroso. Es una trampa. Es algo que te destruye desde dentro.

Pensé que Drake había llegado a la misma conclusión.

Por eso se acostaba con todo lo que se movía. Por eso nunca se quedaba con nadie más de una noche. Por eso construyó esa armadura de ligón despreocupado.

Porque era más seguro que arriesgarse a sentir algo de verdad.

Igual que yo construí mi armadura de hielo.

Dos hermanos, dos formas distintas de protegerse de lo mismo.

¿Y ahora resulta que se ha enamorado?

¿Que ha encontrado a alguien que ha atravesado esa armadura como si no existiera?

No me lo creo.

Pero tampoco puedo decir nada. Porque Richard Gray está contando una historia sobre cuando Hannah era pequeña y quería ser escritora, y Drake se está riendo, y Hannah está sonriendo con

una sonrisa que vuelve a removerme por dentro de una forma incómoda.

Y yo…

Yo no puedo dejar de mirarla.

Es un problema.

Un problema serio.

Porque debería estar mirando a mi hermano. Debería estar analizando su lenguaje corporal, intentando descifrar si esto es real o si es otra de sus locuras.

Pero en cambio la estoy mirando a ella.

A la forma en que se recoge el pelo detrás de la oreja. A cómo se muerde el labio inferior cuando su padre dice algo que la incomoda. A esa risa suave que suelta cuando Drake cuenta algo gracioso.

Es luminosa.

No hay otra palabra para describirla.

Luminosa hasta el punto de que todo lo demás en la habitación parece más oscuro.

Y cuando sonríe, cuando sonríe de verdad, es como si el sol saliera en mitad de la oscuridad.

Puedo entender que Drake se haya fijado en ella.

Puedo entender que alguien tan… así… sea imposible de encontrar dos veces en la vida.

La punzada en el pecho me obliga a llevarme una mano al esternón.

¿Qué coño es esto?

¿Qué demonios me está pasando?

No lo sé. Y no me gusta no saberlo.

Me obligo a bajar la vista al plato. El filete está en su punto, poco hecho como lo pedí, pero apenas puedo saborearlo.

Porque sigo pendiente de ella.

De cada movimiento. De cada palabra. De cada vez que Drake le toca la mano y ella da un pequeño respingo antes de relajarse.

De la forma en que él la mira con esa confianza profunda de alguien que conoce cada detalle de la persona que tiene al lado.

Y tengo que mirar a otro lado.

Porque algo en esa imagen me molesta, y prefiero no preguntarme por qué.

La cena continúa. Traen los platos principales. Richard pide una botella de vino para brindar. Drake cuenta más historias sobre su relación secreta, sobre cómo se dieron cuenta de que eran algo más que amigos, sobre el momento exacto en que supo que quería casarse con ella.

Es todo perfecto.

Y yo sigo sin poder quitarle los ojos de encima a Hannah.

Juega con la servilleta. Bebe agua cada treinta segundos, como si tuviera la boca seca. Y de vez en cuando le lanza a Drake una mirada que pide ayuda en silencio.

No está cómoda.

Lo veo en cada línea de su cuerpo. En la tensión de sus hombros. En esa sonrisa demasiado ancha, demasiado radiante.

Está actuando.

¿Pero por qué?

No tiene sentido.

A menos que…

No.

Aparto ese pensamiento a medio formar.

Porque si voy por ahí, si empiezo a cuestionar la autenticidad de este compromiso, tendré que enfrentarme a preguntas que no quiero responder.

Como por qué me importa tanto.

Como por qué la idea de esta relación me molesta más de lo que debería.

Como por qué no puedo dejar de mirarla.

Richard levanta su copa otra vez.

—Por Hannah y Drake —dice, con la voz cargada de emoción—. Que tengáis la misma felicidad que tu madre y yo tuvimos, cariño.

Hannah traga saliva y sus ojos se llenan de lágrimas que no llega a derramar.

—Gracias, papá.

Brindamos. El tintineo de las copas resuena en el silencio.

Y cuando Hannah levanta la vista y nuestros ojos se encuentran, siento cómo se me contrae el estómago.

Aparto la vista otra vez y me concentro en mi plato.

El resto de la cena se me desdibuja.

Y yo me limito a estar ahí, en silencio, observando.

Siempre observando.

Cuando por fin terminamos, cuando Richard pide la cuenta y Drake insiste en pagar aunque Richard se niega, siento un alivio tan grande que casi me marea.

Necesito salir de aquí.

Necesito aire. Espacio. Distancia de esta situación y de los ojos dorados de Hannah Gray, que no dejan de buscarme como si quisiera saber qué estoy pensando.

Nos levantamos. Richard abraza a Drake. Luego abraza a Hannah con tanta ternura que desvío los ojos porque me duele verlo.

—Estoy tan orgulloso de ti, cariño —le dice—. Tu madre estaría tan feliz.

Hannah se queda rígida en sus brazos y cuando se separan, veo las lágrimas brillando en sus ojos.

—Gracias, papá.

Richard se vuelve hacia mí y me tiende la mano.

—Royce, ha sido un placer. Espero que podamos vernos más a menudo ahora que vas a ser parte de la familia.

Familia.

La palabra me cae encima como una losa.

—El placer ha sido mío, Richard. —Estrecho su mano, manteniendo mi expresión neutral—. Gracias por la velada.

—Gracias a vosotros por compartir esta noticia maravillosa.

Drake me mira, esperando que diga algo.

Algo como «enhorabuena». O «estoy feliz por vosotros». O «bienvenida a la familia, Hannah».

Pero no puedo.

No puedo pronunciar esas palabras.

—Hasta pronto. —Es lo único que consigo decir.

Y luego salgo del restaurante antes de que nadie pueda detenerme.

El aire húmedo de la noche me golpea la cara y respiro hondo, intentando aclarar mi cabeza.

¿Qué coño acaba de pasar?

No lo sé.

Lo único que sé es que tengo que largarme de aquí antes de hacer o decir algo que no pueda retirar.

Camino rápido por la acera, sin rumbo fijo; solo necesito moverme.

Diez minutos después estoy frente a The Legacy.

Mi hotel. Mi santuario. El único lugar en esta ciudad donde todo tiene sentido.

Pero en lugar de subir derecho a mi suite como suelo hacer, me desvío hacia el bar del vestíbulo.

Necesito una copa.

Necesito algo que calme esta inquietud que me está corroyendo desde dentro.

El bar está medio vacío, con música suave de fondo y las luces tenues de un ambiente íntimo.

Me siento en la barra y el camarero se acerca de inmediato.

—Señor Harris. ¿Qué le apetece tomar?

—Whisky. Solo. Sin hielo.

—Enseguida.

Me trae la copa y bebo un sorbo. El líquido quema al bajar por la garganta, pero es lo que necesito.

Calor. Dolor. Algo que me ancle a la realidad.

Porque la noche que acabo de vivir ha sido surrealista.

Mi hermano se casa.

Con una mujer preciosa a la que conocí en un callejón donde me llamó idiota sin saber quién era.

—¿Estás solo?

Levanto la vista.

Hay una mujer a mi lado: rubia, con un vestido ajustado y sonrisa insinuante. Atractiva de esa forma genérica que no deja huella.

—Sí.

—¿Quieres compañía?

—No.

Ella parpadea, sorprendida por la brusquedad de mi respuesta.

—Solo quería…

—Ya sé lo que quieres. —Bebo otro sorbo—. Y no estoy interesado.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Entonces?

La miro de frente, con esa frialdad que llevo años puliendo.

—Entonces no tengo nada dentro que ofrecerle a nadie. Así que ni te molestes.

Ella se queda callada un momento, procesando mis palabras, y luego se aleja sin decir nada más.

Bien.

Me termino el whisky de un trago y dejo un billete en la barra.

Cuando salgo del bar y subo a mi suite, la ciudad se extiende bajo mis pies a través de los ventanales.

Manhattan de noche. Luces, rascacielos, millones de vidas que no me importan.

Me quito la chaqueta, la corbata, y me quedo ahí de pie, mirando la oscuridad.

Mi hermano se casa.

Mi hermano ha encontrado algo que yo nunca encontraré.

Algo que ni siquiera quiero encontrar.

Porque el amor no existe.

O si existe, es solo para idiotas demasiado confiados que no aprendieron la lección que nuestros padres nos enseñaron.

Que el amor te destroza. Que el amor te pudre desde dentro. Que amar es la forma más rápida de perderlo todo.

Drake no lo ha aprendido.

O lo ha aprendido y ha decidido ignorarlo.

Yo sí lo he aprendido.

Y por eso estoy aquí. Solo. En lo alto de mi torre de cristal y acero, mirando una ciudad que he conquistado pero que nunca me ha importado de verdad.

Solo.

Siempre solo.

Y no pasa nada.
Porque el amor es solo para idiotas demasiado confiados.
Y yo dejé de ser un idiota hace mucho tiempo.

CAPÍTULO 9

HANNAH

La boda del año.

Eso es lo que pone en la portada de Manhattan Society Magazine que acabo de ver en un quiosco de la Quinta Avenida.

Y debajo, una foto de Drake y mía saliendo del restaurante Carbone hace tres días. Él me tiene cogida de la cintura. Yo estoy sonriendo.

Parecemos enamorados.

Parecemos felices.

Parecemos la pareja perfecta.

Es mentira.

Todo es mentira.

Pero todo Nueva York se lo ha creído.

He recibido cuarenta y siete mensajes de felicitación en los últimos tres días. Amigas de la universidad que no sabía ni que tuvieran mi número. Conocidas del circuito social. Incluso la señora Harrison, que me mandó un ramo de flores con una nota que decía: «Sabía que encontrarías a alguien especial, querida».

Mi padre me ha llamado cinco veces solo para decirme lo feliz que está.

Y Drake y yo…

Drake y yo tenemos que alimentar la ilusión.

Por eso estoy aquí, caminando por el vestíbulo de The Legacy a las doce y media del mediodía, con un vestido azul marino que me hace parecer profesional y unos tacones que me están matando los pies.

Voy a buscar a mi prometido para comer juntos.

Como haría cualquier novia enamorada.

Aunque lo único que siento ahora mismo es una mezcla de nervios y náuseas que no tiene nada que ver con el amor.

El vestíbulo impresiona, con su mármol blanco, sus arañas de cristal y una fuente en el centro que debe de costar más que mi apartamento. Todo grita lujo, poder, dinero.

Todo grita Royce Harris.

Me obligo a no pensar en él y me dirijo a los ascensores.

Planta ejecutiva. Oficinas de dirección.

El ascensor sube en silencio y yo aprovecho para repasarme en las puertas de acero pulido: moño bajo, maquillaje discreto, postura recta.

Parezco una adulta responsable.

Parezco alguien que sabe lo que está haciendo.

Mentira número mil.

Las puertas se abren con un pitido suave y salgo a un pasillo de cristal y acero que parece sacado de una película de ciencia ficción.

Todo es minimalista. Frío. Impoluto.

Como su dueño.

Sacudo la cabeza y camino hacia la recepción.

Una mujer impecable con traje negro y sonrisa profesional me saluda.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a buscar a Drake Harris.

—¿Tiene cita?

—Soy su prometida.

La palabra suena rara en mi boca. Como si perteneciera a otra persona.

Pero la recepcionista sonríe, más cálida ahora.

—Por supuesto, señorita Gray. He visto las noticias. Enhorabuena. El señor Drake está en su despacho. Tercera puerta a la izquierda.

—Gracias.

Camino por el pasillo, pasando oficinas con las puertas cerradas y salas de reuniones vacías, hasta que llego a la tercera puerta.

Está entreabierta.

Y dentro está Drake, sentado frente a su escritorio, tecleando algo en el ordenador con esa concentración que reserva para cuando

trabaja de verdad.

Doy dos golpecitos en la puerta.

—¿Se puede?

Levanta la vista y su cara se ilumina con una sonrisa enorme.

—Gray. —Se levanta, rodea el escritorio y me abraza—. No sabía que venías.

—Sorpresa. —Le devuelvo el abrazo, consciente de que cualquiera podría vernos—. Pensé que podríamos comer juntos. Ya sabes. Para… alimentar la ilusión.

—Buena idea. —Se separa y me mira, orgulloso—. Estás preciosa, por cierto.

—Mentiroso.

—Nunca te miento.

—Excepto sobre estar enamorado de mí.

—Eso es distinto. —Sonríe—. Eso es una mentira para el mundo. Pero entre nosotros siempre hay verdad.

Es un buen discurso. Y casi cuela.

—¿Vamos? —pregunto.

—Espera. —Se le ilumina la cara con esa expresión que significa que acaba de tener una idea. Me echo a temblar—. ¿Y si invitamos a Royce?

Me quedo paralizada.

—¿Qué?

—A Royce —repite, como si tal cosa—. Lleva tres días encerrado en su despacho sin salir. Necesita comer. Y, además, sería bueno que pasáramos tiempo juntos. Ya sabes. Para que se acostumbre a la idea de que somos pareja.

—No creo que sea buena idea.

—Es perfecta. —Ya está caminando hacia la puerta—. Vamos. Su despacho está al final del pasillo.

No me da tiempo a objetar.

Drake sale como un vendaval y yo lo sigo, maldiciendo en silencio.

Esto es una mala idea.

Una malísima idea.

Porque Royce me afecta, y no puedo controlarlo. Estar cerca de él es muy incómodo.

Llegamos a una puerta de madera oscura al final del pasillo. Drake llama dos veces y entra sin esperar respuesta.

—Royce. Hannah y yo vamos a comer. ¿Te vienes?

Entro detrás de Drake y ahí está.

Royce Harris. Sentado detrás de un escritorio enorme, con un traje de tres piezas gris oscuro, el pelo impecable y esa expresión de «estoy ocupado y no me molestes» que parece permanente.

Levanta la vista y nuestros ojos se encuentran.

Y dios.

Siento ese impacto otra vez.

Esa sensación de que el aire pesa más, de que cuesta respirar.

—No puedo. —Su voz es cortante—. Tengo trabajo.

—Siempre tienes trabajo. —Drake se apoya contra el marco de la puerta—. Vamos, tómate un descanso. Hannah está aquí.

Como si eso fuera un incentivo.

Royce me mira de nuevo, listo para negarse otra vez.

Y entonces hago una solemne estupidez.

Levanto una ceja.

Un gesto pequeño. Casi imperceptible. Pero cargado de desafío.

Como diciendo: «Por supuesto que no vienes. Era de esperar.»

No sé por qué lo hago.

No sé qué gano con ello.

Solo sé que algo en mí no puede evitarlo cuando tengo a Royce delante.

Nuestras miradas se quedan enganchadas un instante de más.

Puedo ver el momento exacto en que él registra mi provocación silenciosa.

Puedo ver cómo se le tensa la mandíbula, solo un poco.

Y luego, contra todo pronóstico, se levanta.

—Está bien —dice, con un tono que no admite réplica—. Vamos.

Drake parece emocionado pero yo no le presto atención.

Porque Royce me sostiene la mirada un segundo más antes de rodear el escritorio.

Y en sus ojos hay algo que me deja sin aire.

Algo que parece decir: «Has querido jugar. Ahora aguanta.»

Drake nos mira a los dos con una sonrisa enorme.

—Genial. Conozco un tailandés perfecto a dos calles de aquí.

El restaurante es pequeño, acogedor, con mesas de madera y un olor a especias que me hace la boca agua.

Nos sentamos en una mesa al fondo. Drake a mi lado, Royce frente a nosotros.

Y durante los primeros diez minutos todo va bien.

Pedimos. Pad thai para mí, curry para Drake, algo picante para Royce que ni siquiera sé pronunciar.

Hablamos de tonterías. El tiempo. El tráfico. Lo buena que está la comida.

Todo muy civilizado.

Hasta que el móvil de Drake suena con un pitido.

Mira la pantalla y frunce el ceño.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Email del departamento de comunicación. —Lee en voz alta—. «Alerta: empleado da declaraciones negativas sobre RH a Manhattan Times. Requiere acción inmediata.»

Royce coge su móvil de inmediato.

Lo veo teclear, abrir el correo, leer con una expresión impasible que no delata nada.

Pero puedo ver la tensión en su mandíbula.

—¿Qué dice? —Drake se inclina hacia él.

—Un exempleado. John Sullivan. Dice que soy… —lee de la pantalla— «un jefe borde, distante e imposible de complacer. Que crea un ambiente de trabajo tóxico donde nadie se atreve a respirar sin su permiso.»

—Joder.

—Exacto.

Royce cierra el móvil y se frota los ojos. Es el primer gesto de cansancio que le he visto.

—Voy a llamar a los abogados. Le pagaremos para que retire la declaración.

—No. —La palabra se me escapa.

Royce me mira con una frialdad de quirófano.

—¿Perdona?

—Que pagar para que retire la declaración es una pésima idea.

—¿Y tú qué sabrás?

Su tono es cortante, despectivo.

Y me cabrea.

—Sé bastante, señor Harris. Soy periodista. —Mantengo su mirada—. Y sé que, si pagas a ese hombre para que se calle, lo único que conseguirás es avivar más las noticias. «Magnate hotelero intenta comprar el silencio de exempleado.» ¿Te suena bien ese titular?

Se queda en silencio.

Drake nos mira a los dos como si estuviera viendo un partido de tenis.

—¿Entonces qué sugieres? —pregunta Royce, y su tono es todavía frío pero hay algo más. ¿Curiosidad?

—Que des tu versión de los hechos. Que manejes la historia. —Me inclino hacia delante—. Investiga por qué ese hombre ha hablado. Seguro que hay dinero de por medio. Alguien le ha pagado para que suelte esa declaración. Descubre quién y por qué. Y luego desbarata su discurso desde esa óptica.

Royce se me queda mirando, tres segundos largos.

Y luego coge el móvil y marca.

—Laura —dice cuando alguien responde—. Necesito que investigues a John Sullivan. Quién lo ha contactado, cuánto le han pagado, qué más ha dicho. Quiero toda la información en mi escritorio en una hora.

Hace una pausa.

—Sí, es urgente. Investiga a fondo. Quiero nombres, cantidades, todo. —Pausa, escuchando—. No me importa. Encuentra la forma.

Otra pausa.

—¿Qué? —Su tono se vuelve más cortante—. No. Ya te lo he dicho mil veces. La respuesta es no.

Drake me mira, confundido. Yo me encojo de hombros.

—Laura, que quede claro de una vez por todas: no voy a permitir que escriban mis putas memorias —dice Royce, y su voz es tan fría que casi me da escalofríos—. Encuentra otra solución.

Cuelga de un golpe.

Y clava en mí esos ojos grises.

—Gracias por la sugerencia, señorita Gray.

—De nada.

Hay algo nuevo en su tono. No es gratitud, pero tampoco desprecio.

Es… respeto.

Me sorprende tanto que tengo que bajar la vista.

—Espera. —Drake se incorpora, con esa cara de eureka que nunca trae nada bueno—. Espera, espera, espera.

—¿Qué? —Royce lo mira con recelo.

—Las memorias.

—No voy a escribir unas putas…

—No tú. —Drake me señala—. Hannah.

Me atraganto con el agua.

—¿Qué?

—Hannah puede escribir tu biografía. —Drake me mira con entusiasmo—. Es periodista. Es brillante. Y si vas a estar cómodo con alguien, es con ella. Además, ya has visto que es profesional y que conoce el mundo.

—Drake, no…

—Es perfecto. —Se vuelve hacia su hermano—. El equipo de marketing tiene razón, Royce. Necesitas suavizar tu imagen. Y Hannah puede hacerlo. Puede escribir algo que te presente como… ya sabes. Humano.

—Soy humano.

—No lo pareces.

Royce lo fulmina con la mirada.

Pero Drake no se amilana.

—Piénsalo. Hannah tiene acceso a ti porque va a ser mi mujer. Puede seguirte, entrevistarte, conocerte de verdad. Y luego puede escribir algo que te haga parecer menos… un témpano.

—No necesito parecer menos nada.

—Sí lo necesitas. Y lo sabes.

Nos quedamos en silencio.

Un silencio total. Puedo oír mi propia respiración.

Y yo…

Yo contengo el aliento y espero.

Porque parte de mí, una parte estúpida e irracional, quiere que diga que sí.

Quiere la oportunidad de escribir la biografía de Royce Harris.

De un hombre tan poderoso, tan influyente, tan… imposible.

Sería el trabajo más importante de mi vida.

Pero otra parte, la parte sensata, sabe que es mala idea.

Porque Royce me afecta.

Mucho.

Demasiado.

Y pasar tiempo con él, conocerlo de verdad, estar cerca de esa presencia abrumadora…

Es peligroso para mi cordura.

Royce me mira fijamente.

Y durante cinco segundos, el mundo se reduce a esos ojos grises fijos en los míos.

Buscando. Evaluando. Decidiendo.

—Mañana —dice por fin—. A las doce del mediodía. En mi despacho. Tendremos una reunión para pactar las cláusulas del contrato.

Drake suelta un grito de victoria.

Pero yo apenas lo oigo.

Porque Royce sigue mirándome con una intensidad que me atraviesa.

Ha aceptado.

Ha aceptado que yo escriba su biografía.

Y no sé si sentirme eufórica o aterrada.

Puede que las dos.

—Allí estaré —consigo decir, con la barbilla alta y una seguridad que no tengo.

—Bien.

Royce aparta la vista y vuelve a mirar su móvil, como si la conversación hubiera terminado.

Y yo me quedo ahí sentada, con el corazón armando tanto escándalo que temo que lo oiga todo el restaurante.

Voy a escribir la biografía de Royce Harris.

Voy a pasar horas con él. Días. Semanas.

Voy a conocerlo de verdad.

Y eso…

Eso me aterra más de lo razonable.

Porque no puedo negar que Royce me afecta.

Que cada vez que me mira siento algo que no debería sentir.

Que cada vez que habla con esa voz grave y controlada, noto un tirón en el estómago.

Y ahora voy a tener que estar cerca de él a todas horas.

Cerca de ese hombre imposible que me mira como si mis secretos estuvieran a la vista.

Cerca de ese témpano que me roba el aire con solo existir.

Es un desastre anunciado.

Lo sé.

Pero cuando llega la comida y Drake empieza a hablar de los planes de boda, cuando Royce asiente en los momentos adecuados sin dejar de mirar su móvil, cuando el camarero nos trae la cuenta y Royce insiste en pagar…

Me doy cuenta de algo.

Quiero hacerlo. Escribir esa biografía.

Demostrar que soy buena en lo que hago, demostrarle a mi padre que no soy una escritora frustrada.

Y quiero…

Quiero conocer a Royce Harris.

Al hombre que se esconde detrás de esa armadura de hielo.

Aunque eso signifique jugar con fuego.

Aunque eso signifique arriesgarme a quemarme.

Porque hacía mucho que no sentía nada parecido a la emoción.

A la expectación.

A la vida.

Y no voy a dejarlo pasar.

Aunque me muera en el intento.

CAPÍTULO 10

ROYCE

Esto es una idea pésima.

Lo supe ayer, en el restaurante tailandés, cuando Hannah me miró con esos ojos dorados retándome a aceptar y mi boca dijo que sí antes de que mi cerebro pudiera vetarlo. Lo supe anoche, dando vueltas en la cama de mi suite mientras repasaba una por una todas las formas en que esto puede salir mal. Y lo sé ahora, con las manos apoyadas en el escritorio y la mandíbula tan apretada que me va a doler durante horas.

La prometida de mi hermano va a escribir mi biografía.

La mujer que lleva desde que la conocí apareciendo en mis pensamientos sin permiso va a pasar los próximos meses entrevistándome, observándome, desmantelando cada muro que he construido durante años para mantener a todo el mundo a distancia.

Un idiota.

Eso es lo que soy.

Un idiota con corbata de seda y un imperio que proteger, que ha permitido que una sonrisa irónica y un par de réplicas afiladas lo desarmaran en menos de cinco minutos.

Me aprieto la nuca y miro el contrato que mi abogado ha dejado sobre mi escritorio esta mañana. Diecisiete páginas de cláusulas de confidencialidad, control editorial absoluto y penalizaciones que harían llorar a un juez. Es hermético. Blindado. Cada párrafo está diseñado para recordarle a Hannah que esto no es una colaboración: es un trabajo, y yo soy quien manda.

Debería bastar.

No va a bastar.

Porque el problema no es lo que ella pueda escribir. El problema es que cuando la miro, noto una presión en el pecho que no reconozco y que no me gusta nada. El problema es que llevo desde que la conozco intentando convencerme de que es solo una mujer más, y mi cuerpo se niega a creérselo.

Es la prometida de Drake.

Eso debería ser suficiente para matarme cualquier pensamiento inapropiado de raíz. Pero cuando la vi en aquel callejón, antes de saber quién era, mi primera reacción no fue racional ni controlada. Fue visceral. Un golpe directo al estómago que todavía no se ha disipado.

Y ahora voy a tenerla cerca. Sentada frente a mí, haciéndome preguntas, esperando que le abra puertas que llevo años manteniendo cerradas.

Aprieto los dientes y cojo el contrato. Si esto va a pasar, va a pasar bajo mis condiciones. Distancia. Frialdad. Nada de concesiones.

La voz de Hannah llega desde el pasillo, amortiguada por la puerta del despacho. Está hablando con Claire, mi secretaria. No distingo las palabras, pero sí el tono: cálido, cercano, con ese punto de humor que hace que todo el mundo baje la guardia con ella.

Conmigo no va a funcionar.

Me levanto, me ajusto los puños de la camisa y salgo del despacho antes de que Claire pueda anunciarla. Hannah se gira al verme, con una sonrisa a medio formar que se congela cuando cruzo la recepción sin devolverle el gesto.

—Señorita Gray. —Soy más cortante de lo que pretendía—. Sígame.

No espero a ver si obedece. Camino por el pasillo hacia la sala de reuniones del ala este, la más grande, la más impersonal, la que uso para negociaciones donde necesito que la otra parte entienda quién tiene el poder. Mis pasos resuenan contra el mármol. Los de ella, más suaves, me siguen a dos metros de distancia.

No me vuelvo para comprobar si me está siguiendo.

Sé que sí.

Lo noto en la nuca, esa mirada que no debería afectarme y que me está quemando la piel.

Abro la puerta de la sala y me aparto para dejarla pasar. Hannah entra y se detiene en seco. La sala es puro cristal y acero: ventanales de suelo a techo con vistas a la Quinta Avenida, una mesa de doce metros que podría albergar una junta de accionistas entera, sillas de cuero negro. Impecable. Fría. Hecha a mi medida.

Cierro la puerta a nuestra espalda y camino hasta el extremo opuesto de la mesa, donde ya he dejado preparadas dos copias del contrato. Me siento, cruzo las manos sobre la superficie de cristal y espero.

Hannah tarda tres segundos en moverse. Cuando lo hace, elige la silla más alejada de mí, en el otro extremo de la mesa. Doce metros de distancia. Bien. Mejor así.

Deslizo una de las copias hacia ella. El papel resbala sobre el cristal con un susurro suave.

—El contrato. Léalo con atención antes de firmarlo.

Ella coge el documento sin apartar los ojos de mí. Hay algo en su mirada: ¿sorpresa? ¿enfado? No. Es otra cosa. Algo más afilado.

Me está retando.

—Buenos días a usted también, señor Harris.

El sarcasmo me cruza la cara como una bofetada elegante. Me obligo a no reaccionar, a mantener la máscara en su sitio.

—Buenos días. —Señalo el contrato—. Tiene diecisiete páginas. Puede tomarse el tiempo que necesite.

Hannah baja la vista al documento y empieza a leer. Yo finjo revisar mi copia, pero lo que hago en realidad es observarla. Lleva el pelo castaño recogido en un moño bajo, con mechones sueltos que le caen sobre las mejillas. Un vestido azul marino, sencillo, elegante, que se le ciñe en los sitios exactos para volverme loco. Las manos sobre el papel, dedos largos, uñas cortas sin pintar.

Profesional. Controlada.

Hannah pasa una página. Luego otra. No dice nada, pero su expresión se va endureciendo con cada cláusula que lee.

Bien.

Que se enfade. Que entienda que esto no es un juego.

HANNAH

Este hombre es un paranoico de manual.

Llevo cinco páginas del contrato más hermético que he visto en mi vida y cada línea me deja más claro que Royce Harris no confía en mí ni un ápice. Confidencialidad absoluta. Prohibición de grabar conversaciones sin autorización expresa. Control editorial total: ni una sola palabra se publica sin su aprobación previa. Penalizaciones económicas que me dejarían en la ruina incluso a mí si incumplo cualquiera de las cláusulas.

Es como si esperara que lo traicionara antes incluso de empezar.

Aprieto los dientes y sigo leyendo. Me niego a levantar la vista aunque siento su mirada sobre mí como un peso físico. Royce no ha dejado de observarme desde que me senté. No de forma obvia ni molesta; es más sutil que eso. Pero lo noto. Cada vez que paso una página, cada vez que me muevo en la silla, estoy convencida de que él lo registra.

Paso otra página y me obligo a concentrarme en las palabras, no en el hombre sentado a muchos metros de distancia con las manos cruzadas sobre la mesa y esa quietud absoluta que hace que parezca tallado en mármol.

Dios.

Hasta enfadada, mi cerebro encuentra formas de traicionarme.

Porque Royce Harris con el ceño fruncido y esa mandíbula cuadrada en tensión es un problema para mi salud mental. Y sus manos. Sus manos sobre el cristal, grandes, de dedos largos, con ese reloj de acero en la muñeca izquierda. Manos que seguro que saben desmontar a una mujer pieza por pieza sin despeinarse.

Para.

Me muerdo el interior de la mejilla y vuelvo al contrato. «Cláusula 9: La parte B se compromete a no revelar información personal o profesional de la parte A sin consentimiento explícito y por escrito.» Leo la frase tres veces antes de entender lo que dice, porque mi cerebro ha decidido que es un buen momento para preguntarse si Royce Harris duerme con la corbata puesta.

Seguro que sí.

Este hombre es incapaz de relajarse ni cinco minutos.

—¿Algún problema, señorita Gray?

Su voz atraviesa la enorme distancia como un cuchillo. Levanto la vista y me encuentro con sus ojos grises clavados en mí, fríos, analíticos, sin ceder ni un milímetro.

—Ninguno. —Consigo que mi voz suene firme—. Solo estoy asegurándome de leer cada palabra. Como me ha recomendado.

Algo le cruza la cara, demasiado deprisa para saber qué. Entonces asiente una vez y vuelve a su propia copia del contrato. Yo bajo la vista al mío y finjo seguir leyendo mientras el corazón me late demasiado rápido.

Esto va a ser un infierno.

No por el contrato, que es draconiano pero justo. No por el proyecto, que sigue siendo la oportunidad más grande de mi carrera. Sino porque cada vez que Royce Harris me mira así, con esa intensidad glacial, se me tensa el estómago de una forma que no debería.

Porque estoy prometida con su hermano.

Aunque no nos amamos.

Lo cual no cambia nada, porque Drake sigue siendo mi mejor amigo y Royce sigue siendo su hermano y yo sigo sin tener ningún derecho a fijarme en la forma en que se le marcan los músculos del antebrazo cuando apoya la mano sobre el contrato.

Paso otra página. Luego otra. Las cláusulas se vuelven más técnicas: plazos de entrega, formato del manuscrito, número de revisiones permitidas. Todo detallado con lupa, sin dejar espacio para la ambigüedad.

Es brillante.

Odioso, pero brillante.

Porque Royce no ha dejado ni un resquicio por donde pueda colarle algo que él no haya autorizado. Cada palabra que escriba va a pasar por su filtro. Va a ser agotador. Frustrante. Un pulso constante entre lo que yo quiera contar y lo que él me permita contar.

Y aun así, voy a firmarlo.

Porque necesito este proyecto. Porque es la primera vez que alguien me da una oportunidad real como escritora, no como la hija de Richard Gray. Y porque una parte de mí, pequeña pero insistente, quiere descubrir qué se esconde detrás de esa coraza de hielo.

Llego a la última página. La cláusula final es simple, casi anticlimática: «La parte B acepta las condiciones establecidas en el presente documento y se compromete a cumplirlas durante la vigencia del contrato.» Debajo, una línea para mi firma. Y al lado, la de Royce, ya estampada con una letra angulosa y firme que parece un dictamen judicial.

Levanto la vista. Él me está mirando, esperando, con una calma que me pone los nervios de punta.

—¿Satisfecha, señorita Gray?

—Profundamente. —Le dedico mi mejor sonrisa, esa que reservo para cuando alguien me subestima—. Aunque tengo que admitir que esperaba algo menos… exhaustivo.

—Exhaustivo es sinónimo de profesional. —Lo dice como quien cierra un expediente—. Si va a escribir sobre mi vida, necesito garantías de que lo hará según mis condiciones.

—Sus condiciones —repito, dejando que las palabras floten entre nosotros—. ¿Y si mis condiciones incluyen contar la verdad, no solo la versión que usted quiere vender?

Por primera vez desde que he entrado en esta sala, Royce sonríe. No es una sonrisa amable ni cálida; es afilada, casi depredadora.

—Entonces tendrá que convencerme de que su verdad merece la pena ser contada. —Se inclina apenas hacia delante, sin romper el contacto visual—. Y le advierto, señorita Gray: soy muy difícil de convencer.

El aire de la sala se carga. Porque Royce me está mirando como si ya supiera lo que pienso, y yo estoy luchando por no dejar que se me note en la cara lo mucho que me afecta esa mirada.

Cojo el bolígrafo que he sacado del bolso y lo hago girar entre los dedos para ganar tiempo.

—Pues tendrá que acostumbrarse a que lo sorprendan, señor Harris. Porque no pienso escribir un panfleto publicitario.

—No espero que lo haga. —Se recuesta en la silla y cruza los brazos sobre el pecho—. Espero que haga su trabajo. Profesionalmente.

Ahí está otra vez esa palabra: profesional. Como si fuera un mantra que necesita repetirse para mantenernos a ambos en nuestro sitio.

Bajo la vista al contrato y firmo en la línea indicada. Mi letra, redondeada y algo caótica al lado de la suya, parece fuera de lugar. Como si no perteneciéramos al mismo documento. Al mismo mundo.

Deslizo el papel de vuelta por la mesa. Royce lo coge, lo revisa con una mirada rápida y eficiente, y lo guarda en una carpeta de cuero negro que tiene a su lado.

—Todo en orden. —Se levanta, y yo hago lo mismo, como un resorte—. Empezaremos el lunes. Ocho de la mañana. No llegue tarde.

Ocho de la mañana.

Este hombre es un sádico.

—Llegaré a las ocho en punto. —Me cuelgo el bolso del hombro y rodeo la mesa gigantesca. Cuando llego a su altura, me detengo. Él no retrocede, pero tampoco se acerca. Simplemente me mira, con una expresión inescrutable, entrenada en años de negociaciones.

—Que tenga un buen día, señorita Gray.

Es una despedida. Clara, firme, sin espacio para prolongar la conversación.

Salgo de la sala con las piernas menos firmes de lo que me gustaría y el contrato firmado ardiendo en mi memoria como una sentencia.

Royce Harris acaba de convertirse en mi jefe.

Voy a pasar los próximos meses trabajando para el hombre que me desordena la respiración con una mirada. El hermano de mi prometido. El tipo más hermético, controlador y frustrante que he conocido en mi vida.

Llego al ascensor y pulso el botón de la planta baja más veces de las que hacen falta.

¿Es solo mi impresión o cada día que pasa tomo peores decisiones?

CAPÍTULO 11

HANNAH

El lunes llego a The Legacy a las siete y cincuenta de la mañana con un café en cada mano, el portátil en el bolso y una ilusión absurda que me burbujea en el pecho.

Voy a escribir la biografía de Royce Harris.

No un artículo de quinientas palabras que nadie va a leer. No una columna de sociedad sobre quién llevaba qué en la gala benéfica de turno. Una biografía. Un libro de verdad con mi nombre en la portada y mi apellido valiendo por algo más que por la fortuna de mi padre.

Claire me sonríe desde recepción y me indica que siga. Royce me espera en su despacho con la puerta abierta, de pie junto a la ventana, mirando Manhattan como si la ciudad le debiera dinero. Se gira cuando entro y su mirada baja al café que llevo en la mano derecha.

—Buenos días, señor Harris. —Le tiendo el vaso—. Americano, solo, sin azúcar. He supuesto que le gusta así.

Royce coge el café sin rozarme los dedos, un movimiento calculado al milímetro.

—Ha supuesto bien. Gracias. —Le da un sorbo, asiente una vez—. Siéntese.

Me siento en una de las sillas frente a su escritorio mientras él rodea la mesa y se sienta al otro lado. Saco el portátil, abro un documento nuevo y levanto la vista, preparada.

—¿Por dónde empezamos?

Royce se recuesta en la silla y cruza las manos sobre el estómago en un gesto que ya empiezo a reconocer: es su posición de control absoluto.

—Por el principio. Harris Legacy Hotels se fundó en 1952. Mi abuelo, Thomas Harris, abrió el primer establecimiento en Londres, en Mayfair.

Y así empezamos.

Durante la siguiente hora, Royce me cuenta la historia de la cadena hotelera con la precisión de una enciclopedia. Fechas exactas. Cifras de ocupación. Estrategias de expansión. Nombres de socios, inversores, ciudades clave. Lo anoto todo, con los dedos volando sobre el teclado, mientras él habla con esa voz grave y pausada de quien no espera que lo interrumpan.

Es brillante. Organizado. Aburrido a morir.

Cuando hace una pausa para beber café, aprovecho.

—Todo esto es muy útil para el contexto. Pero me gustaría saber más sobre usted. —Sonrío, intentando suavizar la petición—. ¿Cómo fue crecer en una familia con ese legado? Debía de haber mucha presión.

Royce deja el vaso sobre la mesa con cuidado.

—La presión es parte del trabajo. Siguiente pregunta.

Parpadeo.

—Eso… no es una respuesta.

—Es la única que va a obtener sobre ese tema. —Me sostiene la mirada—. Siguiente pregunta, señorita Gray.

Aprieto los dientes, vuelvo al documento y me hago una nota en mayúsculas: *ROYCE HARRIS ES UN TÉMPANO ANDANTE*.

—De acuerdo. ¿Qué lo motivó a estudiar Empresariales? ¿Siempre supo que quería dirigir la cadena?

—Sí.

Espero a que continúe. No lo hace.

—¿Sí… y?

—Y estudié Empresariales porque era la formación lógica. —Se encoge de hombros—. Siguiente pregunta.

Dios mío.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

El martes vuelvo a las ocho en punto, esta vez sin café. Si Royce quiere cafeína, que se la busque él.

Nos instalamos en la misma sala de cristal donde firmamos el contrato. Royce se sienta en un extremo de la mesa, yo en el otro. Hay muchos metros de distancia que no amortiguan la tensión en absoluto.

—Háble me de su primer día como CEO. —Tengo el bolígrafo preparado, la libreta abierta—. ¿Qué sintió?

—Responsabilidad.

Una palabra. Una sola palabra.

—¿Responsabilidad? —repito, esperando que se explaye.

—Sí.

—¿Responsabilidad… y?

—Y nada más que añadir. —Royce consulta su reloj—. ¿Siguiente pregunta?

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que noto el sabor metálico de la sangre.

—Señor Harris, comprendo que sea una persona… reservada. Pero si no me da algo con lo que trabajar, esta va a ser la biografía más aburrida jamás escrita.

—No tiene que ser entretenida. Tiene que ser precisa.

—Tiene que ser ambas cosas. —Me inclino hacia delante—. La gente no quiere leer un informe anual. Quiere conocerlo. Entender qué lo mueve, qué lo asusta, qué…

—No me asusta nada.

Lo dice con tanta frialdad que casi me río.

—Todo el mundo tiene miedos.

—Yo no. —Se levanta, dando por terminada la conversación—. Nos vemos mañana, señorita Gray. Misma hora.

Salgo de The Legacy con las manos apretadas en puños y la certeza de que Royce Harris está llevando el concepto de hermético a niveles patológicos.

El miércoles lo intento desde otro ángulo.

—Háble me de Drake. —Sonrío, buscando un terreno común—. ¿Cómo era de niño?

Algo asoma en la cara de Royce y desaparece al instante.

—Esa información no es relevante para la biografía.

—Su hermano es el director de Relaciones Institucionales de su empresa. Es más que relevante.

—Mi relación con Drake es privada.

—Su relación con Drake es parte de su vida. Y su vida es lo que estoy intentando documentar. —Dejo el bolígrafo sobre la mesa—. No puede esperar que escriba un libro sobre usted sin incluir a las personas importantes de su vida.

Royce me mira durante cinco segundos interminables.

—Drake era un niño feliz. ¿Siguiente pregunta?

Cierro los ojos y cuento hasta diez.

Luego hasta veinte.

No funciona.

—Señor Harris, con el debido respeto, me está poniendo esto imposible.

—No sabía que necesitara que se lo pusiera fácil, señorita Gray. —Su tono es cortante—. Pensaba que era usted una profesional.

La rabia me sube por la garganta como lava.

—Soy profesional. Por eso estoy intentando hacer mi trabajo. Que es escribir una biografía, no un catálogo de muebles de oficina.

—Si no está satisfecha con el material que le proporciono, es libre de rescindir el contrato.

Me levanto de golpe y la silla rechina contra el suelo.

—¿Sabe qué? Tiene razón. Esto es una pérdida de tiempo. El suyo y el mío.

Cojo el bolso y salgo de la sala con el corazón desatado. Llego al ascensor, aporreo el botón y espero, respirando por la nariz.

Las puertas están a punto de cerrarse cuando una mano se interpone.

Royce.

Entra al ascensor sin mirarme, pulsa el botón de la planta baja y se coloca en el lado opuesto, con las manos en los bolsillos y la mandíbula tensa.

Bajamos en silencio.

Treinta pisos.

Veintinueve.

Veintiocho.

—No voy a hablar de mi infancia. —Su voz corta el silencio como una esquirla de cristal—. Ni de mis padres. Ni de nada que no sea estrictamente profesional.

Me vuelvo hacia él, furiosa.

—Entonces ¿de qué demonios voy a escribir? ¿De los trajes que se pone cada día? ¿Del color de sus corbatas?

Royce gira la cabeza y me clava esa mirada gris.

—Escriba sobre lo que construí. Sobre las decisiones que tomé. Sobre el imperio que levanté desde cero.

—Usted no lo levantó desde cero. Lo heredó.

El aire del ascensor se vuelve glacial.

—Heredé una cadena de hoteles respetable. La convertí en un imperio global. —Da un paso hacia mí—. Esa es la historia. Lo demás no le incumbe.

—Todo me incumbe si voy a escribir su biografía. —No retrocedo, aunque todo en mí me grita que lo haga—. No puede elegir qué partes de su vida existen y cuáles no.

—Puedo. Y lo haré.

Veintidós pisos.

Veintiuno.

Mi respiración sale entrecortada.

—Es usted imposible.

—Y usted es insistente.

—Es mi trabajo ser insistente.

—Pues yo hago mi trabajo manteniéndola a distancia. —Suena a golpe seco—. Acostúmbrese.

Las puertas del ascensor se abren en la planta baja. Royce sale primero, sin mirar atrás, y me deja con el corazón acelerado y un temblor en las manos.

El jueves llego a las ocho y cinco. Cinco minutos tarde a propósito, como una venganza infantil que no le va a importar lo más mínimo.

Claire me mira con cara de pena cuando paso por recepción.

—Sala de reuniones C. El señor Harris la espera.

Faltaría más.

Entro a la sala y Royce levanta la vista de su portátil. Me observa llegar tarde, sentarme, sacar mis cosas, sin decir una palabra sobre los cinco minutos de retraso.

—Buenos días, señorita Gray.

—Buenos días. —Abro la libreta—. Supongo que hoy tampoco va a contarme nada personal.

—Supone bien.

—Perfecto. —Dibujo un círculo en la esquina de la página y casi atravieso el papel—. Entonces hablemos de sus hoteles. ¿Cuál es su favorito?

—No tengo favoritos.

—¿Cuál visita más a menudo?

—Todos por igual.

—¿Cuál le costó más trabajo levantar?

—Todos requirieron el mismo esfuerzo.

Dejo caer el bolígrafo sobre la libreta.

—¿Sabe qué? Creo que voy a escribir la biografía más corta de la historia. «Royce Harris: un hombre que construyó hoteles, no sintió nada al respecto y murió solo rodeado de balances de cuentas.» Fin.

Por primera vez en cuatro días, Royce sonríe.

Es una sonrisa pequeña, apenas un tirón en la comisura de los labios, pero está ahí.

—Eso sería inexacto. No pienso morir solo. Pienso morir en mi despacho, trabajando.

—Genial. Así tendré un final para el libro.

—Me alegra ser útil.

Nos miramos a través de la mesa. La sonrisa de Royce se ha desvanecido, pero algo en sus ojos ha cambiado. Un asomo de humor, casi.

Casi.

—Señor Harris. —Respiro hondo—. Sé que no confía en mí. Y entiendo por qué. No nos conocemos. Soy la prometida de su hermano y probablemente piensa que voy a escribir alguna tontería sensacionalista sobre su vida para vender más ejemplares.

—La posibilidad se me había pasado por la cabeza.

—Pues no lo voy a hacer. —Me inclino hacia delante—. Quiero escribir algo real. Algo que importe. Pero no puedo hacerlo si usted me da solo respuestas de tres palabras y miradas de hielo.

Royce tamborilea los dedos sobre la mesa, pensando.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—Todo. —Ni siquiera lo pienso—. Quiero saber por qué trabaja dieciocho horas al día. Qué lo despierta a las tres de la madrugada. Por qué mira Manhattan como si quisiera comprarlo entero. Qué pasó en su vida para que construyera muros tan altos que ni siquiera su hermano puede escalarlos.

El silencio que sigue se podría cortar con un cuchillo.

Royce se levanta despacio y camina hacia la ventana. Se queda ahí, de espaldas a mí, con las manos en los bolsillos.

—Mi vida privada no está en venta, señorita Gray.

—No estoy intentando comprarla. Estoy intentando entenderla.

—¿Por qué?

La pregunta me desarma.

—Porque… —Busco las palabras—. Porque su departamento de marketing tiene razón. La gente lo ve como un hombre frío e inaccesible. Y tal vez lo sea. Pero tiene que haber algo más. Nadie construye lo que usted ha construido sin una razón que vaya más allá del dinero.

Royce no se vuelve.

—¿Y si no hay nada más?

—No me lo creo.

—Pues debería. —Su voz suena cansada de repente—. Trabajo porque es lo único que se me da bien. Levanto hoteles porque es lo que sé hacer. No hay ningún trauma oculto. Ninguna gran revelación. Solo disciplina y control.

Me levanto y me acerco a la ventana. Me detengo a un metro de él, lo bastante cerca para ver su reflejo en el cristal.

—Entonces ¿por qué me rechaza cada vez que intento acercarme?

Royce gira la cabeza, mirándome por encima del hombro.

—Porque usted no debería estar intentando acercarse, señorita Gray. —Hay algo peligroso en su voz—. Mantenga la distancia. Es lo mejor para ambos.

El aire entre nosotros vibra.

—¿Mejor para ambos o mejor para usted?

Royce no responde. Se limita a sostenerme la mirada durante tres segundos que duran tres horas. Luego se aparta y el momento se rompe.

—Hemos terminado por hoy. Nos vemos el lunes.

—Hoy es jueves.

—Lo sé. —Coge su portátil y camina hacia la puerta—. Tómese el viernes libre, señorita Gray. Ambos necesitamos espacio.

Sale de la sala antes de que pueda replicar.

Me quedo sola junto a la ventana, con el pulso disparado y la certeza absoluta de que Royce Harris no está huyendo de mis preguntas.

Está huyendo de mí.

Esa noche, tumbada en mi cama del West Village con el portátil sobre las piernas, reviso las notas de los últimos cuatro días.

Tres páginas.

Cuatro días de entrevistas y tengo tres páginas de información útil.

El resto son respuestas de una palabra, silencios incómodos y un muro infranqueable con traje de tres piezas.

Cojo el móvil y le escribo a Drake: *Tu hermano es oficialmente la persona más hermética del planeta. ¿Seguro que es humano?*

La respuesta llega en menos de un minuto: *Te dije que era un témpano. ¿Ya te has rendido?*

Miro la pantalla, mordiendo el capuchón del bolígrafo.

Jamás.

Porque Hannah Gray no se rinde. Ni con los artículos que nadie quiere publicarle. Y desde luego no con Royce Harris, por muy hermético que sea.

Voy a romper esa coraza.

Aunque me cueste el resto de mi cordura.

CAPÍTULO 12

HANNAH

Presente

Desear al hermano de tu prometido tiene que estar en el top tres de cosas que una mujer decente no debería hacer.

Lo sé. Lo tengo clarísimo. Me lo estoy repitiendo ahora mismo, mientras lo hago.

Pero es mucho más fácil de decir que de hacer, porque Royce Harris se ha quitado la corbata sin dejar de estudiar el plano de una tubería reventada, y desde ese momento exacto mi fuerza de voluntad y yo hemos dejado de dirigirnos la palabra.

Me muerdo el interior de la mejilla y finjo que anoto algo profesional en el cuaderno. Algo que no sea: «¿Será capaz el pobre botón de la camisa de Royce de aguantar todos esos músculos sin explotar?».

Vale, en mi defensa: el compromiso es falso. Falsísimo. Un acuerdo que me parecía una buena idea hace un mes y que ahora, sentada en esta suite de The Legacy viendo cómo Royce despliega planos de tuberías sobre la mesa como si fueran mapas para ganar una batalla, va camino de ser la peor decisión que he tomado en mi vida.

Porque, por mucho que ni yo ni mi futuro marido estemos enamorados, no debería estar catalogando la forma en que a su hermano se le tensa en los hombros la tela de la camisa blanca cuando señala un punto del plano y le suelta una orden cortante a un ingeniero que acaba de entrar sudando.

—Aquí. —La voz de Royce es puro control—. Cortad el suministro de esta sección y redirigidlo por la tubería secundaria. Tenéis veinte minutos.

El ingeniero asiente tres veces seguidas y sale disparado. Royce ni siquiera levanta la vista. Vuelve al plano, se frota la nuca y, por un momento, la camisa se le abre un poco más.

Aparto la mirada.

Demasiado tarde.

Ya he visto el triángulo de piel que la corbata ocultaba: cuello, clavículas, el inicio del pecho. Si mirar el cuello de otro hombre que no sea tu prometido es pecado, que el diablo me vaya reservando una plaza en el infierno. Con vistas, si puede ser.

—¿Tiene algo que decir, señorita Gray?

Me sobresalto. Royce sigue inclinado sobre el plano, pero sus ojos grises están clavados en mí. Los mantiene ahí un instante largo, sin ninguna prisa por soltarme. No parpadea. Yo tampoco. El aire de la habitación se ha vuelto denso, o puede que sea yo, que he olvidado cómo funciona el asuntillo de respirar.

—No. Nada. —Consigo que mi voz suene casi normal—. Solo estaba pensando que esto nos podría dar para un capítulo estupendo. «El día que Royce Harris venció a las tuberías» —bromeo, pero a Royce no le hace ninguna gracia.

Este hombre tiene el sentido del humor de una cámara acorazada.

Baja otra vez la vista al plano sin decir nada más, pero su boca se ablanda un punto, ni sonrisa ni indiferencia, lo justo para decirme que ha pillado el sarcasmo. Y que no le ha molestado.

O puede que me lo esté inventando, porque llevo una hora entera en esta suite y el olor de su colonia me está friendo las neuronas.

Concéntrate, Hannah.

Eres una profesional. Has venido a escribir la biografía de este hombre, no a contar las veces que se remanga la camisa mientras desactiva una crisis sin despeinarse.

Hay algo obsceno en la eficacia de Royce Harris.

No debería ser sexy ver a un hombre gestionar una avería. Pero aquí estoy, con el bolígrafo suspendido sobre el cuaderno, viéndolo movilizar a media plantilla del hotel con esa calma letal que hace que todos salgan corriendo a cumplir sus órdenes. No grita. No tiene que hacerlo. Baja la voz medio tono y el mundo se pone firme.

Es competencia destilada.

Y yo, idiota integral, me he pasado la última media hora excitándome con un diagrama de fontanería.

Muerdo el capuchón del bolígrafo y me refugio en mis notas. «Royce Harris: hombre de acción. Resuelve problemas. No sonríe nunca. Ni siquiera cuando debería.» Subrayo lo de «nunca». Dos veces. Como si eso fuera a ayudarme.

No va a ayudarme.

Porque el problema no es que Royce sea hermético, distante y tan cálido como un contrato prematrimonial. El problema es que todo eso, esa coraza de hielo, esa forma de no ceder ni un milímetro, hace que cada mínimo gesto parezca una concesión enorme. Cuando se afloja la corbata, es un acontecimiento. Cuando me mira dos segundos de más, mi estómago registra el impacto como si acabara de decirme algo importante.

Lo cual es ridículo.

Royce Harris no me dice nada importante. Apenas me habla. Llevo tres semanas intentando sacarle algo personal para la biografía y lo máximo que he conseguido es una lista de sus hoteles favoritos y una explicación detallada de por qué la competencia no entiende el concepto de «lujo atemporal».

De su familia, de su infancia o de sus emociones no le he sacado ni una palabra.

Y aun así, aquí estoy. Prometida con su hermano (prometida sin amor, que conste) e incapaz de apartar los ojos de la línea de su mandíbula mientras estudia el plano como si las tuberías le hubieran ofendido personalmente.

Alguien debería haber incluido una cláusula en el contrato que firmamos para la biografía. Algo tipo: «La parte A se compromete a no desear en secreto a la parte B bajo ninguna circunstancia, y mucho menos mientras la parte B resuelve crisis con las mangas de la camisa remangadas».

Demasiado tarde para eso.

Royce se incorpora, se revuelve el pelo con un gesto rápido, casi impaciente, y por un segundo parece humano. Cansado. Real.

Entonces sus ojos vuelven a encontrarse con los míos y la máscara regresa: control absoluto, ni una grieta en su imagen.

—¿Ha apuntado algo útil, señorita Gray?

—Estoy considerando escribir un capítulo entero sobre su capacidad de liderazgo en situaciones de crisis. —Sonrío, dulce como la sacarina—. Aunque igual le cambio el título a «Frío industrial».

Esta vez sí: la comisura de su boca se mueve. Medio milímetro. Si parpadeo, me lo pierdo.

—Haga lo que considere oportuno. —Se inclina de nuevo sobre el plano—. Para eso le pago.

Para eso me paga.

Este hombre es un idiota.

Cierro el cuaderno de un golpe seco y me obligo a mirar por la ventana. Manhattan al atardecer: rascacielos, tráfico, miles de vidas que no incluyen desear al hombre equivocado en la habitación equivocada.

El aire huele a madera oscura, a dinero y a decisiones pésimas.

Y yo sigo aquí, con el cuaderno cerrado en el regazo y el pulso desbocado, preguntándome:

¿Cómo demonios he acabado en esta situación?

CAPÍTULO 13

HANNAH

La oficina de Paige Lawrence es exactamente lo que esperaba de alguien que organiza bodas para la élite de Manhattan: elegante sin alardes, luminosa sin resultar fría, con ese toque personal que te hace sentir que estás en buenas manos aunque tu vida sea un desastre absoluto.

Como la mía, por ejemplo.

—Hannah, Drake, pasad. —Paige nos recibe con una sonrisa cálida y profesional a partes iguales—. Perdonad el caos. Acabo de volver de una reunión con un cliente que quiere cisnes blancos en su boda. Cisnes reales. En Central Park. En octubre.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto mientras me siento en una de las butacas frente a su escritorio.

—Que en octubre los cisnes están de mal humor y que sus invitados no querrán arriesgarse a perder un dedo. —Se ríe y se recuesta en su silla—. Al final hemos acordado unas esculturas de hielo con forma de cisne. Todo el mundo contento.

Drake se sienta a mi lado, relajado como siempre, con esa sonrisa fácil que desarma a la gente. Yo, en cambio, tengo las manos apretadas sobre el regazo y el estómago hecho un nudo.

Dos meses.

Quedan dos meses para una boda que no debería estar ocurriendo.

—Antes de empezar con los detalles. —Miro la fotografía enmarcada en el escritorio de Paige: una imagen adorable de un bebé rubio con los ojos azules más grandes que he visto—. ¿Esa es tu hija?

La expresión de Paige se suaviza de inmediato.

—Sí, es Emily. Tiene cuatro meses ya. —Hay un orgullo evidente en su voz—. Está con su padre hoy. Aunque debo admitir que trabajo desde casa más de lo que jamás pensé que haría. Esta pequeña tirana no entiende de horarios.

—Es preciosa. —Y lo digo de verdad—. Debe de ser complicado compaginar tu empresa con un bebé.

—Complicado es quedarse corta. —Paige coge una tableta del escritorio—. Pero Reid me ayuda muchísimo, y tengo un equipo increíble. Además, organizar bodas mientras funciono con tres horas de sueño me ha hecho mucho más eficiente. Ahora puedo planificar una cena de gala para doscientas personas en el tiempo que tardo en calentar un biberón.

Drake se ríe.

—Eso es impresionante.

—Es supervivencia. —Paige le guiña un ojo y luego me mira—. Y hablando de supervivencia, vamos a lo vuestro. Tres meses era un plazo ajustadísimo para una boda de vuestra envergadura, y ahora que solo quedan dos… pero he hecho milagros con menos. Lo primero: necesito que me confirméis el número de invitados.

Me quedo en blanco.

Drake carraspea.

—Estamos pensando en algo… íntimo. ¿Cien personas?

—Ciento cincuenta si contamos a mi padre y su lista interminable de socios. —Consigo que mi voz suene firme—. Pero Drake tiene razón. Queremos algo personal, no un circo.

Paige asiente y toma notas en su tableta.

—Perfecto. Ciento cincuenta invitados es manejable. ¿Habéis pensado en el lugar? Porque con dos meses de margen, los sitios más exclusivos están reservados. Pero tengo contactos. Puedo conseguiros el Rainbow Room, el Glasshouse en Chelsea…

—El jardín botánico de Brooklyn. —Las palabras salen de mi boca antes de pensarlas—. Siempre he querido casarme allí.

Es verdad. Desde que era niña y mi padre me llevaba a pasear entre los rosales, he soñado con eso. Claro que en mis sueños la boda era real, no una farsa elaborada para escapar de las presiones paternas.

Drake me mira con sorpresa, pero se recupera rápido.

—El jardín botánico suena genial.

—Me encanta. —Paige sonríe—. Y he trabajado allí antes. Déjame hacer unas llamadas. Tengo una relación excelente con la dirección. —Anota algo más—. Ahora, la parte divertida: necesitamos elegir colores, flores, estilo de decoración, menú…

Me vibra el móvil en el bolso. Lo ignoro.

—También tenemos que hablar del pastel. —Paige consulta su agenda—. Tengo una cita para vosotros la semana que viene en Dominique Ansel. Martes a las cinco de la tarde. La pastelera es un genio, pero está súper solicitada. Le he tenido que suplicar que os hiciera un hueco, así que por favor, no me falléis.

—¿Dominique Ansel? —Drake silba—. Eso es serio.

—Todo en esta boda va a ser serio. —Paige nos mira a ambos—. Vuestra boda va a ser la comidilla de Manhattan durante meses. Cada detalle cuenta.

Se me seca la boca.

—¿Y la cena de prueba? —pregunto, porque por lo visto mi boca ha decidido seguir ahondando en el agujero.

—Será en unas semanas. Tengo que coordinar con el catering, pero lo más probable es que caiga en jueves o viernes. —Paige desliza el dedo por la pantalla—. También necesitamos decidir el tema de la música. ¿Banda en directo? ¿DJ? ¿Ambos?

Drake me lanza una mirada de auxilio. Yo se la devuelvo, multiplicada por mil.

—Banda en directo —digo—. Y quizá un DJ para después, cuando la gente ya esté… animada.

—Hecho. Conozco al mejor. —Más notas—. Fotógrafo, flores, la tarta, el menú, las invitaciones… —Levanta la vista—. ¿Queréis que os ayude también con la luna de miel?

La luna de miel.

Dios.

—Eso… lo estamos decidiendo aún. —La voz me sale un tono más aguda de lo normal—. Es que Drake y yo tenemos agendas complicadas y…

—Entendido. Ya me lo diréis. —Paige cierra la tableta y nos sonríe —. Sé que es abrumador, pero confiad en mí. Vamos a hacer que vuestra boda sea inolvidable. Solo necesito que vengáis a las citas que os programe y que toméis decisiones rápido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Drake se levanta y le tiende la mano—. Gracias, Paige. De verdad.

Yo también me levanto, aunque apenas me sostienen las piernas. Salimos de la oficina y bajamos en el ascensor en silencio. Hasta que no estamos en la calle, con el ruido del tráfico de la Quinta Avenida rodeándonos, Drake no me coge del brazo.

—Hannah. Estás pálida.

—Estoy bien.

—Estás a punto de desmayarte. —Me guía hasta un banco en la acera—. Siéntate. Respira.

Me siento porque no tengo otra opción. Drake se acomoda a mi lado y me pasa un brazo por los hombros.

—Eh. Mírame.

Levanto la vista. Sus ojos, del mismo gris que los de Royce pero mucho más cálidos, me estudian con preocupación.

—¿Qué te pasa? —pregunta con suavidad—. Y no me digas que nada, porque te conozco.

No puedo decirle la verdad. Que estoy aterrada por lo de la boda, que cada detalle que Paige menciona hace la mentira más real y más asfixiante. Drake pensará que me estoy echando para atrás, que quiero romper el trato, y no puedo hacerle eso. No después de que haya puesto tanto en juego con su hermano.

Así que escojo el otro tema que me preocupa.

—Es tu hermano —le digo—. Llevo semanas intentando sacarle algo, lo que sea, y es imposible. No me cuenta nada personal, Drake. Absolutamente nada.

Drake suspira, como si se lo esperara.

—Royce siempre ha sido así. ¿Tan mal van las entrevistas?

—Peor que mal. —Me froto las sienes—. Le pregunto por su infancia y me responde con monosílabos. Le pregunto qué lo motiva y me dice «el trabajo». Le pregunto literalmente cualquier cosa que

vaya más allá de cifras de ocupación hotelera y se cierra como una ostra. Llevo tres páginas de notas, Drake. Tres páginas en semanas.

—Mierda. —Drake se pasa una mano por el pelo—. Lo siento. Debería haberte advertido mejor sobre cómo es.

—Me advertiste. —Me río sin ganas—. Pero no pensé que fuera tan… hermético. Es como intentar entrevistar a una caja fuerte.

—Suena a Royce. —Drake se queda callado un momento, pensativo—. ¿Quieres un consejo?

—Desesperadamente.

—A Royce siempre le ha encantado la astrofísica. —Lo dice despacio, como si eligiera cada palabra con pinzas—. Sobre todo la astrofísica estelar. Cuando éramos críos, se pasaba horas con su telescopio en el jardín de la casa de Londres. Tenía pilas de libros sobre estrellas, galaxias, agujeros negros… Mi padre decía que era una pérdida de tiempo, que debería estar estudiando empresariales. Pero Royce no podía dejarlo.

Me quedo mirándolo, procesando.

—¿Tu hermano… el témpano andante… ama las estrellas?

—Las adora. —Drake sonríe—. O las adoraba. Hace años que no lo veo mirar el cielo. Pero si quieres acercarte a él, ese es tu camino. Habla de estrellas. De constelaciones. De lo que sea relacionado con el espacio. Es lo único que lo hace bajar la guardia.

La emoción y la culpa se me mezclan en el pecho.

—Drake, eso es… no sé si debería usar esa información. Se va a dar cuenta de que tú me lo has contado.

—Dile que lo investigaste. Que encontraste alguna entrevista antigua o algo así. —Se encoge de hombros—. Royce necesita que alguien rompa sus muros, Hannah. Y creo que tú puedes hacerlo.

Me muerdo el labio, indecisa.

Usar información privilegiada que Royce no me ha dado es hacer trampa: entrar por la puerta de atrás en lugar de ganarme su confianza de verdad.

Pero llevo semanas dándome de bruces contra un muro de hielo y no he conseguido nada. Ni una sola grieta.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. —Drake me da un empujoncito con el hombro—. Además, técnicamente no le estoy traicionando. Te estoy ayudando a hacer tu trabajo. Que también ayuda a mi hermano, aunque él sea demasiado cabezota para verlo.

Tardo un momento en asentir.

—Vale. De acuerdo. Voy a probar.

—Así me gusta. —Drake se pone en pie y me ofrece la mano—. Ahora vámonos de aquí antes de que Paige salga corriendo detrás de nosotros con más listas de cosas que decidir.

Me río, acepto su mano y dejo que tire de mí.

Caminamos por la Quinta Avenida sin rumbo fijo, disfrutando del sol de la tarde. Drake me cuenta algo sobre un cliente que quiere convertir un hotel entero en un palacio temático de los años veinte, y yo finjo prestar atención mientras mi cerebro da vueltas a lo que acaba de revelarme.

Royce Harris, el hombre más impenetrable y controlado que he conocido, tiene una pasión secreta por las estrellas.

Es casi poético, y del todo inesperado.

—Hannah. —La voz de Drake me devuelve al presente—. ¿Seguro que estás bien? Pareces… distraída.

—Estoy bien. —Sonrío—. Solo pensando en cómo voy a abordar a tu hermano con esto de la astrofísica sin que parezca que lo he estado acosando en internet.

—Improvisa. Se te da bien.

—Sí, bueno. Últimamente improvisar es mi especialidad. —Pienso en la boda falsa, en las entrevistas frustrantes, en el caos general en el que se ha convertido mi vida—. ¿Qué podría salir mal?

Drake se ríe.

—Con Royce, todo. Pero eso es lo divertido.

Nos despedimos en la esquina de la Veintitrés. Drake tiene una reunión y yo, oficialmente, el resto del día libre. Camino de vuelta a mi apartamento del West Village, esquivando turistas y neoyorquinos que van siempre con prisa.

Cuando llego a casa, me dejo caer en el sofá con el portátil sobre las piernas.

Abro Google.

Escribo: *Astrofísica estelar para principiantes*.

Porque si voy a hacer esto, voy a hacerlo bien.

Aunque me sienta la peor tramposa del mundo, tengo que admitir que Drake me ha dado exactamente lo que necesitaba: una forma de entrar.

Royce Harris ama las estrellas.

Y yo voy a usar eso para derribar sus muros, aunque me odie por ello después.

Paso las siguientes horas leyendo sobre nebulosas, supernovas y la formación de sistemas estelares. Mi cerebro protesta ante tanta información científica, pero no paro. No puedo.

Porque el lunes vuelvo a The Legacy.

Y esta vez, voy armada con algo más que preguntas que Royce puede esquivar.

Esta vez, tengo la llave.

Solo espero no destrozarla al intentar abrir la puerta.

CAPÍTULO 14

HANNAH

Entro en The Legacy como un huracán categoría cinco.

Claire levanta la vista de su ordenador con los ojos como platos cuando paso por recepción sin saludar, con el bolso colgado del hombro y una determinación que debería asustarme a mí misma.

Llevo dos días investigando sobre astrofísica estelar hasta que me han llorado los ojos, he memorizado nombres de constelaciones, tipos de estrellas y datos sobre la formación del universo. Dos días preparándome para esto.

No pienso desaprovechar la oportunidad.

Abro la puerta del despacho de Royce sin llamar. Él alza la vista del ordenador, con una expresión de sorpresa controlada que dura medio segundo antes de que la máscara vuelva a su sitio.

—Hannah. Son las ocho y dos. Llegas tarde.

—Dos minutos. —Cierro la puerta a mi espalda—. Y no importa, porque hoy la reunión no es aquí.

Royce deja el bolígrafo sobre el escritorio con una precisión que me pone los pelos de punta.

—¿Perdón?

—Que nos vamos. —Señalo la puerta con el pulgar—. Fuera. Al mundo real. Ya sabes, ese lugar con luz natural y gente que sonríe de vez en cuando.

—No voy a ninguna parte. —Su tono es definitivo—. Tenemos una agenda establecida. Nos quedamos aquí.

—No. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Si no me acompañas ahora mismo, te juro por lo más sagrado que me tiro al suelo de este despacho y me pongo a gritar como una niña de tres años hasta que todo el edificio venga corriendo.

Royce me mira como si acabara de amenazarlo con un arma nuclear.

—Estás de broma.

—Ponme a prueba. —Doy un paso hacia su escritorio—. Llevo semanas viniendo aquí todos los días para que me mires con esos ojos de hielo, me sueltes tres palabras como mucho y me despidas como si fuera una molestia. No puedo más, Royce. No avanzamos. No conseguimos nada. Así que hoy vamos a hacer algo diferente, o te prometo que el escándalo va a ser memorable.

El silencio que sigue a mi declaración es tan largo que podría transcribirlo palabra por palabra.

Royce se recuesta en su silla y me estudia con una intensidad que me clava al sitio. Sus dedos tamborilean una vez sobre el reposabrazos. Luego se levanta, coge su americana del respaldo de la silla y se la pone con movimientos precisos.

—Solo en esta ocasión, Hannah. —La voz le sale más afilada que de costumbre—. Y que conste que cedo bajo protesta.

Me golpea un subidón de euforia.

He ganado.

Le he hecho cambiar de opinión a Royce Harris.

Es casi adictiva, la sensación de haberlo alterado, de haberlo sacado de su zona de control absoluto. De haber conseguido que reaccione de alguna manera que no sea mirarme como si fuera un problema por resolver.

Es tu futuro cuñado, Hannah. Grábatelo a fuego en el cerebro. Y en el cuerpo, ya de paso.

Pero la advertencia llega tarde, porque mi cuerpo ya ha decidido que ver a Royce Harris ceder terreno es lo mejor que le ha pasado en semanas.

—Excelente decisión. —Sonrío con más dulzura de la necesaria—. No te arrepentirás.

—Ya me estoy arrepintiendo. —Coge las llaves de su coche del escritorio—. ¿Adónde vamos exactamente?

—Es una sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—Nunca me lo hubiera imaginado —bromeo. No puedo evitarlo.

Royce me lanza una mirada que podría congelar el infierno, pero me sigue fuera del despacho.

Veinte minutos después, el coche de Royce se detiene frente al Museo Americano de Historia Natural. Apaga el motor y se vuelve hacia mí con una expresión que no sé si es curiosidad o incredulidad.

—¿Es una broma?

—Para nada. —Abro la puerta del copiloto—. Vamos. No tenemos todo el día.

—Hannah. —Su voz baja medio tono, y el estómago se me retuerce—. ¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Vamos a ver estrellas. —Salgo del coche antes de que pueda responder, pero lo oigo cerrar su puerta de un golpe seco.

Me alcanza en tres zancadas largas y me corta el paso a medio camino de la puerta.

—Ha sido Drake. —No es una pregunta—. Mi hermano te ha dicho que me gusta la astrofísica.

No pensaba que se fuera a dar cuenta tan rápido.

Pero Royce ha demostrado tener una inteligencia exasperante.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. —Royce se cruza de brazos, y el movimiento hace que la tela de la americana se le tense sobre los hombros de una forma que no debería distraerme tanto—. Drake es el único que conoce ese detalle. Y claramente te lo ha contado.

—¿Y qué si lo ha hecho? —Levanto la barbilla—. ¿Qué cambia eso? Tú no me cuentas nada sobre tu vida. Tengo que buscar información donde pueda.

—Buscar información es una cosa. Manipularme con ella es otra muy distinta.

—No te estoy manipulando. —La respuesta me sale más defensiva de lo que pretendía—. Estoy intentando encontrar una forma de que me dejes entrar. Aunque sea un milímetro. Porque

hasta ahora todo lo que he conseguido es estrellarme contra el mismo muro una y otra vez.

Royce me sostiene la mirada sin parpadear. Luego suspira, un sonido tan sutil que casi me lo pierdo.

—Una hora. Tienes una hora, Hannah. Después volvemos al hotel y seguimos con la agenda normal.

—Dos horas.

—Una y media. Es mi última oferta.

—Trato hecho.

Me adelanto hacia la entrada antes de que pueda arrepentirse. Royce me sigue, y cuando pago las entradas sin darle tiempo a sacar la cartera, me dedica una mirada que mezcla irritación con algo que casi parece diversión.

Casi.

Entramos en el museo y me dirijo directa al Planetario Hayden. El edificio es una esfera gigante de cristal y acero que parece suspendida en el espacio, impresionante incluso desde fuera. Cuando llegamos a la entrada, le tiendo a Royce uno de los folletos informativos.

—Aquí dice que tienen una presentación sobre la formación de sistemas estelares. ¿Te interesa?

Royce coge el folleto sin mirarlo.

—Sabes perfectamente que sí.

Sonrío.

—Solo quería oírtelo decir.

Entramos en la sala de proyecciones y nos sentamos en las butacas reclinables. La cúpula sobre nuestras cabezas se ilumina con miles de estrellas mientras una voz en off comienza a explicar los misterios del cosmos. Miro de reojo a Royce, esperando ver algún atisbo de emoción en su rostro.

Nada.

Sigue con esa expresión impasible, como si estuviera sentado en una reunión de accionistas en lugar de bajo un cielo artificial lleno de galaxias.

Me desespero.

Después de la presentación, recorremos las distintas salas del planetario. Royce camina a mi lado, mirándolo todo con esos ojos grises que no revelan nada. Cuando intento hacerle preguntas sobre qué piensa, sobre qué siente al ver todo esto, sus respuestas son monosílabos corteses. Igual que siempre.

—¿Interesante?

—Sí.

—¿Te gusta esta exhibición?

—Está bien.

—¿Te trae recuerdos?

—Algunos.

Quiero gritar.

Estamos en el lugar perfecto, rodeados de todo lo que le apasiona según Drake, y Royce sigue siendo una estatua de mármol con traje de tres piezas.

Llegamos al Sendero Cósmico, una rampa en espiral que recrea la línea temporal del universo desde el Big Bang hasta el presente. Las paredes están llenas de imágenes de vértigo: nebulosas, supernovas, la formación de las primeras estrellas.

Me detengo frente a una fotografía de la nebulosa del Águila, esas columnas inmensas de gas y polvo donde nacen las estrellas. Es preciosa. Aterradora. Imposible.

—Es increíble —digo, más para mí misma que para él—. Pensar que ahí fuera están naciendo estrellas en este mismo momento y nosotros ni siquiera…

—Son los Pilares de la Creación. —La voz de Royce me corta, y su tono es diferente. Más suave—. Están a siete mil años luz de distancia, en la constelación de Serpens. Esa imagen la tomó el telescopio Hubble en 1995, pero las estructuras que vemos probablemente ya no existen. La luz tarda tanto en llegar hasta nosotros que estamos mirando el pasado.

Me vuelvo hacia él, sorprendida.

Royce está mirando la fotografía con una intensidad que no le había visto antes. No es la mirada calculadora de siempre. Se parece más a la fascinación.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Solía leer mucho sobre el tema. —No aparta los ojos de la imagen—. Cuando era niño tenía un telescopio. Pasaba horas observando el cielo, intentando encontrar las cosas que los libros describían. Nunca lo conseguía del todo, pero no importaba. Era… liberador.

La palabra se queda flotando entre nosotros.

Liberador.

—¿Y dejaste de hacerlo?

Royce se encoge de hombros, un gesto mínimo.

—Hubo cosas más importantes que hacer.

—¿Más importantes que mirar las estrellas?

—Más urgentes. —Se aparta de la fotografía y sigue caminando por la rampa—. Mi padre decía que la astrofísica era una distracción. Que tenía que centrarme en lo que realmente importaba: la empresa, los números, el legado familiar.

Lo sigo, con el corazón latiéndome un poco más rápido.

—¿Y le hiciste caso?

—No tenía otra opción. —Se detiene frente a otra exhibición, esta sobre la expansión del universo—. Cuando heredé Harris Legacy Hotels, las distracciones no eran una opción.

Hay una resignación en su voz que no casa con el hombre de control absoluto que conozco, y que me duele más de lo que debería.

—Pero todavía te gusta —afirmo—. Todavía te importa.

Royce no responde de inmediato. Cuando lo hace, baja la voz.

—Las estrellas tienen un ciclo vital predecible. Nacen, se expanden, colapsan, mueren. No hay sorpresas. No hay… caos. —Finalmente me mira—. A veces echo de menos esa simplicidad.

Un calor peligroso me sube por el pecho.

Porque este Royce, el que habla de estrellas con esa pasión contenida, no tiene nada que ver con el hombre hermético que me ha estado rechazando durante semanas.

Este Royce es peligroso para mi cordura.

Pero también es justo lo que necesitaba.

—Háblame más. —Saco la libreta del bolso—. Por favor. Cuéntame qué te gustaba observar. Qué descubrimientos te emocionaban. Lo

que sea.

Royce duda un momento. Luego, como si la puerta de la caja fuerte cediera por fin, empieza a hablar.

Me cuenta sobre las noches en el jardín de la casa familiar en Londres, con el telescopio apuntando al cielo mientras el resto del mundo dormía. Sobre la primera vez que vio los anillos de Saturno y sintió que el universo era más grande de lo que jamás podría comprender. Sobre los libros que devoraba, las constelaciones que memorizaba, los planes absurdos de ser astrofísico que tuvo durante tres meses justos antes de que su padre los aplastara.

No es que de repente se vuelva encantador. No sonríe ni me mira a los ojos más de lo estrictamente necesario. Pero habla con una pasión que hace que cada palabra importe, que hace que mi bolígrafo vuele sobre el papel intentando capturarlo todo.

Y yo, que he pasado semanas intentando arrancarle una frase entera, me limito a escuchar.

A disfrutar del momento.

Porque Royce Harris apasionado es algo de otro mundo.

Salimos del museo dos horas y cincuenta minutos después. Royce no menciona que nos hemos pasado del límite acordado.

El sol de media mañana nos recibe con un calor suave, y la calle está llena de gente que pasea, de turistas que sacan fotografías y del ruido constante de Manhattan.

—Tengo hambre —anuncio, señalando un puesto de perritos calientes en la esquina—. Vamos a comer algo.

Royce mira el puesto como si fuera la escena de un crimen.

—Puedes comer en el hotel. Tengo un restaurante con estrellas Michelin en la planta baja.

—No quiero estrellas Michelin. Quiero un perrito caliente. —Me pongo con los brazos en jarras—. Y tú también. A menos que quieras que monte un numerito aquí mismo.

—Ese truco no te va a volver a funcionar, Hannah.

—¿Seguro? —Sonrío con mi mejor cara de ángel—. Porque tengo pulmones muy potentes y cero vergüenza.

Royce aprieta la mandíbula. Luego, sin decir una palabra, camina hacia el puesto de perritos calientes.

La victoria me sabe mejor que cualquier pastel de Dominique Ansel.

El vendedor nos saluda con una sonrisa enorme y Royce pide dos perritos con una eficiencia que choca con lo ridículo de la situación. Paga sin darme opción a protestar y me tiende uno envuelto en papel de aluminio.

Nos apartamos a un lado de la acera. Yo le doy un mordisco enorme a mi perrito, saboreando la mezcla de kétchup y mostaza. Royce, en cambio, desenvuelve el suyo con la misma precisión con la que probablemente firma contratos millonarios.

Y luego se lo lleva a la boca.

Royce Harris, CEO de un imperio hotelero global, comiendo un perrito caliente en plena calle como si fuera lo más normal del mundo.

No puedo evitarlo: me río.

—¿Qué? —Royce me mira, masticando con dignidad absoluta.

—Nada. Es solo… —Intento controlarme, pero es imposible—. Tienes mostaza en la comisura del labio.

Royce se limpia con una servilleta, sin perder la compostura ni por un segundo.

—¿Satisfecha?

—Inmensamente. —Le doy otro mordisco—. Nunca pensé que vería esto. Royce Harris, el hombre más serio de Manhattan, comiendo comida callejera.

—No te acostumbres. Esto no va a volver a pasar.

—Eso dijiste de salir del hotel. —Sonrío—. Y sin embargo, aquí estamos.

Royce no responde, pero algo en su expresión se suaviza. Solo un poco. Lo suficiente para que me dé cuenta de que, bajo toda esa armadura de control y frialdad, hay una persona real.

Una persona que ama las estrellas y come perritos calientes con dignidad y se niega a admitir que esto, tal vez, no ha sido tan

terrible como esperaba.

Terminamos de comer en un silencio cómodo, viendo pasar a la gente. Cuando Royce se limpia las manos con la última servilleta y tira los restos a la papelera, me mira.

—¿Volvemos?

—Volvemos. —Guardo la libreta en el bolso, con páginas y páginas de notas que, por fin, *por fin*, valen algo—. Gracias, Royce. Por venir. Por… todo.

Royce asiente una vez, sin decir nada más.

Pero cuando caminamos de vuelta al coche, noto que su postura es un punto menos rígida.

Y eso, para mí, es una victoria más grande que cualquier exclusiva.

CAPÍTULO 15

ROYCE

—Necesito que me hagas un favor.

Drake entra en mi despacho sin llamar, con esa sonrisa enorme que usa cuando está a punto de pedirme algo que sabe que no me va a gustar.

Levanto la vista del informe trimestral que estoy revisando y lo miro con la desconfianza que mi hermano se ha ganado a pulso durante años.

—No.

—Ni siquiera sabes qué voy a pedirte.

—Conozco ese tono. La respuesta sigue siendo no.

Drake se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio y cruza los tobillos con un descaro que me irrita.

—Tengo que viajar a Londres. A una reunión urgente del departamento de Relaciones Institucionales. Me voy mañana por la mañana y vuelvo el jueves.

—Perfecto. Buen viaje.

—El martes tenemos la prueba de los pasteles de boda. —Lo suelta a toda prisa, como si tuviera el discurso ensayado—. A las cinco de la tarde. En Dominique Ansel. Y necesito que acompañes a Hannah.

El bolígrafo se me escapa de los dedos y cae sobre el escritorio con un golpe seco.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Drake se encoge de hombros, como si me hubiera pedido que le recogiera la ropa de la tintorería—. No quiero que vaya sola. Es importante. Y su padre está fuera de la ciudad esta semana, así que no puede acompañarla él.

El pecho se me encoge de una forma que no reconozco.

—Drake. Tiene amigas. Compañeras. Gente que...

—No tiene hermanos, Royce —me interrumpe, con una seriedad en la voz que me hace callar—. Y este tipo de cosas… no sé. Siempre pensé que eran decisiones que se tomaban en familia. No quiero que se sienta sola.

La palabra se me clava en un punto vulnerable que no sabía que tenía.

Sola.

Joder*.*

Me imagino a Hannah, sentada en una pastelería exclusiva eligiendo el pastel de su boda sin nadie a su lado. Hannah, mordiéndose el labio mientras intenta decidir entre sabores que deben de parecerle todos igual de buenos. Hannah, sonriendo a la pastelera con esa calidez que tiene y escondiendo que le gustaría tener a alguien allí con ella.

Aprieto la mandíbula.

—Seguro que ella prefiere ir sola que conmigo. No soy precisamente… cálido.

—Eres su futuro cuñado. —Drake se inclina hacia delante—. Y sé que has estado trabajando con ella en la biografía. Las cosas entre vosotros están mejor, ¿no? Después de lo del planetario...

Mierda.

El planetario.

El recuerdo me viene solo. Hannah mirando los Pilares de la Creación con los ojos brillantes, escuchándome hablar de estrellas como si cada palabra importara, riéndose cuando me vio comer ese maldito perrito caliente en plena calle.

Odio lo bien que me sentí ese día.

Odio que durante tres horas me olvidé de mantener las distancias, de controlar cada palabra, de recordarme que ella es la prometida de mi hermano y que no tengo ningún derecho a sentir nada que no sea indiferencia educada.

—Las cosas están… profesionales. —Consigo que mi voz suene firme—. Pero acompañarla a elegir el pastel de vuestra boda es cruzar una línea, Drake.

—¿Qué línea?

Todas.

La que separa al futuro cuñado del hombre que no puede dejar de mirarla cuando entra en una habitación. La que mantiene mis pensamientos donde deben estar en lugar de donde no deberían. La que me protege de cometer el error más grande de mi vida.

—Es vuestro momento. Vuestro día. No debería estar ahí.

Drake suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Royce. Te lo estoy pidiendo porque confío en ti. Porque eres mi hermano y sé que cuidarás de ella. —Hace una pausa—. Por favor.

Y ahí está.

La única palabra que mi hermano siempre usa conmigo porque sabe que funciona.

Por favor.

El dolor de imaginar a Hannah sola en esa pastelería supera el pánico que me atenaza. Y eso, en sí mismo, debería aterrarme más que cualquier otra cosa.

—De acuerdo —cedo antes de pensarlo—. La acompañaré.

La sonrisa que ilumina el rostro de Drake me retuerce las tripas de culpa.

—Gracias, hermano. De verdad.

Sale de mi despacho silbando, y yo me quedo mirando el informe trimestral sin ver una sola cifra.

¿Qué acabo de aceptar?

El martes llego a Dominique Ansel a las cinco menos diez.

Hannah ya está allí, esperando en la entrada con un vestido rosa pálido que hace que parezca salida de un cuento de hadas. El color le ilumina la piel, le suaviza las facciones, le da un aire de dulzura que me golpea como un puñetazo directo al estómago.

Joder.

Se vuelve cuando me acerco, y su sonrisa es instantánea.

—De verdad has venido —se mofa.

—Drake me lo pidió. —Necesito que le quede claro que esto no es decisión mía—. ¿Entramos?

Una sombra de malestar le cruza la expresión, demasiado rápida para identificarla. Luego asiente y empuja la puerta de la pastelería.

El interior es lo que cabría esperar: elegante, íntimo, con ese toque francés que destila exclusividad. Una mujer de unos cincuenta años con el pelo recogido en un moño impecable nos recibe con una sonrisa profesional.

—Buenas tardes. Deben de ser los futuros señores Harris.

—Eh... —Hannah duda—. Sí. Somos nosotros.

El corazón me da un estúpido salto cuando Hannah no corrige a la mujer y deja que piense que somos pareja.

Joder. ¿Por qué demonios me afecta tanto todo lo que hace esta mujer?

Nos guía hasta una mesa en el fondo, apartada del resto de la pastelería. Hay bandejas con distintos tipos de bizcocho, cuencos con rellenos variados y una lista impresa con combinaciones posibles.

—Les dejaré a solas para que prueben con tranquilidad. —La mujer sonríe—. Tómense todo el tiempo que necesiten. Es una decisión importante.

Desaparece por una puerta lateral, y de repente estamos solos.

Hannah se sienta en una de las sillas y yo cojo la de al lado, manteniendo una distancia prudencial. Pero cuando me inclino y me apoyo sobre su silla para acercarle una de las bandejas, mi mano le roza la parte baja de la espalda sin querer.

El contacto dura menos de un segundo.

Pero es suficiente para ponerme en alerta hasta el último nervio del cuerpo.

Hannah se tensa, y yo aparto la mano como si me hubiera quemado. Me acomodo en mi silla y entrelazo las manos sobre la mesa, con los nudillos blancos.

Profesional. Controlado. Distante.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Hannah, cogiendo la lista.

—Tú decides. Es tu boda.

—Nuestra boda —bromea, pero el tono no la acompaña—. Técnicamente.

—Técnicamente —repito, porque no se me ocurre qué más decir.

Hannah coge una cuchara pequeña y prueba el primer bizcocho: vainilla clásica. Cierra los ojos al masticar, y tengo que obligarme a apartar la vista.

No funciona.

Porque cuando abre los ojos y sonríe con un «este está bien, pero un poco soso», lo único en lo que puedo pensar es en cómo sus labios se han curvado alrededor de la cuchara.

Esto va a ser un infierno.

Hannah prueba el siguiente: chocolate belga con ganache. Esta vez el sonido que hace es casi obsceno. Un gemido suave de placer que me golpea de lleno en la entrepierna.

Aprieto los dientes y me obligo a mirar la lista de sabores como si fuera el documento más fascinante del mundo.

—¿Royce? —Su voz me devuelve al presente—. ¿No vas a probar nada?

—No soy muy de dulces.

—Vamos. —Me tiende una cuchara con un trozo de bizcocho de limón—. Prueba aunque sea uno. Tienes que ayudarme a decidir.

Cojo la cuchara sin rozarle los dedos, un movimiento tan calculado que roza el ridículo. Me llevo el bizcocho a la boca. Está bueno. Ligero. Con un toque ácido que equilibra el azúcar.

—Está bien —digo, devolviéndole la cuchara.

—¿Solo bien? —Hannah se ríe—. Eres imposible de impresionar.

—Simplemente tengo estándares altos.

—Eso ya lo he notado. —Prueba otro sabor, esta vez frambuesa con nata—. Oh, Dios. Este.

La forma en que cierra los ojos, en que su expresión se suaviza con ese placer puro, me tensa entero.

No debería estar aquí, ni mirándola así, ni sintiendo esto.

Hannah abre los ojos y me encuentra observándola. Se sonroja y baja la vista a la bandeja.

—Me encantan las frambuesas. Siempre me han encantado.

—¿Por alguna razón en particular? —La pregunta se me escapa.

Hannah sonríe, y la nostalgia le asoma a la cara.

—Cuando era pequeña, mi padre me llevaba a una granja en las afueras de la ciudad. Pasábamos el día recogiendo frambuesas, llenando cestas enormes. Él siempre decía que yo comía más de las que guardaba. —Se ríe bajito—. Volvíamos a casa con los dedos manchados de rojo y el coche oliendo a verano. Son… buenos recuerdos.

Escucharla me deja un peso frío en el pecho.

Porque yo no tengo recuerdos así.

No tengo tardes recogiendo fruta con mis padres. No tengo risas compartidas ni coches oliendo a verano. Lo que tengo son imágenes fragmentadas de una casa inmensa y fría, de gritos amortiguados tras puertas cerradas, de portazos y silencios que duraban días.

—Mis padres nunca hacían esas cosas con nosotros. —Las palabras salen sin permiso, y me arrepiento en el instante en que cruzan mis labios.

Hannah levanta la vista, sorprendida.

—¿Nunca?

—Nunca. —Aprieto la mandíbula—. Estaban demasiado ocupados odiándose entre ellos para preocuparse por criar a nadie. Drake y yo crecimos con niñeras, internados y vacaciones que pasábamos solos.

El silencio que sigue es demasiado pesado.

¿Por qué he dicho eso?

¿Por qué le he dado acceso a algo tan privado, tan… real?

Me levanto de golpe, y la silla chirría contra el suelo.

—Es tarde. Deberíamos irnos.

Hannah me mira sin moverse, con esos ojos dorados que ven demasiado.

—Royce...

—Ya has probado suficientes sabores. —Lo digo más cortante de lo que pretendía—. Elige el que más te guste y ya está. No necesitas mi opinión para esto.

Espero que me discuta. Que me exija que me siente y termine lo que he empezado. Que me obligue a hablar de cosas que llevo años enterrando.

Pero no lo hace.

Es como si supiera que en este momento no debe presionarme. Es como si… me conociera.

Se limita a asentir despacio y se levanta de la silla.

—De acuerdo. El de frambuesa, entonces.

La espero mientras le comunica a la dueña su decisión, desconectado de todo a mi alrededor. Me siento demasiado expuesto. Demasiado en carne viva.

Salimos de la pastelería en silencio. El sol de la tarde nos recibe con una luz dorada que hace que el rosa de su vestido brille de una forma que no debería afectarme.

Mi coche nos espera en la acera. Wilson, mi chófer, se baja para abrirnos la puerta.

—Te llevo a casa —le informo.

—No hace falta. Puedo coger un taxi.

—No lo voy a permitir. —La miro—. Así que ahórrate la discusión.

Hannah me aguanta la mirada un instante. Luego suspira.

—Eres un controlador.

—Lo sé.

Se mete en el coche y yo la sigo. Wilson arranca y el silencio dentro del vehículo es tan denso que me cuesta respirar.

Hannah mira por la ventanilla, con las manos cruzadas sobre el regazo. El perfil de su rostro está bañado por la luz del atardecer, y tengo que obligarme a apartar la vista antes de que note que la estoy mirando.

Veinte minutos después, llegamos a su edificio en el West Village. Wilson detiene el coche y Hannah se vuelve hacia mí.

—Gracias. Por venir hoy. Sé que no querías.

—Drake me lo pidió. —Necesito recordárselo. Recordármelo—. Eso es todo. Avísame cuando llegues arriba. Hasta entonces no nos moveremos de aquí.

Se le apaga la sonrisa, pero asiente.

—Claro. Buenas tardes, Royce.

Sale del coche antes de que pueda responder. La veo entrar en el edificio, desaparecer tras la puerta de cristal, y me quedo mirando el espacio vacío que ha dejado.

Mi móvil vibra cinco minutos después.

Ya estoy arriba. Gracias por la escolta. H.

Le hago un gesto a Wilson para que arranque.

Durante todo el trayecto de vuelta a The Legacy, no puedo dejar de pensar en el vestido rosa. En los labios de Hannah curvándose alrededor de la cuchara. En el gemido suave que hizo al probar el chocolate. En la forma en que mi cuerpo reaccionó a cada detalle como si tuviera diecisiete años y ningún autocontrol.

En lo que sentí al rozarle la parte baja de la espalda, aunque fuera sin querer.

En cómo me costó cada gramo de autocontrol que tengo no volver a hacerlo.

Cuando llego al ático, me quito la corbata y la lanzo sobre el sofá con más violencia de la necesaria.

Esto no puede seguir así.

Hannah es la prometida de mi hermano.

Es la línea roja que no puedo cruzar.

Es todo lo que no debería querer y justo lo que no puedo dejar de desear.

Y hoy, en esa maldita pastelería llena de bizcochos y decisiones que no me correspondían, me he dado cuenta de algo muy peligroso.

Me gusta pasar tiempo con ella.

CAPÍTULO 16

HANNAH

Me despierto el miércoles con una certeza que me golpea como un café expreso directo a las venas: necesito cambiar de estrategia.

Llevo desde que comenzamos intentando sacarle información a Royce con preguntas directas, y lo único que he conseguido son respuestas cortantes y silencios incómodos. Pero ayer, en la pastelería, cuando le conté lo de las frambuesas y mi padre, algo cambió.

Royce me habló de sus padres.

Por primera vez desde que lo conozco, compartió algo real. Algo que dolía.

Y lo hizo porque yo me abrí primero.

Me siento en la cama con el portátil en el regazo y me quedo mirando la pantalla en blanco del documento donde debería estar escribiendo su biografía. Demasiadas semanas de entrevistas y apenas tengo material suficiente para un artículo mediocre, mucho menos para un libro.

Pero ahora tengo una pista.

Si me abro yo, él se abre también.

Es de una simpleza casi ridícula y, a la vez, aterradora, porque significa dejar que Royce Harris vea partes de mí que no enseño a cualquiera. Significa volverme vulnerable delante del hombre más blindado que he conocido y esperar que él haga lo mismo.

Lo otro que tengo claro: dentro del hotel, Royce es inalcanzable. Es su reino, su zona de control absoluto, donde cada detalle está bajo su mando y cada conversación puede interrumpirse con una llamada o una crisis que resolver.

Pero fuera…

Fuera es territorio neutral.

Fuera, Royce Harris es solo un hombre.

Me lo demostró en el planetario primero, y ayer en la pastelería.

Cojo el móvil de la mesilla y le escribo antes de que pueda arrepentirme.

Hoy no puedo quedar por la mañana. ¿Te importa cambiar a la tarde? ¿A eso de las nueve?

Pulso enviar y dejo el móvil sobre la cama con la esperanza de que tarde al menos unos minutos en responder.

La pantalla se ilumina en menos de treinta segundos.

¿Te pasa algo?

Parpadeo mirando las tres palabras.

No esperaba eso. No esperaba la inmediatez de su respuesta ni el tono de preocupación implícito en una pregunta tan simple.

Me sube por dentro un calorcillo que no debería estar ahí.

Sonrío sin poder evitarlo y escribo:

No. Solo necesito la mañana libre. ¿A las nueve está bien?

Esta vez la respuesta tarda más.

Tres minutos en los que me imagino a Royce en su despacho, mirando el móvil con el ceño fruncido, debatiendo si es profesional o no cambiar los horarios establecidos que debe de tener marcados en su agenda con rotulador permanente.

Casi puedo verlo: la mandíbula tensa, los dedos tamborileando sobre el escritorio una sola vez antes de detenerse, esa expresión de irritación controlada que hace que quiera provocarlo hasta que explote.

El móvil vibra.

No me parece profesional cambiar de hora así.

Pongo los ojos en blanco tan fuerte que me duelen.

Por supuesto que no le parece profesional.

Porque Royce Harris vive y respira profesionalidad como si fuera oxígeno. Seguro que tiene reuniones programadas para ir al baño y alarmas que le recuerdan cuándo es socialmente aceptable tomarse un café.

Me imagino su expresión en este momento: labios apretados en una línea de desaprobación, esos ojos grises clavados en la pantalla

del móvil como si pudiera obligarme a cambiar de opinión con la fuerza de su mirada.

Y las mariposas que siento revoloteando en mi estómago no tienen ningún sentido.

Para, Hannah. Para ahora mismo.

Me reprendo en silencio y suelto el móvil como si quemara.

No puedo sentir mariposas por Royce solo porque se ha molestado en responderme rápido. Solo porque ha preguntado si me pasaba algo con una inmediatez que sugiere que dejó lo que estuviera haciendo para escribirme.

Eso no significa nada.

El móvil vibra de nuevo.

No llegues tarde.

La sonrisa que se me pone es tan grande que me tira de las mejillas.

Ha cedido.

Royce Harris, el hombre más inflexible del planeta, ha cambiado sus horarios sagrados por mí.

Guardo el móvil en el cajón de la mesilla para no hacer algo estúpido como releer sus mensajes cincuenta veces buscando significados ocultos que no existen.

Paso el día entero preparándolo todo con un nivel de detalle que roza lo obsesivo.

Primero: encontrar el mejor lugar cerca de Nueva York para ver las estrellas. Si Royce ama la astrofísica, voy a darle cielo nocturno de verdad, no las tres estrellas tristes que se ven desde Manhattan.

Después de cuarenta minutos investigando foros de astronomía y blogs de aficionados, encuentro un sitio en Bear Mountain State Park. A una hora de la ciudad, suficientemente alto para escapar de la contaminación lumínica, con vistas despejadas del cielo.

Perfecto.

Segundo: el picnic.

Porque si voy a sacar a Royce de su zona de confort, de su despacho y sus trajes de tres piezas y su control absoluto sobre cada variable, no pienso hacerlo a medias.

Me paso una hora en Whole Foods llenando la cesta. Quesos variados, uvas rojas y verdes, galletas saladas de esas caras que vienen en cajas elegantes. Una botella de vino tinto que el dependiente me asegura que es excelente y que cuesta un dineral, pero da igual. Pan recién horneado que huele tan bien que casi me lo como en el coche de camino a casa.

Frambuesas frescas.

Las añado a la cesta sin pensarlo demasiado, ignorando la vocecita en mi cabeza que me recuerda por qué las frambuesas ahora significan todavía más para mí.

Cuando termino de empaquetar todo en una cesta de mimbre que encontré en el fondo de mi armario, junto con una manta a cuadros que heredé de mi abuela, me siento tan satisfecha que casi me da vergüenza.

Esto va a funcionar.

Tiene que funcionar.

A las ocho salgo de mi apartamento con la cesta, la manta enrollada bajo el brazo y una mezcla de emoción y nervios burbujeándome en el pecho como champán mal cerrado.

El tráfico está más despejado de lo que esperaba. Cruzo el puente George Washington mientras el sol se pone, tiñendo el Hudson de naranjas y rosas. La carretera serpentea entre árboles cada vez más densos a medida que me alejo de la ciudad, y cuando llego a Bear Mountain son las ocho y cincuenta.

Aparco en un mirador casi desierto. Solo hay otros dos coches a lo lejos, de excursionistas que estarán terminando sus rutas antes de que oscurezca del todo.

El cielo sobre mí es una mezcla de azul oscuro y los últimos vestigios de luz dorada. Las primeras estrellas empiezan a aparecer, tímidas todavía, pero prometen un espectáculo cuando la noche se asiente del todo.

Respiro hondo y cojo el móvil.

Es ahora o nunca.

Le envío la ubicación a Royce y escribo:

Me he quedado tirada aquí. ¿Puedes venir a buscarme?

No han pasado ni dos segundos cuando el móvil vibra en mi mano.

Pero no es un mensaje.

Es una llamada.

De Royce.

El corazón me da un vuelco que intento ignorar mientras deslizo el dedo para responder.

—¿Hannah? —Suena tenso, alterado de una forma que nunca le he oído—. ¿Estás bien?

El pánico en su tono es tan evidente que me desarma por completo.

—Eh… sí. Estoy bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Necesitas que llame a la policía? —Habla rápido, sin pausas, como si las palabras se le atropellaran unas a otras—. Estoy saliendo ahora mismo. No te muevas. ¿Es un sitio peligroso? ¿Hay alguien más contigo?

Me derrito por dentro como mantequilla al sol de agosto.

Royce está preocupado.

De verdad preocupado.

No es la preocupación educada de alguien que cumple con las formalidades sociales. Es pánico real. Puedo oírlo en su voz, en la forma en que dispara preguntas sin esperar respuestas, en el ruido de fondo: llaves que chocan, una puerta que se cierra con urgencia.

—Royce. —Intento que mi voz suene tranquilizadora—. Estoy perfectamente. De verdad. No hay ninguna emergencia. Solo… ven rápido, ¿vale? Me aburro.

El silencio al otro lado de la línea se alarga tres segundos.

Puedo imaginar su expresión cambiando: del pánico a la incredulidad, de la incredulidad a la irritación.

—¿Te aburres? —Su tono ha pasado de alterado a gélido en un parpadeo—. ¿Estás tirada en Dios sabe dónde y tu única preocupación es que te aburres?

—Te he dicho que me he quedado tirada. Has asumido el peligro tú solo. —Me muerdo el labio para no reírme.

—Quedarse tirada implica una emergencia, Hannah. Implica que necesitas ayuda inmediata. Que algo ha ido mal.

—Y necesito ayuda. Necesito que vengas aquí. —Sonrío aunque no puede verme—. Así que date prisa.

—Eres una insensata. —Lo dice sin rabia de verdad, con esa exasperación controlada que me resulta cada vez más divertida—. Una completa y absoluta insensata.

—Tampoco es para tanto —me quejo, pero la verdad es que me da igual lo que piense. Lo único que me importa es arrastrar a Royce hasta aquí.

Royce no responde a eso. Cuando habla, lo hace más bajo, más controlado.

—Voy para allá. No hagas ninguna tontería hasta que llegue.

—¿Qué tipo de tontería podría…?

Pero ya ha colgado.

Me quedo mirando la pantalla del móvil, con el corazón desbocado y una sonrisa estúpida que no puedo borrar de mi cara.

Royce ha entrado en pánico.

Por mí.

Lo ha dejado todo, ha cogido las llaves y ha salido corriendo porque pensaba que estaba en peligro.

La calidez que se extiende por mi pecho es tan intensa que casi me asusta.

Se instala justo debajo de mis costillas y se niega a moverse.

Es normal, me digo, guardando el móvil en el bolsillo de mis vaqueros. *Soy su cuñada. La prometida de su hermano. Claro que se preocupa. Es lo que hace la gente responsable. Cuidar de la familia. Asegurarse de que nadie acabe en una zanja en mitad de la nada.*

La justificación suena de lo más razonable en mi cabeza.

Y aun así, hueca.

Porque no me siento como una familiar suya.

Me he sentido como algo más.

Como si le importara. De verdad. No porque sea la prometida de Drake o porque sea lo profesional o porque cuidar de mí esté en alguna lista de obligaciones que tiene pegada en la nevera.

Sino porque soy yo.

Hannah.

Y la idea de que me pase algo le resulta insoportable.

Me siento en el capó del coche, con la vista en las estrellas que empiezan a multiplicarse sobre mi cabeza, e intento ignorar la pregunta que me martillea el cerebro.

¿Por qué me molesta pensar que solo se preocupa por mí porque soy familia?

¿Por qué quiero que sea algo más?

¿Por qué la idea de que Royce se preocupe por mí, específicamente por mí y no por su deber hacia su hermano, hace que el estómago se me llene de mariposas y el pecho se me hinche de algo muy parecido a la esperanza?

No tiene sentido.

Nada de esto tiene sentido.

Hace un mes y medio, mi vida tenía una estructura clara. Un plan: escapar de las citas horribles que me organizaba mi padre, escribir algo que importara, mantener a Drake como mi mejor amigo y seguir adelante con una existencia que, aunque no fuera emocionante, al menos era manejable.

Simple. Segura. Predecible.

Y entonces apareció Royce Harris.

Con sus trajes perfectos y sus silencios glaciales. Con esa forma de mirarme que me deja sin aire. Con esos destellos de vulnerabilidad que esconde tras capas y capas de control hermético.

Con esa voz al teléfono preguntándome si estoy bien como si la respuesta fuera lo más importante del mundo.

Y ahora estoy aquí, en mitad de Bear Mountain, esperándolo con un picnic que he preparado con mis propias manos y un plan para sacarle secretos usando las estrellas como excusa.

Ahora paso más tiempo pensando en él que en cualquier otra cosa.

En cómo frunce el ceño cuando algo le molesta. En cómo sus dedos tamborilean una sola vez sobre cualquier superficie cuando está considerando algo. En la forma en que me miró ayer en la pastelería cuando probé el pastel de chocolate, como si cada sonido que hice le costara un esfuerzo sobrehumano ignorar.

En cómo me rozó la parte baja de la espalda sin querer y luego apartó la mano tan rápido que casi pareció que le había quemado tocarme.

Conocer a Royce ha puesto mi mundo patas arriba.

Ha cogido mi vida ordenada y la ha sacudido como una bola de nieve de cristal, y ahora no sé dónde están las piezas ni cómo se supone que debo volver a encajarlas.

Lo peor de todo es que no estoy segura de querer hacerlo.

Porque esta versión caótica de mi vida, donde siento mariposas estúpidas cada vez que Royce me mira y donde mi corazón se acelera cuando veo su nombre en la pantalla del móvil, es aterradora y confusa y completamente inadecuada.

Pero también es con la que más viva me he sentido en años.

Y eso, probablemente, es lo más peligroso de todo.

CAPÍTULO 17

ROYCE

Conduzco demasiado rápido.

El velocímetro marca casi ochenta millas por hora en una zona donde el límite es cincuenta y cinco, y mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que los nudillos se me han puesto blancos.

Me salto un semáforo en ámbar que debería haber respetado.

Adelanto a un coche por la derecha cuando hay espacio suficiente por la izquierda.

Tomo una curva con más velocidad de la prudente y los neumáticos chirrían contra el asfalto.

Y entonces me doy cuenta, con una claridad que me sacude: yo no conduzco así.

Nunca.

Yo respeto los límites de velocidad. Yo mantengo la distancia de seguridad reglamentaria. Yo conduzco con la misma precisión controlada con la que hago todo lo demás en mi vida.

Pero ahora estoy conduciendo como un lunático por una carretera de montaña porque Hannah me ha escrito que se ha quedado tirada, y solo puedo pensar en que está sola, en mitad de la nada, al anochecer.

Que podría pasarle algo.

Que podría necesitarme.

Aprieto el acelerador un poco más y el motor responde con un rugido.

Joder.

No puedo negar que estoy preocupado por mi futura cuñada.

Futura cuñada.

Eso es lo que necesito tatuarme en la frente, en el pecho, en cada centímetro de piel hasta que se convierta en lo único que vea cuando la miro.

Hannah Gray es la prometida de mi hermano.

Se van a casar en unas semanas.

Va a llevar el apellido Harris y yo voy a tener que verla en cada cena familiar, en cada evento, en cada maldito día festivo durante el resto de mi vida, sabiendo que es de Drake y que yo no tengo ningún derecho a sentir lo que sea que estoy sintiendo ahora mismo.

Tomo otra curva demasiado rápido y el GPS me informa con voz mecánica que mi destino está a cinco kilómetros.

Cinco kilómetros más y sabré que está bien.

Cinco kilómetros más y podré respirar de nuevo.

Cuando llego al mirador y veo su coche aparcado bajo la luz tenue del atardecer, el alivio es tan brutal que tengo que detenerme un momento antes de salir.

Está ahí.

Está bien.

No hay neumáticos reventados ni capó humeante ni ninguna señal de emergencia.

El alivio dura tres segundos.

Porque entonces la veo.

Hannah está de pie junto a su coche, sana y salva, con una sonrisa radiante en el rostro y una cesta de mimbre en una mano y una manta a cuadros en la otra.

Y lo comprendo todo de golpe.

No hay ninguna emergencia.

No se ha quedado tirada.

Me ha tendido una trampa.

El cabreo que se apodera de mí es tan intenso que tengo que apretar la mandíbula para no gritar.

Salgo del coche y cierro la puerta de un golpe que resuena en el silencio del mirador.

—Me has tendido una trampa.

Hannah sonríe aún más, si eso es posible, y sus ojos brillan con algo muy cercano a la diversión.

—Hola, Royce. Qué bien que hayas llegado tan rápido.

—Hannah. —Camino hacia ella con pasos controlados que requieren más esfuerzo del que debería—. Me has hecho creer que estabas en peligro.

—Te he dicho que me había quedado tirada. Tú has asumido el resto. —Se encoge de hombros con una inocencia tan falsa que casi resulta insultante—. Técnicamente no he mentido.

—Técnicamente me has manipulado.

—Técnicamente te he sacado de tu despacho para que respires aire fresco. —Señala la cesta y la manta—. Y te he traído la cena. Deberías estar agradecido.

—Debería dejarte aquí y volver a Manhattan ahora mismo.

—Pero no lo vas a hacer. —Da un paso hacia atrás, sonriendo—. Porque eso significaría dejar a una mujer indefensa sola en el monte al anochecer. Y tú no eres ese tipo de hombre.

La miro un buen rato, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que pienso de su plan absurdo.

—Tú eres la mujer menos indefensa que he tenido la desgracia de conocer en toda mi vida.

Hannah se ríe.

Es una risa clara y genuina que llena el aire de la noche como música, y noto en el pecho un tirón que me niego a analizar.

Se da la vuelta y empieza a caminar hacia una zona elevada del mirador, con la manta bajo un brazo y la cesta balanceándose en su mano.

—Vamos, gruñón. No voy a morderte.

Me quedo junto a mi coche, viendo cómo sube por el sendero irregular con unos vaqueros que le quedan demasiado bien y una camiseta blanca que el viento pega contra su espalda.

Esta mujer me va a volver loco.

Más pronto que tarde.

Probablemente más pronto.

Cierro el coche con el mando a distancia y la sigo, porque por lo visto mi sensatez se ha tomado la noche libre.

Hannah extiende la manta sobre la hierba en una zona plana con vistas despejadas del cielo. El sol ya se ha puesto por completo, dejando solo un rastro de luz púrpura en el horizonte. Las estrellas empiezan a aparecer, tímidas al principio, luego más brillantes.

Demasiadas para contarlas, demasiado hermosas para ignorarlas.

Hannah se sienta en la manta y empieza a sacar cosas de la cesta: quesos, pan, uvas, algo envuelto en papel de aluminio con pinta de sándwiches.

Me quedo de pie, mirándola, con las manos en los bolsillos porque no sé qué hacer con ellas.

—¿Vas a envenenarme con la comida? —pregunto—. ¿Es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Para poder enterrarme en el bosque sin testigos?

Hannah levanta la vista y su risa llena de nuevo el aire.

—Ojalá se me hubiera ocurrido antes.

Coge uno de los sándwiches, le quita el papel de aluminio y le da un bocado enorme y mastica con exageración mientras me mira.

—¿Ves? Comestible. No hay veneno. Estás a salvo.

No sé por qué me dejo caer sobre la manta junto a ella.

No sé por qué cojo otro sándwich y le doy un mordisco.

No sé por qué, cuando ella me tiende una copa de vino que ha sacado de algún lugar imposible de la cesta, la acepto.

Solo sé que el sándwich está bueno. Que el vino es mejor de lo esperado. Que el aire de la montaña es fresco y limpio, sin el ruido constante de Manhattan.

Y que Hannah está aquí, sentada a mi lado, con las piernas cruzadas y una sonrisa que me hace olvidar por qué esto es tan mala idea.

Comemos en silencio durante un rato. No es incómodo. Es… extrañamente pacífico.

Hannah señala el cielo.

—¿Cuál es esa estrella de ahí? La que brilla más que las demás.

—Venus. —Sigo su dedo con la mirada—. Técnicamente no es una estrella, es un planeta. Pero es el objeto más brillante del cielo

nocturno después de la Luna.

—¿Y esas? —Señala un grupo de estrellas agrupadas.

—La Corona Boreal. Un semicírculo casi cerrado de siete estrellas. La más brillante está a unos setenta y cinco años luz de distancia.

Hannah se tumba sobre la manta, con las manos bajo la cabeza, mirando hacia arriba.

—Cuéntame más.

No debería hacerlo.

Debería levantarme ahora mismo, volver a mi coche y conducir de vuelta a mi vida ordenada donde todo está bajo control y nadie me hace sentir cosas que no debería sentir.

Pero no lo hago.

Me quito los zapatos, porque estar descalzo sobre la hierba parece lo correcto. Me aflojo la corbata, luego me la quito del todo y la dejo doblada junto a la cesta. Me tumbo a su lado, a una distancia prudente, y empiezo a hablar.

Le hablo de Orión, el cazador celestial que domina el cielo de invierno. De Casiopea, la reina vanidosa condenada a dar vueltas alrededor del polo norte celeste. De la Osa Mayor y cómo usarla para encontrar la Estrella Polar.

Hannah escucha cada palabra, haciendo preguntas que demuestran que no está fingiendo interés.

—¿Cómo se forman las estrellas?

—A partir de nubes de gas y polvo que colapsan bajo su propia gravedad. Cuando la presión y la temperatura en el núcleo son suficientes, empieza la fusión nuclear.

—¿Y cuánto viven?

—Depende de su masa. Las más masivas viven solo unos millones de años y terminan en supernovas. Las más pequeñas pueden vivir miles de millones de años.

—¿Y el Sol?

—Está a mitad de camino de su vida. Le quedan otros cinco mil millones de años.

Hannah gira la cabeza hacia mí, con los ojos encendidos bajo la luz de las estrellas.

—Es increíble. Todo esto. Que estemos aquí, en este pequeño planeta, mirando cosas que están a años luz de distancia. Que algunas de esas estrellas probablemente ya no existen y estamos viendo su luz del pasado.

—Por eso me gustaba tanto. Porque nos pone en perspectiva. Todos nuestros problemas, nuestras preocupaciones, nuestros planes… no significan nada comparado con la inmensidad del universo.

—¿Alguna vez soñaste con ser astronauta?

La pregunta me pilla desprevenido.

—Cuando era niño, sí. Durante un tiempo quise serlo. Pensaba que sería increíble flotar en el espacio, ver la Tierra desde arriba, tocar las estrellas. —Hago una pausa—. Luego me di cuenta de que me gustaría más ser investigador desde la Tierra. Estudiar los datos, entender los patrones, resolver los misterios sin tener que estar allí físicamente.

—¿Pero los cohetes te fascinan?

—Sí.

—¿Has visto alguna vez el lanzamiento de uno?

La pregunta trae un recuerdo que había olvidado. Un viaje a Cabo Cañaveral hace años, antes de que mi vida entera girase en torno a los negocios. La cuenta atrás. El rugido ensordecedor de los motores. La columna de fuego que se elevaba hacia el cielo.

—Sí. Una vez. En Florida.

Hannah se incorpora sobre los codos, mirándome con esos ojos dorados llenos de asombro.

—Tiene que ser algo maravilloso. Grandioso. Ver toda esa potencia, toda esa ciencia trabajando junta para enviar algo al espacio. —Suspira y vuelve a tumbarse—. Ojalá alguna vez pueda verlo.

Lo dice en voz baja, soñadora, con un anhelo genuino que hace saltar un resorte en mi cabeza.

Puedo llevarla.

El pensamiento aparece sin permiso, ya formado y aterrador en su claridad.

Puedo llevarla a ver un lanzamiento. Puedo mostrarle lo que es estar ahí, sentir la vibración en el pecho, ver el cohete desaparecer en el cielo. Puedo compartir eso con ella.

Puedo volver a sentirlo junto a ella.

Y esa es la razón por la que necesito irme ahora mismo.

Me incorporo con tanta brusquedad que Hannah da un respingo.

—Se está haciendo tarde. —Me sale como un portazo—. Deberíamos irnos.

Hannah se queda tumbada un momento más, mirándome con una expresión que no puedo descifrar. Suspira, se sienta y empieza a recoger los restos de la cena.

—De acuerdo.

No protesta. No me pregunta por qué. No intenta convencerme de quedarnos un poco más.

Y eso me hace sentir aún peor.

Recogemos en silencio. Hannah dobla la manta con movimientos precisos mientras yo llevo la cesta de vuelta a su coche. El aire de la noche se ha vuelto más fresco y huele a pino y a tierra húmeda.

Cuando todo está guardado, Hannah se vuelve hacia mí con las llaves en la mano.

—Gracias por venir. Sé que te he engañado para traerte aquí, pero… ha merecido la pena. Para mí. Espero que para ti también.

La miro bajo la luz tenue de las estrellas. Tiene el pelo revuelto por el viento. Tiene una mancha de lo que parece queso en la comisura del labio. Sus ojos me miran con una calidez que me aprieta el pecho hasta doler.

Y me doy cuenta, con una claridad aterradora, de que esto ha sido perfecto.

Compartir las estrellas con ella. Hablar de algo que amo sin sentirme juzgado o ridiculizado. Ver su fascinación genuina, su curiosidad sin filtros, la forma en que sus ojos brillaban cada vez que le explicaba algo nuevo.

Ha sido demasiado perfecto.

Y por eso necesito poner distancia entre nosotros antes de que haga algo irreparable.

—Conduce con cuidado. —Consigo que mi voz suene profesional, distante—. Y la próxima vez que necesites cambiar la ubicación de una reunión, simplemente dímelo. No hace falta el drama.

Hannah sonríe, pero hay algo triste en sus ojos.

—¿Dónde estaría la diversión en eso?

Se mete en su coche sin esperar respuesta. Arranca el motor y baja la ventanilla.

—Buenas noches, Royce.

—Buenas noches.

Espero a que salga del aparcamiento antes de volver a mi coche. Me quedo sentado al volante cinco minutos largos, con las manos apoyadas en él y la mirada clavada en el cielo a través del parabrisas.

Las estrellas siguen ahí, indiferentes a todo lo que acaba de pasar.

Pero yo no.

Yo estoy completamente jodido.

Porque he pasado dos horas tumbado en una manta bajo las estrellas con Hannah, hablando de cosas que no le cuento a nadie, sintiéndome más yo mismo de lo que me he sentido en años.

Y cuando ha dicho que le gustaría ver un lanzamiento de cohete, mi primer instinto no ha sido asentir educadamente.

Ha sido pensar: *puedo hacer que eso pase.*

Ha sido imaginarme llevándola a Cabo Cañaveral, o mejor aún, a Vandenberg en California. Reservar los mejores asientos. Ver su cara cuando el cohete despegue. Escuchar su risa cuando sienta la vibración.

Ha sido pensar en un futuro con ella en él.

Y eso me aterra.

Porque no me toca a mí imaginar futuros con Hannah.

Es de Drake.

Y yo necesito recordarlo antes de que sea demasiado tarde.

Arranco el motor y conduzco de vuelta a Manhattan, esta vez respetando cada límite de velocidad, cada señal de tráfico, cada regla.

Pero por mucho que intente controlar mi conducción, no puedo controlar la imagen de Hannah tumbada bajo las estrellas que se ha

quedado grabada en mi mente.

Ni las ganas de volver a verla así.

Una y otra vez.

CAPÍTULO 18

ROYCE

Han pasado casi cinco semanas desde la noche del pícnic. Cinco semanas de entrevistas correctas y distantes, de fingir que aquella noche bajo las estrellas no cambió nada. El verano se ha terminado sin que me diera cuenta.

Y yo sigo sin ser capaz de mantenerme alejado de ella.

—¿No es mala suerte que el novio vea a la novia con el vestido antes de la boda?

Drake me mira como si acabara de sugerir que cancelemos la ceremonia.

—No tenemos tiempo para andar con supersticiones, hermano. —Se ajusta los gemelos de la camisa—. Necesitamos decidir hoy. La boda es en un mes.

Un mes.

El recordatorio me cae encima como una losa, pero mantengo la expresión neutral mientras entramos en la boutique nupcial más exclusiva de la Quinta Avenida.

El lugar es tal y como lo esperaba: todo cristal, espejos y telas blancas que flotan como nubes. Una mujer con el pelo recogido en un moño tan apretado que tiene que doler nos recibe con una sonrisa profesional.

—Señores Harris, señorita Gray. Los estábamos esperando.

Hannah sale de detrás de nosotros, con ese vestido azul claro que hace que sus ojos parezcan dorados bajo la luz del sol. Me obligo a apartar la mirada antes de que note que la estoy observando.

—Gracias por recibirnos con tan poca antelación. —Hannah le sonríe a la mujer con esa calidez que parece tan natural en ella—. Sé que es complicado.

—Para ustedes, siempre. —La mujer nos guía hacia el interior—. Caballeros, por aquí. Señorita Gray, si me acompaña.

Hannah desaparece tras una cortina de terciopelo blanco y yo sigo a Drake hacia la sección de trajes masculinos.

No tardo nada en elegir.

Cojo el más sobrio de toda la tienda: negro, corte clásico, sin ningún detalle innecesario. Me lo pruebo en menos de cinco minutos, dejo que el sastre tome las medidas para los ajustes y salgo del probador ya vestido de nuevo con mi ropa.

—Eficiente como siempre. —Drake se ríe desde su probador—. Podrías al menos fingir que te importa.

—Me importa. Por eso he elegido rápido para no perder tu tiempo.

—O el tuyo.

No respondo a eso.

Me siento en uno de los sofás de cuero que hay en la zona de espera y saco el móvil para revisar los emails que se han acumulado en la última hora. Tengo tres mensajes de Laura sobre la campaña de marketing, uno de mi jefe de finanzas sobre las proyecciones del próximo trimestre y…

Un movimiento en mi visión periférica me distrae.

Levanto la vista.

Y me quedo de piedra.

Incapaz de apartar la mirada.

La puerta del probador de Hannah está entreabierta. No mucho.

Solo lo suficiente para que pueda ver su espalda desnuda mientras una de las empleadas la ayuda a quitarse un vestido.

La tela blanca se desliza por sus hombros, por la curva de su espalda, y deja a la vista una piel pálida y suave que parece brillar bajo la luz cálida del probador.

La empleada le dice algo que no alcanzo a oír y Hannah se ríe, ese sonido que ya reconocería en cualquier parte, mientras levanta los brazos para que le pasen otro vestido por la cabeza.

La curva de su cintura. La forma en que su espalda se arquea ligeramente cuando la empleada ajusta algo en el vestido. El movimiento de sus caderas cuando se gira para mirarse en el espejo.

El culo.

Joder.

La curva perfecta de su culo enfundada en ropa interior blanca de encaje que no debería estar viendo, que no tengo ningún derecho a ver, que probablemente es un delito mirar… pero no puedo apartar la mirada.

La boca se me seca como si llevara días sin beber agua.

La polla se me pone dura en cuestión de segundos y presiona, incómoda, contra la cremallera del pantalón.

Y no puedo apartar los ojos.

Ni siquiera cuando mi cerebro me grita que mire hacia otro lado, que esto está mal, que es Hannah, la prometida de Drake, mi futura cuñada.

Pero mi cuerpo no escucha razones.

Solo ve a la mujer que lo vuelve loco, medio desnuda a pocos metros de distancia, y reacciona de la forma más primitiva y vergonzosa posible.

—¿Royce?

La voz de Drake me devuelve a la realidad con la sutileza de un cubo de agua helada.

Arranco la vista del probador y miro hacia donde mi hermano está saliendo de su propio probador con un traje gris claro que habrá elegido Hannah, porque a él jamás se le ocurriría ese color.

—¿Qué tal me queda? —Drake se mira en el espejo de tres cuerpos mientras se ajusta la chaqueta—. Hannah dice que el gris es más moderno que el negro clásico.

Intento enfocar mi atención en mi hermano. En el traje que lleva. En la pregunta que acaba de hacerme.

Pero mi cabeza sigue en que acabo de ver a su prometida medio desnuda y que mi cuerpo ha reaccionado como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

Como si mi cuerpo pensase que Hannah es suya.

Soy un completo cabrón.

Soy el peor hermano del puto mundo.

—Te queda bien. —Logro sonar normal, profesional incluso—. El corte es favorecedor.

Drake se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—¿Solo bien? Vamos, hermano. Dame algo más que eso.

—Es perfecto. Te ves perfecto. Hannah va a…

Un jadeo ahogado interrumpe mis palabras.

Luego un golpe.

Luego un grito apagado que reconozco al instante.

Hannah.

No lo pienso.

Me levanto del sofá con tanta fuerza que casi lo vuelco. Cruzo la distancia hasta el probador en tres zancadas y empujo la cortina que ya estaba entreabierta.

Hannah está en el suelo.

En el maldito suelo.

Con uno de esos vestidos blancos enormes enredado alrededor de sus piernas.

No registro nada más.

Solo que está en el suelo y que podría haberse hecho daño y que necesito saber ahora mismo que está bien.

Me arrodillo a su lado, le paso los brazos bajo las rodillas y la espalda y la levanto del suelo con un movimiento más brusco de la cuenta que no puedo controlar.

Es ligera. Demasiado ligera.

Y huele a ese perfume floral con notas de vainilla que me está volviendo loco desde hace semanas.

—¿Qué ha pasado? —La voz me restalla más dura de lo que pretendía—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

La llevo hasta el sofá donde estaba sentado hace apenas segundos, con el corazón tan desatado que parece que me va a dar un infarto.

La siento con cuidado, asegurándome de que el vestido no se le enganche en nada, y entonces me arrodillo frente a ella.

La idea de que pueda haberse hecho daño me resulta físicamente insoportable.

—¿Hannah? —Las manos se me mueven solas y le recorren los brazos, buscando señales de alguna lesión—. Háblame. ¿Qué te duele? ¿Te has golpeado la cabeza?

HANNAH

El hombre más frío y distante que he conocido en toda mi vida está ahora mismo arrodillado frente a mí.

Arrodillado.

Con esos ojos grises que normalmente parecen témpanos del Ártico ahora llenos de lo que solo puedo llamar pánico.

Sus manos me recorren los brazos con una delicadeza que contrasta con la urgencia de sus movimientos. Está buscando lesiones, comprobando que no me haya roto nada, y lo hace con una concentración absoluta como si fuera lo más importante del mundo.

—¿Hannah? —repite, con un tono histérico que nunca, jamás, le había oído—. Por favor, dime qué te ha pasado.

Apenas puedo procesar lo que está ocurriendo.

Porque detrás de Royce, a unos tres metros de distancia, está Drake.

Mi prometido.

Mi futuro marido.

Mirando a su hermano con la boca literalmente abierta y una expresión de completa estupefacción en el rostro.

Como si estuviera presenciando algo imposible.

Como si Royce mostrando emociones fuera tan probable como que empezara a nevar en septiembre.

—Royce —consigo decir, aunque me tiembla la voz—. Estoy bien. Solo me he desestabilizado con los tacones.

Pero Royce no parece escucharme.

Se mueve hacia mis pies y, sin pedir permiso, me quita los tacones con movimientos precisos pero urgentes. Sus dedos me rozan los tobillos y un escalofrío me recorre entera.

—¿Te duele aquí? —Presiona suavemente—. ¿Y aquí?

—No. Royce, de verdad, estoy…

—¿Te has roto algo? ¿Puedes mover los pies?

Muevo los pies, obediente, y él me observa con una intensidad que haría pensar que estoy en plena cirugía a corazón abierto y no solo flexionando el tobillo.

El corazón me late tan fuerte que seguro que lo oye.

Porque Royce, el hombre que se niega a mostrar cualquier emoción que no sea irritación controlada o indiferencia glacial, está tocándome el tobillo con una ternura que me deshace.

No estoy segura de que mi corazón pueda soportar la preocupación de este hombre.

—Solo me he torcido un poco el tobillo derecho. —Intento que mi voz suene tranquilizadora—. Estoy bien, Royce. De verdad.

Royce levanta la vista hacia mí y no me suelta la mirada.

—¿Segura?

—Completamente segura.

Pero puedo ver que no me cree. O que no quiere creerme.

Sus manos me recorren el tobillo una vez más, centímetro a centímetro, buscando hinchazón o cualquier señal de lesión. Cuando está satisfecho de que no hay nada roto, se levanta del suelo con un movimiento fluido y saca el móvil del bolsillo de su pantalón.

—¿Qué haces? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Llamar a mi médico.

—¿Qué? No. Royce, no es necesario. Solo ha sido un tropezón.

Pero ya está marcando, con el móvil contra la oreja y esa expresión implacable que reconozco demasiado bien.

—Doctor White. Soy Royce Harris. Necesito que venga inmediatamente a… —Mira alrededor, buscando el nombre de la tienda—. A la boutique Evangeline en la Quinta Avenida. Es urgente.

—Royce. —Intento levantarme del sofá pero él me detiene con una mano en el hombro—. Estoy bien. No necesito un médico.

Me ignora por completo.

—Una caída. Posible esguince de tobillo. Sí, necesito que lo revise ahora. No, no puede esperar hasta mañana. —Hace una pausa, escuchando—. Gracias. Lo espero.

Cuelga y me mira con esos ojos que no admiten discusión.

—El doctor White estará aquí en veinte minutos.

—No hacía falta que…

—Sí hacía falta. —Y su tono da el tema por zanjado—. Te has caído. Podrías tener una lesión que no es evidente a simple vista. No voy a arriesgarme.

No sé qué decir a eso.

No sé cómo procesar que Royce acaba de llamar a su médico privado para que venga a revisarme un tobillo que ni siquiera está hinchado.

—Hermano. —La voz de Drake nos sobresalta a ambos.

Me había olvidado de que estaba ahí.

Drake se acerca con pasos lentos, mirando a su hermano como si acabara de presenciar un milagro médico.

—Joder, Hannah. —Se sienta en el sofá a mi lado, pero sus ojos no se apartan de Royce—. No sé cómo lo has hecho, pero eres la primera persona aparte de mí por la que he visto a mi hermano preocupado.

La frase se queda flotando en el aire como una bomba sin detonar.

Royce se tensa, con la mandíbula apretada y los hombros rígidos.

—Solo estoy siendo precavido. —Su voz ha recuperado ese tono frío y controlado—. Hannah es tu prometida. Es mi responsabilidad asegurarme de que esté bien.

—Claro. —Drake sonríe, pero la sonrisa le sale torcida—. Tu responsabilidad.

El silencio que sigue es tan incómodo que duele.

Royce se aleja hacia la ventana, dándonos la espalda, con las manos en los bolsillos y esa postura rígida que indica que está a dos segundos de salir corriendo de aquí.

Drake me mira, luego mira a su hermano, luego vuelve a mirarme a mí con una expresión que no le conozco.

Y yo solo puedo quedarme sentada en este sofá, con el tobillo que apenas me duele y el corazón latiéndome como si acabara de correr una maratón, intentando entender qué acaba de pasar.

Royce me ha levantado del suelo en brazos.

Me ha llevado hasta el sofá como si pesara menos que una pluma.

Se ha arrodillado frente a mí con pánico real en los ojos.

Me ha tocado tan suave que todavía siento sus dedos fantasma en la piel.

Y ha llamado a su médico privado porque no se fía de mi palabra cuando le digo que estoy bien.

¿Cómo es posible que todo se complique un poco más a cada segundo?

La empleada que estaba ayudándome aparece con expresión preocupada ahora que nos hemos tranquilizado.

—Señorita Gray, ¿se encuentra bien? He visto que…

—Está bien. —Royce responde antes de que yo pueda hacerlo, sin volverse de la ventana—. Pero necesitaremos unos minutos antes de continuar con las pruebas.

—Por supuesto. Tómense todo el tiempo que necesiten. —La mujer desaparece con la misma rapidez con la que apareció.

Drake me coge la mano y me la aprieta un momento.

—¿De verdad estás bien?

—Sí. —Consigo sonreír—. De verdad. Solo ha sido un susto tonto.

—Para Royce no ha sido tonto. —Drake baja la voz, pero sé que su hermano puede oírnos—. Nunca lo había visto así.

Me quedo sin respuesta.

Porque yo tampoco lo había visto así.

Y la parte aterradora es que una parte de mí, una parte que no debería existir, que va contra todo lo que es sensato y apropiado, ha disfrutado cada segundo.

Ha disfrutado viendo a Royce perder el control.

Ha disfrutado de ser la razón por la que lo ha perdido.

Y eso significa que estoy metida en un lío mucho más grande de lo que pensaba.

El doctor White llega exactamente dieciocho minutos después, con un maletín negro y la expresión seria de alguien a quien han arrancado de algo importante para atender una emergencia.

Royce lo guía hasta donde estoy y se queda de pie a mi lado mientras el médico me examina el tobillo con manos expertas.

—No hay hinchazón. —El doctor White mueve mi pie en distintas direcciones—. Rango de movimiento completo. ¿Le duele cuando hago esto?

—No.

—¿Y esto?

—Tampoco.

El médico se incorpora y guarda su instrumental en el maletín.

—Es un esguince muy menor. Ni siquiera estoy seguro de que sea un esguince real. —Mira a Royce—. Tiene que ponerse hielo durante las próximas horas si siente molestias. Nada de tacones durante unos días. Pero estará perfectamente.

Royce asiente una sola vez, con una expresión seria que no revela nada.

—Gracias por venir tan rápido, doctor.

—Para eso estoy. —El hombre sonríe—. Aunque debo decir que es la primera vez que me llama por un esguince menor. Normalmente reserva las emergencias para cosas más… dramáticas.

Un gesto fugaz le cruza el rostro a Royce, demasiado rápido para atraparlo.

—Esta era dramática.

El doctor White nos mira a todos con una expresión que parece divertida antes de marcharse.

Y entonces volvemos a quedarnos los tres solos.

Drake, que sigue mirando a su hermano como si lo viera por primera vez.

Royce, que ha vuelto a su posición junto a la ventana, con esa rigidez que indica que está a punto de inventar una excusa para irse.

Y yo, sentada en este sofá con un vestido de novia a medio poner y el tobillo perfectamente sano, intentando entender cómo mi vida ha llegado a complicarse tanto.

CAPÍTULO 19

HANNAH

El mensaje de Royce me llega a las siete de la mañana del viernes.

Hoy tengo yo una sorpresa para ti. Estate lista a las nueve. Paso a recogerte a tu casa.

Me quedo mirando la pantalla del móvil medio minuto largo, parpadeando como si las palabras fueran a cambiar si las miro durante el tiempo suficiente.

Royce no prepara sorpresas.

Royce es el hombre que programa sus desayunos con dos semanas de antelación y que tendrá alarmas que le recuerdan cuándo respirar.

Le respondo:

¿Quién eres y qué has hecho con Royce?

La respuesta llega en menos de un minuto.

Estate lista. No bajes tarde.

Sonrío a pesar de mí misma.

A las nueve menos cinco estoy esperando en la puerta de mi edificio, con vaqueros, una camiseta cómoda y una chaqueta ligera porque no tengo ni idea de adónde vamos.

El coche de Royce aparece puntual, como siempre, pero cuando se baja para abrirme la puerta, me quedo paralizada.

Royce Harris lleva vaqueros.

Vaqueros.

No un traje de tres piezas impecable. No una camisa planchada al milímetro, con unos gemelos que cuestan una fortuna.

No.

Lleva unos vaqueros oscuros que le quedan indecentemente bien y un jersey gris de cuello redondo que se le ajusta a los hombros de

una forma que debería ser ilegal.

Parpadeo una vez. Dos veces.

—¿Estás bien? —Royce me mira con el ceño fruncido—. Pareces en shock.

—Es que… —Señalo en su dirección—. ¿Vaqueros?

—Llevo vaqueros, Hannah. No es el fin del mundo.

—¿Seguro? —Subo al coche, incapaz de dejar de mirarlo—. Porque esto es muy raro. Muy, muy raro. ¿Estás enfermo? ¿Te han amenazado? ¿Debería llamar a alguien?

Royce pone los ojos en blanco, pero creo ver el atisbo de una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Átate el cinturón antes de que me arrepienta de esto.

Obedezco y me abrocho el cinturón mientras él rodea el coche y se sienta al volante.

Arranca sin decir una palabra y conduce con esa precisión controlada que ya reconozco.

—¿Me vas a decir adónde vamos?

—No.

—¿Ni una pista?

—No.

—¿Ni siquiera un…?

—Hannah. —Me mira de reojo—. La gracia de una sorpresa es que sea una sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—Por eso va a ser divertido. Te mereces que te la devuelva por todas las veces que tú lo has hecho.

Me cruzo de brazos sin conseguir ocultar la sonrisa.

Pasamos los siguientes quince minutos en un silencio cómodo. Royce conduce mientras yo miro por la ventanilla, viendo cómo Manhattan va quedando atrás.

—¿Al menos puedes decirme si voy vestida apropiadamente? —pregunto—. Porque si me llevas a algún sitio elegante, estos vaqueros no van a impresionar a nadie.

—Vas vestida perfectamente.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Era la respuesta que ibas a recibir.

Sonrío y niego con la cabeza.

El trayecto continúa. Cada vez más lejos de la ciudad. Y entonces empiezo a reconocer las señales.

Aeropuerto Internacional JFK.

La diversión se me pasa de golpe, reemplazada por una perplejidad absoluta.

—Royce. —Mi voz sube medio tono—. ¿Por qué estamos yendo al aeropuerto?

Royce gira hacia la entrada con una calma que contrasta con el pánico que empieza a apoderarse de mí.

—¿Royce?

—Ahora eres tú la que tiene que creerse que yo no pretendo matarte y enviarte a otro continente.

Me giro en el asiento para mirarlo directamente.

—¿Me estás secuestrando?

—Técnicamente no es secuestro si vienes voluntariamente.

—¡No he dicho que venga voluntariamente! ¡Ni siquiera sé adónde vamos!

Royce aparca en una zona restringida donde hay varios aviones privados. Apaga el motor y se vuelve hacia mí con una expresión seria que no revela nada.

—Confía en mí.

Las dos palabras me dejan sin argumentos.

Porque Royce no es un hombre que pida confianza. Y yo, por lo visto, soy una completa idiota, porque le creo.

—De acuerdo. —Respiro hondo—. Pero si me despierto en Siberia, te juro que...

—No vas a despertarte en Siberia.

Salimos del coche y entonces lo veo.

Un jet privado con el logo de Harris Legacy Hotels en el fuselaje, esperando en la pista con las escaleras bajadas.

—¿Vamos a volar en eso?

—Sí.

—¿A dónde?

Royce me mira con un asomo de diversión.

—A Florida.

El interior del avión es espectacular: todo cuero crema, maderas nobles y ese lujo discreto que proclama dinero sin levantar la voz.

Me acomodo en uno de los asientos, más cómodos que mi cama, y me abrocho el cinturón mientras Royce habla con el piloto.

Cuando vuelve y se sienta frente a mí, no puedo contenerme más.

—¿Por qué vamos a Florida?

—Ya lo verás.

—Royce. Me estás matando.

—Bien. Considera esto una venganza por hacerme conducir hasta Bear Mountain pensando que estabas en peligro.

Touché.

El avión despega con una suavidad que apenas noto. En cuestión de minutos estamos sobre las nubes, y una azafata aparece para ofrecernos bebidas y algo de comer.

Pido un zumo de naranja y Royce pide café solo, sin azúcar, como si estuviera en su despacho y no a diez mil metros de altura.

—¿Cuánto dura el vuelo? —pregunto.

—Dos horas y media aproximadamente.

—¿Y vas a hacerme esperar dos horas y media sin decirme qué estamos haciendo?

Royce me sostiene la mirada con esos ojos grises que no sueltan prenda.

—Sí.

—Eres imposible.

—Lo sé.

Pero su expresión tiene algo suave. Casi… nervioso.

Como si le importara que esto salga bien; como si quisiera que me gustara.

Y eso me deja en el pecho una calidez que no debería estar ahí.

Pasamos el vuelo en una conversación ligera. Hablamos de todo y de nada. De los últimos eventos en The Legacy. De un artículo que leí sobre tendencias hoteleras. De cómo Drake está histérico con los últimos detalles de la boda.

Royce se relaja poco a poco. Se quita los zapatos. Se arremanga el jersey. Pide un segundo café y lo bebe mientras me cuenta una

anécdota sobre un huésped especialmente difícil que se quejó porque las almohadas eran «demasiado esponjosas».

Me río tanto que casi me atraganto con el zumo.

Y me doy cuenta, con una nitidez que debería asustarme, de que esto es fácil.

Estar con Royce es fácil cuando afloja, cuando deja de ser el CEO hermético y se convierte solo en… Royce.

El hombre que ama las estrellas y llama a su médico privado por un esguince menor.

El hombre que está ahora mismo llevándome a algún lugar de Florida y se niega a decirme por qué con una terquedad que me resulta cada vez más encantadora.

—Estamos empezando el descenso. —La voz del piloto nos interrumpe—. Aterrizaremos en diez minutos.

El estómago me da un vuelco de anticipación.

Cuando el avión toca tierra y las puertas se abren, el calor de Florida nos golpea como una ola.

Hay un coche esperándonos. Negro, elegante, con chófer incluido que nos saluda con una sonrisa profesional.

—Señor Harris. Todo está preparado tal y como solicitó.

—Gracias.

Subimos al coche y empezamos a conducir. Miro por la ventanilla, intentando averiguar dónde estamos, pero no reconozco nada.

—¿Cuánto más vas a hacerme esperar? —pregunto.

—Cinco minutos.

Y entonces, cuando doblamos una esquina, lo veo.

Un cartel enorme que dice: CABO CAÑAVERAL - CENTRO ESPACIAL KENNEDY.

Mi cerebro tarda tres segundos en procesar la información.

Luego otros dos en atar cabos.

Y entonces exploto.

—¿Me has traído a ver un lanzamiento de cohete? —Mi voz sube tres octavas—. ¿En serio? ¿De verdad?

Royce me mira casi con timidez.

—Hay un lanzamiento esta tarde. A las cuatro. He reservado asientos en la zona VIP.

No puedo controlarme.

Me lanzo sobre él y le rodeo el cuello con los brazos en un abrazo de lo más inapropiado, y no me importa lo más mínimo.

—Gracias. Gracias, gracias, gracias.

Royce se queda inmóvil durante un segundo. Luego sus brazos me rodean con tanta delicadeza que me olvido de respirar.

—De nada. —Ahora habla más bajo, más ronco—. Dijiste que te gustaría verlo alguna vez. Pensé que… bueno. Que hoy podría ser ese día.

Me aparto lo suficiente para mirarlo, con las manos todavía sobre sus hombros.

Sus ojos grises están clavados en los míos con una intensidad que me acelera el corazón.

—Esto es… no tengo palabras. Es perfecto.

—Todavía no hemos visto el lanzamiento. Podrías odiarlo.

—Imposible. —Sonrío—. Esta ya es la mejor sorpresa que me han dado nunca.

Por el rostro de Royce cruza una expresión cálida y vulnerable que se esfuma antes de que pueda identificarla del todo.

Las siguientes tres horas pasan en un borrón de emoción.

Royce me lleva por el Centro Espacial como si fuera un guía profesional. Me habla sobre el programa Apollo, sobre las misiones a Marte, sobre los planes futuros de exploración espacial.

Sus ojos brillan cuando habla de esto. Se le suaviza la voz. Gesticula con las manos de una forma que nunca hace en el hotel.

Es Royce sin las capas de control.

Royce apasionado.

Y es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Cuando llega la hora del lanzamiento, nos dirigen a la zona VIP. A unos asientos cómodos con vistas inmejorables de la plataforma de lanzamiento a unos tres kilómetros de distancia.

Royce me tiende unos auriculares.

—Para proteger los oídos. El sonido es… intenso.

Me los pongo con las manos temblorosas de impaciencia.

La cuenta atrás empieza.

Diez.

Nueve.

Ocho.

Miro de reojo a Royce. Está inclinado hacia delante en su asiento, con los ojos fijos en el cohete, con una expresión de fascinación pura.

Siete.

Seis.

Cinco.

El corazón me late como si también él quisiera despegar.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

El rugido es ensordecedor incluso con los auriculares puestos.

El cohete se eleva. Despacio al principio, luego más rápido, con una columna de fuego que parece tocar el suelo.

La vibración me atraviesa el pecho como un trueno.

Es glorioso.

Es imposible.

Es lo más increíble que he visto jamás.

No puedo contenerme.

Me lanzo hacia Royce, le echo los brazos al cuello y grito de emoción aunque sé que no puede oírme por el rugido del cohete.

Royce me rodea con los brazos, firme, y cuando me aparto lo suficiente para mirarlo, nuestras caras están a centímetros de distancia.

Sus ojos grises clavados en los míos.

Su aliento mezclado con el mío.

El rugido del cohete todavía en mis oídos.

Y de repente todo lo demás desaparece.

No hay cohete.

No hay espectadores.

No hay nada excepto Royce y yo y el espacio de aire que nos separa y que se está reduciendo, milímetro a milímetro.

Sus ojos bajan a mis labios.

Los míos bajan a los suyos.

Su mano se mueve hacia mi mejilla.

La mía se aprieta en su hombro.

Y estamos a punto de…

La conciencia nos golpea a los dos al mismo tiempo.

Nos separamos como si nos hubiéramos quemado.

Royce se aparta tan rápido que casi se cae del asiento. Yo me echo hacia atrás, con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que puede oírse en toda Florida.

—Yo… —empiezo, sin saber cómo terminar la frase.

—El cohete. —Royce señala el cielo donde el cohete ya es solo un punto brillante—. Deberías… deberías verlo.

Asiento y me giro hacia el cielo, aunque no veo nada porque mi cerebro está demasiado ocupado procesando lo que casi acaba de pasar.

Casi he besado a Royce.

Casi he besado al hermano de Drake.

Al hombre que se va a convertir en mi cuñado en menos de un mes.

Y lo peor de todo: lo habría hecho.

Si no nos hubiéramos dado cuenta a tiempo, lo habría besado sin dudarlo.

Me habría lanzado sobre él y le habría plantado los labios en los suyos y habría olvidado que existe algo llamado consecuencias.

Miro de reojo a Royce.

Está rígido en su asiento, con la mirada fija en el cielo y la mandíbula tan tensa que parece que va a romperse los dientes.

Y sé que está pensando lo mismo que yo.

Que casi ha pasado algo imperdonable.

Que hemos cruzado una línea que no deberíamos ni haber visto.

Que todo se ha vuelto muchísimo más complicado.

El cohete desaparece en las nubes y el rugido se desvanece poco a poco, reemplazado por los aplausos de la gente a nuestro

alrededor.

Pero Royce y yo seguimos sentados en silencio.

Sin mirarnos.

Sin hablar.

Porque ambos sabemos que, si nos miramos ahora mismo, si decimos una sola palabra sobre lo que casi ha pasado, no habrá vuelta atrás.

Y ninguno de los dos está preparado para eso.

CAPÍTULO 20

HANNAH

El mensaje me llega el lunes por la mañana, cuando ya estoy llegando a The Legacy.

Estimada señorita Gray: El señor Harris me ha pedido que le informe de que las sesiones de esta semana quedan canceladas. Le contactaremos próximamente para reprogramarlas. Saludos, Claire Mills, Asistente Ejecutiva.

Leo el mensaje tres veces.

Luego una cuarta.

Y entonces la furia que se apodera de mí es tan intensa que tengo que detenerme en medio de la acera para no gritar.

¿Me está cancelando?

¿Royce Harris, el hombre que me llevó a ver un lanzamiento de cohete el viernes, que casi me besa en el momento más perfecto de mi vida, me está cancelando a través de su asistente?

Ni siquiera ha tenido las agallas de escribirme él mismo.

Ha enviado a su empleada a hacer el trabajo sucio.

Cobarde.

Aprieto el móvil con tanta fuerza que la funda cruje.

Cruzo las puertas de The Legacy con pasos capaces de dejar marcas en el suelo de mármol. El portero me saluda con su habitual cortesía pero yo apenas lo registro.

Subo derecha a la planta ejecutiva, ignorando las miradas curiosas del personal que se aparta a mi paso.

La asistente de Royce, Claire, levanta la vista de su ordenador cuando me acerco a su escritorio.

—Señorita Gray, me temo que el señor Harris está en una reunión y…

—No me importa.

Paso junto a su escritorio sin detenerme y empujo las puertas de caoba del despacho de Royce sin llamar.

Royce está sentado tras su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja, vestido con uno de esos trajes oscuros que le sientan como el pecado. Pero yo solo puedo concentrarme en lo furiosa que estoy.

Levanta la vista cuando entro, y su expresión es una mezcla de sorpresa y… ¿pánico?

Bien.

—Te llamo luego —dice al teléfono, y cuelga sin esperar respuesta —. Hannah, estoy en mitad de...

—Has cancelado nuestras reuniones. —Cierro la puerta detrás de mí de un golpe—. ¿Así? ¿Con un mensaje de tu asistente?

Royce se levanta de su silla con esa calma controlada que me pone de los nervios.

—Tengo una semana complicada. Es mejor…

—Mentira. —Camino hacia su escritorio—. Has tenido semanas complicadas antes y nunca has cancelado. ¿Qué ha cambiado?

—Hannah…

—Es por lo del viernes, ¿verdad? —No consigo callármelo—. Por lo que casi pasó. Por eso estás huyendo.

A Royce se le tensa la mandíbula.

—No estoy huyendo. Estoy siendo profesional.

—¿Profesional? —Me río sin humor—. ¿Profesional es llevarme a Florida en tu avión privado para ver un lanzamiento de cohete? ¿Profesional es llamar a tu médico porque me torcí el tobillo? ¿Profesional es…?

—Para. —Su voz corta el aire como un cuchillo—. Para ahora mismo.

—¿Por qué? —Doy otro paso hacia él—. ¿Por qué tengo que parar? ¿Porque estoy diciendo en voz alta lo que ambos sabemos que es verdad?

Royce rodea el escritorio con pasos medidos, acortando la distancia entre nosotros de una forma que me dispara el pulso.

—No sabes de qué estás hablando.

—Sí que lo sé. —Levanto la barbilla y le sostengo la mirada—. Sé exactamente de qué estoy hablando. Y tú también lo sabes. Por eso estás asustado.

—No estoy asustado.

—Entonces ¿por qué me estás evitando?

—Porque es lo correcto. —Alza un poco la voz—. Porque eres la prometida de mi hermano. Porque dentro de tres semanas te vas a casar con él. Porque esto… —Gesticula entre los dos—. Esto no puede pasar.

—¿El qué no puede pasar, Royce? —Le reto a que lo diga en voz alta.

El silencio que cae es tan denso que se mastica.

Royce me mira con esos ojos grises que ahora parecen tormentas, con la mandíbula apretada y los puños cerrados a los costados, como si estuviera usando toda su fuerza de voluntad para mantenerse quieto.

—No hagas esto. —Habla bajo, con la voz rasposa—. No me hagas decirlo.

—¿Decir el qué?

—Que no puedo estar cerca de ti sin… —Se detiene y se pasa una mano por el pelo—. Joder, Hannah. ¿De verdad tengo que explicártelo?

El corazón me golpea las costillas.

—Sí —susurro—. Necesito que lo digas.

Royce da un paso hacia mí. Luego otro.

Ahora estamos tan cerca que puedo ver las motas plateadas en sus ojos grises. Puedo oler su colonia, esa mezcla de madera y humo que me está volviendo loca desde el primer día.

—No puedo estar cerca de ti. —Su voz es poco más que un gruñido—. Sin querer hacer cosas que no debería querer hacer. Sin pensar cosas que no tengo ningún derecho a pensar. Sin desearte de formas que me hacen sentir el peor hermano del mundo.

Me quedo sin aire.

—Royce…

—Por eso he cancelado nuestras reuniones —continúa, con la mirada clavada en la mía—. Porque cada vez que te veo, cada vez

que me miras con esos malditos ojos, cada vez que sonríes, me cuesta más recordar por qué esto no puede pasar. Y el viernes, cuando casi te besé, me di cuenta de que estoy a dos segundos de hacer algo imperdonable.

No puedo respirar.

No puedo pensar.

Solo puedo mirarlo, con el corazón latiéndome tan fuerte que duele.

—¿Y si yo también quiero que pase? ¿Y si yo también llevo semanas sin poder dejar de pensar en ti? ¿Y si el viernes no te apartaste lo suficientemente rápido porque yo tampoco quería que lo hicieras?

La expresión de Royce se resquebraja.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Porque si sigues hablando, voy a hacer algo de lo que ambos nos vamos a arrepentir.

—¿Y si no me arrepiento?

Royce cierra los ojos, como si mis palabras le hicieran daño físico.

—Hannah. Por favor. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Pero yo ya he cruzado la línea.

Ya no hay vuelta atrás.

Acorto la distancia que nos separa y le pongo una mano en el pecho. Su corazón late tan rápido como el mío bajo mi palma.

—Mírame. —Se lo pido en un susurro—. Mírame y dime que no sientes esto.

Royce abre los ojos y la intensidad en su mirada hace que me tiemblen las rodillas.

—Joder. —Susurra—. No puedo.

Y entonces me besa.

No es suave.

No es dulce.

Es desesperado y furioso y lleno de semanas de contención que acaban de explotar.

Sus manos se me clavan en la cintura y me atraen hacia él con una fuerza que me roba el aliento. Su boca se estrella contra la mía

con una urgencia que me hace gemir contra sus labios.

Y yo le devuelvo el beso con la misma desesperación.

Mis manos le suben por el pecho, por los hombros, se le enredan en el pelo y tiran de él para acercarlo más, aunque ya no queda espacio entre nosotros.

Royce gime contra mi boca, un sonido grave y gutural que siento en todo el cuerpo.

Sus manos me bajan por la espalda y me aprietan contra él de una forma que no deja lugar a dudas de lo que le estoy haciendo sentir.

Puedo sentir cada centímetro de él presionado contra mí. Su dureza.

Puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo.

Puedo sentir cómo tiembla, como si se contuviera con las últimas fuerzas y aun así no fuera suficiente.

Sus labios se mueven sobre los míos con una maestría que me anula. Me besa como si llevara años esperando este momento, como si quisiera memorizarme, como si yo fuera lo único que le importara en el mundo.

Me muerde el labio inferior, suave, y un jadeo se me escapa de la garganta.

Royce aprovecha para profundizar el beso, su lengua roza la mía en una danza que hace que se me doblen las rodillas.

Una de sus manos me sube por la espalda, se me enreda en el pelo y tira justo lo suficiente para inclinarme la cabeza hacia atrás y tener mejor acceso.

La otra mano se queda en mi cintura, apretándome contra él con una posesividad que tendría que asustarme, pero que solo consigue encenderme más.

Me empuja hacia atrás hasta que mi espalda choca contra la pared.

El impacto me arranca otro gemido de la garganta, que Royce traga con su boca, apretando su cuerpo contra el mío hasta hacerme perder cualquier pensamiento coherente.

Sus labios abandonan los míos solo para descender por mi mandíbula, por mi cuello, y dejan un rastro de fuego a su paso.

Cuando me muerde el punto donde el cuello se une al hombro, las rodillas me ceden del todo.

Royce me sostiene sin esfuerzo, con sus manos firmes en mi cintura, sus labios todavía explorando cada centímetro de piel que puede alcanzar.

—Dios, Hannah. —Su voz contra mi piel es ronca, deshecha—. Llevo semanas queriendo hacer esto.

Sus palabras me atraviesan como electricidad.

Tiro de él hacia arriba, vuelvo a buscarle la boca y lo beso con toda la desesperación acumulada.

Royce responde con la misma intensidad, presionándome más contra la pared, una de sus piernas se desliza entre las mías de una forma que me arranca un sonido que nunca había hecho antes.

Sus manos están en todas partes: en mi pelo, en mi cintura, subiendo por mis costados hasta hacerme temblar.

Las mías no se quedan atrás. Tiro de su corbata para aflojarla; necesito más contacto, más piel, más de él.

Royce gime contra mi boca cuando mis dedos encuentran los botones de su camisa.

—Hannah. —Mi nombre en sus labios suena como una súplica y una advertencia al mismo tiempo.

Pero no me detengo.

No puedo detenerme.

Porque esto es lo que he querido desde el momento en que lo conocí en ese callejón hace semanas.

Esto es lo que he estado negándome a mí misma con cada excusa, con cada justificación.

Esto es…

El ruido de algo al caer al suelo nos hace separarnos de golpe.

Jadeantes. Despeinados. Mirando hacia la puerta.

La puerta que está entreabierta.

La puerta donde Claire, la asistente de Royce, está de pie con los ojos como platos y la boca abierta, con una carpeta a los pies que se le acaba de caer de la impresión.

El golpe de realidad me deja helada.

Dios mío.

Dios mío.

Acabo de besar a Royce.

Acabo de besar al hermano de Drake.

A mi futuro cuñado.

El pánico me golpea tan fuerte que apenas puedo respirar.

Me aparto de Royce de un salto y me aliso la ropa con dedos torpes.

—Yo… —No me sale nada más.

Royce me mira con una expresión que es puro tormento.

—Hannah…

Pero no puedo escucharlo.

No puedo quedarme aquí.

No puedo enfrentarme a lo que acabo de hacer.

Paso junto a Claire, que sigue paralizada en la puerta, y echo a correr.

Bajo las escaleras porque no puedo esperar al ascensor. Cruzo el vestíbulo sin ver a nadie. Salgo a la calle y el sol de la mañana me ciega un instante.

Y sigo corriendo.

Corro hasta que me arden los pulmones.

Hasta que las piernas me fallan.

Hasta que tengo que detenerme en un callejón lateral y apoyarme contra una pared para recuperar el aliento.

¿Qué he hecho?

¿En qué estaba pensando?

He besado al hermano del hombre con el que me voy a casar en tres semanas.

He cruzado la línea más sagrada que existe.

Y lo peor…

Lo peor no es que lo haya hecho.

Lo peor es que mientras estaba allí, presionada contra esa pared, con sus labios sobre los míos y sus manos en mi cuerpo, no estaba pensando en las consecuencias.

No estaba pensando en Drake.

No estaba pensando en nada excepto en que quería más.

Más de Royce.

Más de sus besos.

Más de sus manos.

Más de todo.

Y ahora, apoyada contra esta pared con el corazón todavía latiendo sin freno y los labios hinchados por sus besos, tengo que enfrentarme a la verdad que he estado negando durante semanas.

Me he enamorado de él.

Me he enamorado de Royce Harris.

Del hombre más complicado, más hermético, más imposible que he conocido en mi vida.

Del hermano de mi mejor amigo.

De mi futuro cuñado.

¿Cómo ha pasado esto?

¿En qué momento exacto me enamoré de él?

¿Fue en el planetario, cuando me habló de las estrellas con esa pasión contenida?

¿Fue cuando me llevó a probar pasteles y compartió algo real sobre su familia?

¿Fue cuando me levantó del suelo con tanto pánico en los ojos que me partió el corazón?

¿Fue cuando me llevó a Florida porque mencioné una vez que me gustaría ver un lanzamiento de cohete?

¿O fue desde el principio, desde ese momento en el callejón cuando me preguntó si estaba borracha y algo dentro de mí reconoció algo en él?

No lo sé.

Solo sé que estoy total e irrevocablemente enamorada de Royce Harris.

CAPÍTULO 21

ROYCE

No he dormido.

Me he pasado toda la noche despierto, mirando el techo de mi suite, reviviendo cada segundo de ese beso una y otra vez hasta que se ha grabado en mi cerebro con la precisión de un láser.

La forma en que Hannah me miró antes de que ocurriera.

El sonido que hizo cuando la presioné contra la pared.

El sabor de sus labios.

La sensación de su cuerpo contra el mío.

Cierro los ojos y está ahí. Los abro y sigue ahí. No hay escapatoria.

He intentado trabajar. He revisado proyecciones financieras que ya había revisado tres veces. He leído informes sin procesar una sola palabra. He respondido emails con frases sin pies ni cabeza.

Todo es inútil.

Porque mi cabeza solo tiene sitio para Hannah y para cómo lo he destrozado todo en cuestión de minutos.

El reloj marca las ocho de la mañana cuando escucho el golpe en mi puerta.

Sé quién es antes de que Claire anuncie su nombre por el intercomunicador.

—Señor Harris, la señorita Gray está aquí.

El estómago se me contrae.

—Hazla pasar.

Me levanto del escritorio y me aliso la corbata con manos que casi no tiemblan. Casi.

La puerta se abre y Hannah entra.

Está pálida. Tiene ojeras que no tenía ayer. El pelo recogido en una coleta tan tirante que duele solo de verla. Lleva vaqueros y una camisa blanca que parece sacada del fondo de su armario sin pensarlo demasiado.

Se ve tan destrozada como me siento yo.

Y eso solo hace que me odie más.

—Hannah. —La ronquera de mi voz me delata—. No esperaba que vinieras.

—He pensado que deberíamos… hablar. —Se queda junto a la puerta, sin acercarse—. Sobre lo que pasó ayer.

Asiento una vez y señalo las sillas frente a mi escritorio.

Ella se sienta en la más lejana y deja el bolso en el suelo con movimientos demasiado cuidadosos.

Yo vuelvo a mi silla, con el escritorio entre nosotros como una barrera física que necesito más de lo que querría admitir.

El silencio dura diez segundos. Los cuento.

—Perdí la cabeza —digo al fin, porque alguien tiene que romper este silencio antes de que nos asfixie—. Ayer. La perdí del todo. No debería haber…

—Los dos lo hicimos. —Hannah me interrumpe, con la mirada clavada en sus manos—. No fuiste solo tú. Yo también… también perdí la cabeza.

Entre nosotros se vuelve a instalar el silencio.

Más pesado que el anterior.

—No puede volver a pasar. —Me sale más duro de lo que pretendía—. Nunca.

Hannah levanta la vista y sus ojos dorados me parten en dos.

—Lo sé.

—Eres la prometida de Drake.

—Lo sé.

—Te vas a casar con él en menos de tres semanas.

—Lo sé, Royce. —Se le quiebra la voz—. Créeme que lo sé. No necesitas recordármelo.

Me paso una mano por el pelo y siento cómo el control que tanto me ha costado mantener toda la noche amenaza con romperse.

—Entonces tenemos que encontrar una forma de… de seguir adelante. De terminar esta biografía sin que vuelva a pasar algo así.

—¿Cómo? —pregunta con una desesperación que reconozco, porque siento lo mismo—. ¿Cómo se supone que vamos a hacer eso? Porque estar en la misma habitación contigo es…

Se detiene y se muerde el labio.

Y yo no puedo apartar los ojos de ese gesto.

De sus labios.

De los mismos labios que besé ayer hasta dejarlos hinchados.

Joder.

—Es imposible —termino por ella—. Estar en la misma habitación es imposible.

Hannah asiente, con un brillo en los ojos que me duele mirar.

—Entonces ¿qué hacemos?

Me obligo a pensar con lógica. Con la misma frialdad analítica que uso para resolver cualquier crisis en el hotel.

Pero esto no es una crisis hotelera.

Esto es Hannah.

Y cuando se trata de ella, por lo visto mi cerebro ha decidido dimitir.

—Un cuestionario —consigo decir—. Prepara un cuestionario con todas las preguntas que necesites para terminar la biografía. Me lo envías y yo te lo devuelvo relleno. Podemos hacer el resto del trabajo por email.

—¿Sin vernos?

—Sin vernos —confirmo, aunque cada palabra me duele—. Es lo más sensato.

Hannah me mira durante un momento que se extiende demasiado.

—¿Y si hay algo que necesite aclarar? ¿Algo que requiera una conversación real?

—Llamadas de teléfono. O videoconferencias si es absolutamente necesario. Pero nada presencial. Nada que nos ponga en la misma habitación.

Puedo ver el momento exacto en que Hannah entiende lo que estoy diciendo de verdad.

Que no confío en mí mismo cerca de ella.

Que si vuelvo a tenerla a menos de tres metros, voy a volver a hacer lo mismo que hice ayer.

Que la única forma de protegernos a ambos es mantener la distancia.

—De acuerdo —dice con un hilo de voz—. Tienes razón. Es lo más sensato.

Se levanta de la silla con movimientos rígidos y coge el bolso.

Y se me rompe algo al verla dirigirse hacia la puerta.

Porque sé que esto es lo correcto.

Sé que es lo que tiene que pasar.

Pero todo mi cuerpo me grita que la detenga, que la haga quedarse, que al infierno las consecuencias.

Pero estamos hablando de hacer daño a mi hermano.

Hannah llega a la puerta y se detiene con la mano en el pomo.

Se vuelve a medias, sin llegar a mirarme.

—¿Royce?

—¿Sí?

—¿De verdad crees que podemos olvidar lo que pasó?

La pregunta me atraviesa como una bala.

Porque la respuesta honesta es no.

No puedo olvidar lo que fue tenerla entre mis brazos.

No puedo olvidar el sonido que se le escapó cuando la besé.

No puedo olvidar nada de eso aunque me pase el resto de mi vida intentándolo.

Pero la respuesta que necesita escuchar es diferente.

—Tenemos que hacerlo —respondo—. No hay otra opción.

Hannah asiente despacio, sin volverse.

—Tienes razón. No la hay.

Abre la puerta, sale y la cierra tras ella con un suave clic que suena como el final más terrible de mi vida.

Me quedo sentado en mi silla, mirando la puerta cerrada, con el corazón en un puño.

¿Existe mayor pecado que desear a la prometida de tu hermano? La pregunta me ha estado persiguiendo desde el momento en que conocí a Hannah. Pero ahora conozco la respuesta.

Sí. Enamorarte de ella.

La comprensión me arrolla como un camión a toda velocidad. No es solo deseo lo que siento. No es solo atracción física. No es solo que Hannah sea hermosa y divertida y brillante.

Es que cuando está cerca, el mundo tiene sentido de una forma que nunca ha tenido. Es que sus sonrisas derriten algo frío en mí. Es que la forma en que me mira, como si pudiera ver todas mis capas de control y no le asustara lo que hay debajo, me hace querer ser un hombre diferente.

Es que la llevo grabada bajo la piel y no sé cómo sacarla.

Me levanto de la silla tan bruscamente que casi la vuelco. Camino hacia la ventana, con las manos apretadas en puños a los costados, mirando Manhattan sin ver realmente nada.

Me he enamorado de Hannah. De la prometida de mi hermano. De la mujer que se va a casar con Drake en dieciocho días.

Y eso me convierte en la peor clase de hombre que existe.

Porque Drake confía en mí. Me admira. Me ve como la única figura paterna real que ha tenido. Y yo he traicionado esa confianza de la forma más imperdonable posible. No solo he deseado a su prometida. Me he enamorado de ella.

Es tal el pánico que me atraviesa, que tengo que apoyarme contra el cristal para no caer.

¿Qué se supone que hago con esto?

¿Cómo se supone que voy a estar en esa boda, viendo a Hannah caminar hacia el altar vestida de blanco, sabiendo que cada paso que da hacia mi hermano es un paso que se aleja de mí?

¿Cómo se supone que voy a sonreír y brindar y fingir que no me estoy haciendo pedazos por dentro?

La respuesta es simple: no puedo. Pero tampoco tengo elección.

Porque el amor, el amor de verdad, no es lo que yo siento. El amor es lo que vi entre mis padres durante toda mi infancia. Gritos y portazos. Infidelidades y venganzas. Odio disfrazado de pasión.

El amor destruye todo lo que toca. Convierte a las personas en versiones retorcidas de sí mismas. Los hace crueles y egoístas y capaces de hacerse daño mutuamente de formas que ningún enemigo podría imaginar.

El amor es veneno. Y yo no voy a envenenar a Hannah con él.

No voy a convertirme en mi padre, que destruía con la misma intensidad con la que decía querer. No voy a hacer lo que mis padres se hicieron el uno al otro durante años: atarse mutuamente en un infierno del que ninguno podía escapar.

Porque así es como termina el amor. Siempre.

Mi madre lloraba en su habitación después de que mi padre saliera de casa a las tantas de la madrugada.

Mi padre bebía solo en su despacho después de descubrir la última aventura de mi madre.

Los dos nos usaban a Drake y a mí como armas en su guerra privada. Los dos se destruyeron el uno al otro, año tras año, hasta que no quedó nada excepto cenizas y resentimiento. Y aun así nunca se separaron.

Porque así de retorcido es el amor. Te ata incluso cuando te está matando. Te hace quedarte incluso cuando irte es lo único sensato. Te convierte en esclavo de tus propias emociones hasta que pierdes cualquier rastro de la persona que eras antes.

No. Lo que siento por Hannah no puede ser amor. Porque si es amor, entonces estoy condenado. Y ella está condenada. Y todo lo que toquemos se va a pudrir.

Me obligo a apartarme de la ventana. Me obligo a volver a mi escritorio. Me obligo a abrir el portátil y fingir que puedo concentrarme en el trabajo.

Pero las palabras en la pantalla se difuminan. Y lo único que puedo ver es a Hannah. La forma en que me miró antes de irse. Con esos ojos dorados llenos de esperanza.

Como si una parte de ella quisiera que yo la detuviera, que le dijera que al infierno todo, que encontraremos una forma, que esto que hay entre nosotros es más importante que cualquier otra cosa.

Pero no lo hice. Porque soy un cobarde. O porque soy lo suficientemente inteligente para saber que algunos errores no tienen vuelta atrás. O porque en el fondo, bajo todas las capas de justificaciones, sé la verdad: que le haría daño.

Que el amor que siento por ella, si es que es amor y no alguna forma de obsesión retorcida heredada de mis padres, solo

conseguiría destruirla. Porque no sé cómo amar de forma sana. Nunca lo he visto. Nunca lo he aprendido. Y no voy a experimentar con Hannah.

No voy a arriesgarme a convertirla en otra versión de mi madre: atrapada con un hombre que no sabe amarla, en una vida que se convierte en una jaula. Mejor que se case con Drake. Drake es bueno. Es cálido. Es todo lo que yo no soy.

Drake la hará reír todos los días. Drake le dará una vida llena de luz en lugar de sombras. Drake no la mirará algún día con los ojos llenos del mismo resentimiento que vi en los de mi padre.

Eso es lo que me repito una y otra vez. Lo que repito en mi cabeza hasta que se convierte en mi nueva verdad. Hannah está mejor con Drake. Hannah merece a alguien mejor que yo. Hannah merece algo mejor que este desastre de sentimientos que ni siquiera puedo nombrar sin que me dé pánico.

Me obligo a respirar. Dentro. Fuera. Control. Eso es lo que necesito. Eso es lo único que sé hacer.

Controlar cada variable hasta que no haya espacio para el caos. Mantener todo en su sitio. Asegurarme de que cada pieza encaje justo donde debe.

Y Hannah encaja con Drake. No conmigo.

Abro un nuevo email y empiezo a escribir. *Drake: Necesito hablar contigo sobre las últimas cifras del hotel. ¿Tienes un momento esta tarde?* Pulso enviar antes de poder arrepentirme.

Necesito ver a mi hermano. Necesito recordarme a mí mismo por qué esto es importante. Necesito mirar a Drake a los ojos y ver al niño que solía llevar de la mano cuando nuestros padres empezaban a gritarse. Necesito recordar que él es la única persona en este mundo a la que no puedo traicionar.

Y si eso significa enterrar lo que siento por Hannah tan profundo que ni siquiera yo pueda encontrarlo, entonces eso es lo que voy a hacer. Porque ese es mi pecado. No desear a la prometida de mi hermano. Sino enamorarme de ella.

Y si hay algo que aprendí de mis padres, es que el amor no redime. El amor destruye. Y yo no voy a dejar que destruya a

Hannah. Aunque eso signifique destruirme a mí mismo por el camino.

CAPÍTULO 22

HANNAH

Una semana.

Llevo una semana entera sin ver a Royce en persona.

Siete días de intercambiar emails fríos y profesionales sobre su biografía. Siete noches de no dormir reviviendo ese beso una y otra vez. Una semana de intentar convencerme de que puedo hacer esto.

Que puedo sentarme en la misma mesa que él y fingir que no pasa nada.

Que puedo mirarlo a los ojos y no derrumbarme.

Que puedo sobrevivir a esta cena de prueba de menú de la boda sin que se me note en la cara que estoy enamorada hasta los huesos del hombre equivocado.

Spoiler: no puedo.

El restaurante que Paige ha elegido para la prueba es uno de esos lugares discretamente elegantes del Upper East Side donde la gente rica va a comer sin que los molesten. Con un piano de fondo tocando algo de Chopin.

Llego cinco minutos tarde a propósito.

Cuando entro en el reservado privado, los tres hombres de mi vida ya están sentados.

Mi padre en la cabecera, con ese traje gris que se pone para las ocasiones especiales y una sonrisa tan grande que me parte el corazón.

Drake está sentado a su derecha, guapísimo con una camisa azul que le queda muy bien.

Y Royce…

Royce está al otro lado de la mesa, vestido con uno de esos trajes negros sobrios que siempre suele usar y que parecen hechos a

medida para torturarme, el pelo impecable y la mandíbula tensa, con los ojos grises clavados en el menú como si fuera lo más fascinante del mundo.

No levanta la vista cuando entro.

—Hannah, cariño. —Mi padre se levanta para abrazarme—. Empezaba a preocuparme.

—Perdón. El tráfico estaba imposible.

Mentira.

He dado tres vueltas a la manzana antes de armarme de valor para entrar.

Drake me sonríe y señala la silla vacía a su lado.

—Ven, siéntate. Acaban de traer la carta con todas las opciones.

Me siento y cuelgo el bolso en el respaldo de la silla con manos poco firmes.

Y entonces, porque está claro que odio mi propia cordura, levanto la vista hacia Royce.

Él ya me está mirando.

Nuestros ojos se encuentran durante dos segundos. Una eternidad.

Su expresión tiene algo oscuro y torturado que no sé leer, y que me cierra el estómago.

Luego aparta la mirada y vuelve al menú.

Como si nada.

Como si ese beso que me quitó el aliento y me rompió el corazón a la vez nunca hubiera ocurrido.

—Bueno. —Mi padre se frota las manos con entusiasmo—. Esto es emocionante. Probar el menú de vuestra boda. Se me hace raro pensar que en diez días mi niña estará casada.

Diez días.

La cifra cae sobre la mesa como una piedra.

Diez días hasta que camine por ese pasillo vestida de blanco en una farsa que cada vez se parece más a una pesadilla.

Diez días hasta que me convierta oficialmente en la cuñada de Royce.

Diez días hasta que todo esto se vuelva permanente e irrevocable.

—A mí también —digo con una sonrisa forzada—. No puedo creer que esté pasando tan rápido.

Drake me coge la mano sobre la mesa y entrelaza los dedos con los míos.

Es un gesto cariñoso. Fraternal. Justo lo que debería haber entre dos mejores amigos que fingen estar enamorados.

Pero los ojos se me van solos hacia Royce.

Él está mirando nuestras manos unidas con una expresión que me estruja el pecho.

Luego vuelve a apartar la mirada.

La anfitriona aparece con una bandeja llena de entrantes y explica cada plato con ese entusiasmo profesional que debe de usar con todos sus clientes.

—Para empezar tenemos tres opciones. Ensalada de rúcula con pera caramelizada y queso de cabra. Tartar de salmón con aguacate y caviar. Y vieiras a la plancha con puré de coliflor.

Coloca los platos en el centro de la mesa y nos anima a probar.

Mi padre prueba la ensalada y comenta que está deliciosa.

Drake el tartar y hace un sonido de aprobación.

Yo me quedo mirando las vieiras sin poder moverme.

—¿Hannah? —La voz de Royce me sobresalta—. ¿Vas a probar algo?

Es la primera vez que se dirige a mí en una semana.

Su voz suena igual que siempre: controlada, fría, profesional.

Como si no hubiera pasado nada.

Como si no me hubiera besado contra una pared hasta dejarme sin aliento.

Como si no hubiera susurrado mi nombre contra la piel de mi cuello de una forma que todavía me hace temblar cuando lo recuerdo.

—Sí. Claro. —Cojo el tenedor y pincho una vieira sin ganas.

La pruebo sin enterarme del sabor. Podría ser cartón y no lo notaría.

—¿Qué te parece? —pregunta la anfitriona, con su iPad lista para tomar notas.

—Deliciosa —miento—. Perfecta.

La cena continúa en la misma línea.

Plato tras plato de comida que será exquisita y que yo apenas registro.

La anfitriona nos lo explica todo. Mi padre opina. Drake bromea. Royce permanece en silencio la mayor parte del tiempo y se limita a asentir cuando se le pregunta.

Y yo intento no mirarle. De verdad que lo intento. Pero mis ojos tienen vida propia y siguen buscándole.

La forma en que sostiene la copa de vino. La forma en que se pasa la servilleta por los labios después de beber. La forma en que sus dedos tamborilean una sola vez sobre la mesa cuando algo le molesta.

Y cada vez que lo miro, descubro que él también me está mirando. Nuestros ojos se encuentran. Se sostienen. Se apartan. Una y otra vez.

Como un baile doloroso que ninguno de los dos puede dejar de bailar.

—¿Os ha pasado algo? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos.

Levanto la vista, con el corazón acelerado.

—¿Qué?

Mi padre me mira con esos ojos que me conocen demasiado bien.

—Entre vosotros dos. —Hace un gesto vago entre Royce y yo—. Hay una tensión extraña en la mesa. ¿Habéis discutido por el trabajo?

Se hace un silencio de los que se cortan con cuchillo.

—No —digo demasiado rápido—. No hemos discutido. Todo está bien.

—No parece que todo esté bien. —Mi padre frunce el ceño—. Apenas os habéis dirigido la palabra en toda la noche.

Drake nos mira a ambos con una expresión indescifrable.

—Ahora que lo dices… —Entrecierra los ojos—. Sí que hay algo raro. ¿Ha pasado algo con la biografía?

—No. —Royce habla por primera vez en veinte minutos—. Todo va según lo previsto.

—Entonces ¿por qué…?

—Estoy cansada —interrumpo a Drake antes de que termine la pregunta—. He tenido mucho trabajo esta semana. Se me debe de notar.

No es del todo mentira. Estoy agotada de fingir que puedo hacer esto.

De fingir que no se me parte el alma cada vez que miro a Royce y veo esa expresión glacial en su rostro.

De sentarme en esta mesa hablando de menús y flores y música para una boda que es una mentira de principio a fin.

La anfitriona elige ese momento para traer el plato principal.

—Tenemos tres opciones de carne. Solomillo Wellington. Cordero con costra de hierbas. Y pato confitado con salsa de cerezas.

Coloca los platos y yo miro la comida con el estómago revuelto.

No puedo seguir haciendo esto.

No puedo seguir sentada aquí, fingiendo que todo está bien, cuando cada segundo que paso en la misma habitación que Royce es una tortura.

—Disculpadme. —Me pongo en pie tan deprisa que la silla rechina contra el suelo—. Necesito ir al baño.

Salgo del reservado antes de que nadie pueda objetar.

Cruzo el restaurante deprisa, esquivando las miradas curiosas de los otros comensales.

Pero no voy al baño.

Salgo derecha a la calle.

El aire frío de la noche me golpea la cara y respiro hondo para que el pánico que amenaza con ahogarme afloje un poco.

¿Cómo he llegado a este punto?

¿Cómo he podido ser tan estúpida, tan idiota, de enamorarme de Royce?

De un hombre que no siente nada por mí.

Que se va a convertir en mi cuñado en diez días y al que voy a tener que ver en cada cumpleaños, cada Navidad, cada reunión familiar durante el resto de mi vida.

Viendo cómo hace su vida con otra persona. Viendo cómo se casa con alguien que no soy yo. Viendo cómo construye la familia que yo nunca voy a tener con él.

Las lágrimas me escuecen en los ojos, pero las contengo. No voy a llorar. No aquí. No ahora.

Mi teléfono vibra en el bolso. Es Drake. *¿Estás bien? Tu padre está preocupado.*

Escribo una respuesta rápida. *No me encuentro bien. Me voy a casa. Lo siento.* Pulso enviar y levanto la mano para parar un taxi.

Uno se detiene en cuestión de segundos y me meto dentro y le doy mi dirección al conductor. Mientras el taxi se aleja, miro por la ventana hacia el restaurante.

Y el corazón me da un vuelco.

Porque ahí está Royce. De pie en la acera, mirando mi taxi alejarse, con las manos en los bolsillos y una expresión atormentada que me persigue hasta dentro del taxi.

Aparto la mirada antes de que pueda ver las lágrimas que finalmente empiezan a rodar por mis mejillas. Porque la verdad, la verdad que me he estado negando durante días, es esta: lo que siento por Royce es ridículo. Es imposible. Es la peor idea que he tenido jamás.

Y lo peor de todo es que ni siquiera puedo romper el compromiso. Porque ¿qué cambiaría eso? Nada. Royce no me quiere.

Lo tengo clarísimo.

Y aunque yo rompa mi compromiso con Drake, aunque le diga la verdad a mi padre, aunque detenga esta farsa ahora mismo…

Seguiría enamorada de un hombre que no me corresponde.

Y además lo destrozaría todo a mi paso.

El plan de Drake de demostrarle a Royce que ha sentado cabeza se iría al garete.

Mi padre se quedaría destrozado al ver cómo su hija cancela la boda del año a diez días de la ceremonia.

La prensa se pondría las botas con el escándalo.

Los Gray y los Harris quedarían en ridículo delante de toda la alta sociedad de Manhattan.

Y para qué.

Para confesar mis sentimientos a un hombre que me mirará con lástima antes de decirme con esa voz fría que lo que pasó fue un error.

No.

Es mejor seguir adelante.

Casarme con Drake como planeamos.

Mantener la farsa el tiempo suficiente para que todos consigan lo que necesitan.

Y luego, cuando pase el tiempo apropiado, divorciarnos discretamente como teníamos planeado desde el principio.

Será doloroso.

Será insoportable.

Pero al menos no destrozaré las vidas de todos los que me importan.

El taxi se detiene frente a mi edificio. Pago al conductor y subo lentamente las escaleras hasta mi apartamento. Una vez dentro, me dejo caer en el sofá sin molestarme en encender las luces.

Mi teléfono vibra. Cinco mensajes de Drake preguntando si estoy bien. Tres llamadas perdidas de mi padre. Y un mensaje de un número que reconozco aunque no esté guardado en mis contactos.

Espero que estés bien.

Royce. Royce acaba de escribirme por primera vez en una semana para decirme que espera que esté bien. Me quedo cinco minutos mirando el mensaje.

Luego escribo una respuesta. *Estoy bien. Solo cansada. Buenas noches.* Pulso enviar y apago el teléfono antes de que pueda responder. Porque si me escribe de nuevo, si me dice cualquier cosa que suene remotamente amable o preocupada, voy a derrumbarme. Y no puedo permitirme derrumbarme ahora.

Quedan diez días para la boda. Diez días para mantener la compostura. Diez días para fingir que no se me está rompiendo el corazón.

Y luego… Luego tendré el resto de mi vida para aprender a vivir con el hecho de que me enamoré del hombre equivocado. Del hermano de mi mejor amigo. De mi futuro cuñado. Del único hombre que jamás podré tener.

Me acurruco en el sofá, abrazando un cojín contra mi pecho, y finalmente dejo que las lágrimas fluyan. Porque aquí, en la oscuridad de mi apartamento, sin nadie que pueda verme, puedo permitirme

ser honesta. Puedo admitir que me he enamorado. Puedo admitir que duele. Puedo admitir que no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a esto.

Pero mañana, cuando salga el sol, volveré a ponerme la máscara. Volveré a ser Hannah Gray, la novia radiante. Y nadie, absolutamente nadie, sabrá que por dentro me estoy muriendo.

CAPÍTULO 23

ROYCE

Llevo dos horas sentado en el sofá de mi suite, mirando las luces de Manhattan a través de la ventana sin verlas.

La botella de whisky sobre la mesa está medio vacía.

No recuerdo haberla abierto.

No recuerdo haber servido el primer vaso.

Solo sé que lo necesitaba después de ver a Hannah salir corriendo de ese restaurante con los ojos brillantes de lágrimas que intentaba ocultar.

Después de quedarme en la acera como un idiota, viendo su taxi alejarse, sin poder hacer nada para detenerla.

Después de volver a esa mesa y fingir durante otra hora que todo estaba bien mientras Richard Gray me miraba con desconfianza creciente y Drake no dejaba de preguntarse en voz alta qué le pasaba a Hannah.

Me llevo el vaso a los labios y el whisky baja quemando por mi garganta. Bien. El dolor físico es mejor que el otro. Mejor que este nudo en el pecho que no se afloja.

Mejor que pensar en Hannah llorando sola en su apartamento por mi culpa.

Porque es mi culpa. Todo esto es mi culpa. La besé. La besé sabiendo que era la prometida de mi hermano. La besé sabiendo que no había vuelta atrás.

La besé porque soy el mismo egoísta de mierda que mi padre, incapaz de mantener las manos lejos de lo que no me pertenece.

Me levanto del sofá con tanto ímpetu que casi tiro el vaso. No puedo seguir haciendo esto.

No puedo seguir sentado aquí, torturándome con Hannah, porque en diez días voy a tener que estar en esa boda viendo cómo se casa con Drake.

Viendo cómo promete amarlo para siempre.

Viendo cómo se convierte oficialmente en algo que nunca podré tener.

No.

Solo hay una solución.

Tengo que irme.

Tengo que volver a Londres antes de que esto se vuelva peor de lo que ya es.

Antes de que haga algo más imperdonable de lo que ya he hecho.

Cojo la chaqueta del respaldo del sofá y salgo de mi suite sin pensarlo dos veces.

El pasillo está en silencio. Son las once de la noche y el hotel duerme con esa calma que solo existe a esas horas de la noche.

Bajo un piso por las escaleras. La suite de Drake está al final del pasillo, idéntica a la mía, pero con esa energía caótica que mi hermano lleva a todas partes.

Llamo a la puerta. Una vez. Dos veces. Tres. Nada.

—¿Drake? —llamo, golpeando más fuerte—. Sé que estás ahí. Abre.

Silencio. Pero sé que está en casa. Ha venido al hotel conmigo. Estará en la ducha. O con los auriculares puestos, escuchando esa música horrible que llama jazz moderno.

Saco la llave maestra de mi bolsillo. Como director del hotel, tengo acceso a todas las habitaciones en caso de emergencia. Y esto es una emergencia. Necesito hablar con mi hermano ahora, antes de que pierda el valor. Necesito decirle que lo siento. Que he traicionado su confianza de la peor forma posible. Que me voy a Londres y que no voy a volver para la boda. Que es mejor así.

Abro la puerta y entro.

—Drake, soy yo. Necesito...

Las palabras mueren en mi garganta. Porque Drake no está en la ducha o con los cascos puestos. Drake está en el sofá del salón. Con una mujer.

Una mujer que desde luego no es Hannah.

Una mujer morena con un vestido rojo que está a medio quitar y que grita al verme entrar y se tapa con un cojín.

Drake se levanta de un salto, con los pantalones desabrochados y el pelo revuelto, boquiabierto.

—Joder, Royce. ¿Qué…?

No le dejo terminar.

Cruzo la habitación y mi puño se estrella contra su mandíbula con toda la fuerza que llevo conteniendo durante semanas.

Drake cae hacia atrás y choca contra el respaldo del sofá.

La mujer grita de nuevo, coge su ropa y corre hacia la otra punta de la suite.

—¡¿Qué coño te pasa?! —Drake se lleva la mano a la mandíbula y me mira con una mezcla de estupor y furia—. ¡Estás loco!

—¿Que qué me pasa? —Me sale un rugido—. ¿Que qué me pasa a mí? ¡Estás prometido, joder! ¡Te vas a casar en diez días!

—Royce…

—¡Con Hannah! —continúo, lanzado ya—. Con una mujer que es demasiado buena para ti. Una mujer que te quiere. Una mujer maravillosa, brillante, perfecta. ¿Y tú estás aquí follando con otra?

Drake se pone de pie, todavía tocándose la mandíbula.

—No lo entiendes…

—Sí que lo entiendo —le corto—. Entiendo perfectamente que eres un puto gilipollas que no merece lo que tiene.

—¡Deja de gritar y escúchame!

—¿Escucharte? —Se me escapa una risa amarga—. ¿Qué vas a decirme? ¿Qué esto no es lo que parece? ¿Qué esta mujer es tu prima lejana y estabais teniendo una conversación muy íntima?

—¡No nos vamos a casar por amor!

Las palabras estallan en el aire como una bomba.

Me quedo helado.

—¿Qué?

Drake respira hondo y se abrocha los pantalones con dedos que no aciertan.

—Hannah y yo no estamos enamorados. Nunca lo hemos estado. El compromiso es falso.

El mundo se detiene.

O quizás soy yo quien se ha detenido.

No puedo moverme.

No puedo respirar.

No puedo procesar lo que acabo de escuchar.

—Estás mintiendo.

—No estoy mintiendo. —Drake se pasa una mano por el pelo, sin mirarme—. Es un acuerdo. Entre los dos. Yo necesitaba que tú confiaras en mí, que creyeras que había sentado la cabeza. Ella necesitaba que su padre dejara de presionarla para que se casara. Así que decidimos casarnos temporalmente.

Las palabras entran en mi cerebro pero no tienen sentido.

No pueden tener sentido.

—¿Hannah sabe esto?

—Por supuesto que lo sabe. —Drake me mira como si fuera idiota —. Fue idea suya tanto como mía.

—No. —Niego con la cabeza—. No puede ser. Os he visto juntos. La forma en que te mira…

—Me mira como a su mejor amigo. Porque eso es lo que soy. Su mejor amigo desde la universidad. No hay nada romántico entre nosotros. Nunca lo ha habido.

Me dejo caer en el sillón más cercano antes de que las piernas me fallen.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Drake suspira y se sienta en el sofá.

—Desde el principio. Lo planeamos la misma noche en que me exigiste que sentara la cabeza. La idea era casarnos, mantener la farsa durante un tiempo razonable, y luego divorciarnos discretamente.

La víspera de aquella cena en el Carbone.

Antes de que conociera a Hannah.

Antes de que ese encuentro en el callejón cambiara todo.

—Por eso… —La frase se me queda a medias.

—Por eso qué.

—Por eso nunca he visto química real entre vosotros. —Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza con una claridad dolorosa—. Por eso ella siempre parece incómoda cuando la tocas en público. Por eso tú nunca hablas de ella como… como un hombre enamorado hablaría de su prometida.

Drake asiente despacio.

—No estamos enamorados, Royce. Somos amigos. Buenos amigos. Pero nada más.

El alivio que me recorre es tan intenso que me marea.

Hannah no quiere a Drake.

Nunca lo ha querido.

Todo este tiempo, todo este sufrimiento, toda esta culpa…

Por una mentira.

Por una farsa.

Por un acuerdo entre dos amigos que necesitaban resolver sus respectivos problemas.

Pero entonces me asalta otro pensamiento.

—Me habéis mentido. —La furia empieza a reemplazar al alivio—. Los dos. Durante meses.

—No pretendíamos… —Drake empieza.

—¿No pretendíais qué? ¿Engañarme? ¿Hacerme creer que mi hermano por fin había encontrado a alguien que lo hacía feliz? ¿Hacerme sentir el peor hermano del mundo por desear a tu prometida?

Drake me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Desear a…? —Se detiene—. Dios. ¿Te has enamorado de ella?

—No.

—Royce…

—No —repito con más fuerza, alejándome del sillón—. No me he enamorado de nadie.

—Hermano. —Drake se pone de pie y se acerca—. La forma en que la miras. La forma en que te pones cuando está cerca. La forma en que llevas torturándote estas últimas semanas… ¿Por eso te comportas tan raro últimamente?

No respondo.

No puedo responder.

Porque si admito en voz alta lo que siento, se volverá real.

Y si se vuelve real, tendré que enfrentarme a ello.

—Has estado huyendo de ella. —Drake continúa, con una voz que se acerca demasiado a la comprensión—. Te has estado escondiendo porque tienes miedo de lo que sientes. Igual que llevas toda tu vida huyendo del amor porque crees que vas a convertirte en papá.

—No sabes de qué hablas.

—Sí que lo sé. —Drake da un paso hacia mí—. Porque yo he estado haciendo lo mismo. Llenando el vacío con mujeres que no significan nada. Manteniéndolas a todas a distancia. ¿Y sabes por qué? Porque vi el mismo matrimonio de mierda que tú. Porque tuve el mismo miedo que tú. Porque pensé que si ninguna era real, ninguna podría hacerme daño.

Sus palabras me golpean como puñetazos.

—Pero tú no eres papá, Royce. —Se le suaviza la voz—. Y yo no lo soy. Podemos elegir ser diferentes. Podemos elegir no repetir sus errores.

—No es tan simple.

—¿Por qué no?

—¡Porque no sé cómo amar de otra forma! —Me explota en la boca—. No sé cómo se hace. Nunca lo he visto. Lo único que sé es cómo destruir. Cómo controlar.

—Entonces aprende. —Drake pone una mano en mi hombro—. Aprende con Hannah. Porque te he visto con ella, hermano. Y la forma en que la miras no es como papá miraba a mamá. Es... diferente.

Niego con la cabeza y me aparto de su mano.

—Da igual. No importa.

—Claro que importa.

—No. —Me dirijo hacia la puerta—. Porque aunque todo esto sea una farsa, eso no quita que Hannah no sienta nada por mí.

—¿Estás seguro de eso?

Me detengo con la mano en el pomo.

No puedo procesar esto. No puedo procesar nada de esto.

El compromiso es falso. Hannah no ama a Drake. Y yo… Yo siento un cóctel de emociones tan intensas y contradictorias que no puedo

separarlas. Enfado porque me han mentido. Alivio porque Hannah no pertenece a mi hermano. Miedo porque eso significa que podría ser mía. Terror porque no sé si soy capaz de ser lo que ella necesita.

Pánico porque esto es real, joder, esto es completamente real y no hay vuelta atrás.

—Royce. —La voz de Drake me trae de vuelta—. ¿Qué vas a hacer?

Me quedo inmóvil. Solo sé una cosa con absoluta certeza. Solo una cosa que importa en medio de todo este caos.

Necesito ver a Hannah. Necesito verla ahora.

CAPÍTULO 24

HANNAH

Los golpes en la puerta me despiertan de un sueño inquieto donde Royce me miraba con esos ojos grises llenos de un sentimiento que no podía nombrar.

Parpadeo, desorientada, mirando el reloj de la mesa.

Es casi la una de la madrugada.

¿Quién demonios llama a mi puerta a estas horas?

Me levanto del sofá donde me había quedado dormida, todavía vestida con la ropa de la cena, y camino descalza hacia la entrada.

Los golpes continúan. Más urgentes. Más insistentes.

—¿Quién es? —pregunto, acercándome a la mirilla.

Y entonces lo veo.

Royce está al otro lado de mi puerta.

Trae el pelo revuelto, la corbata aflojada, la chaqueta arrugada. Y una intensidad en los ojos que me corta la respiración.

¿Qué hace aquí?

Abro la puerta con manos temblorosas.

—¿Royce? ¿Qué…?

—Me habéis mentido. —Cada palabra corta como un cuchillo—. Durante todo este tiempo. Drake y tú. Me habéis mentido.

Me quedo paraliza.

Era lo último que esperaba escuchar.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

¿Cómo...?

—Royce, yo...

—Ni se te ocurra. —Da un paso hacia mí y retrocedo sin pensarlo —. Ni se te ocurra negarlo. Drake me lo ha confesado todo. Cuando

me lo he encontrado acostándose con otra mujer en su suite.

Tardo un segundo en procesarlo. Drake. Con otra mujer. En su suite. Y mi reacción es… nada. Absolutamente nada. Ni sorpresa ni dolor ni celos. Solo un pensamiento: por supuesto que sí.

Royce me está observando con una intensidad que me atraviesa. Como si estuviera esperando algo, como si mi reacción fuera una prueba que necesita que yo pase.

El silencio se alarga durante cinco segundos que parece que no se acaban nunca.

—¿No vas a decir nada? —pregunta al fin, con la voz tensa—. Acabo de decirte que tu prometido estaba acostándose con otra mujer.

—No es mi prometido de verdad. —Me sale solo—. Ya lo sabes.

—Dímelo tú.

—¿El qué?

—Dime que no lo amas. —Da otro paso hacia mí—. Mírame a los ojos y dime que no estás enamorada de mi hermano.

El corazón me late con tanta fuerza que va a delatarme.

—No lo amo. —Mi voz es firme, clara—. Nunca lo he amado. Drake es mi mejor amigo. Solo eso.

A Royce se le cae la máscara.

Se pasa una mano por el pelo, riéndose sin humor.

—Joder —susurra—. Todo este tiempo. Todo este puto tiempo he estado pensando que era el peor hermano que hay sobre la faz de la tierra. Todo este tiempo he estado controlando lo que me haces sentir.

Se detiene y me mira con una intensidad que me deja sin fuerza en las piernas.

—Pero ya no puedo contenerme, Hannah. Si no quieres que te devore aquí mismo. —La voz le baja una octava, áspera, peligrosa—. Si no quieres que pierda el último resto de control que me queda... échame de tu casa. Ahora. Es tu única oportunidad, Hannah.

Los pulmones se me vacían.

Debería echarlo.

Debería cerrar la puerta y protegerme del huracán que está a punto de arrasar con todo.

Pero en lugar de eso, doy un paso atrás.

Le dejo espacio para que entre.

—No quiero que te vayas.

Royce se mueve tan rápido que apenas lo veo venir.

Entra en el apartamento, cierra la puerta de un golpe que hace temblar las paredes, y entonces me retiene contra esa misma puerta con su boca estrellándose contra la mía.

Este beso no se parece a nada que hayamos compartido antes.

Es hambre pura.

Desesperación.

Semanas de contención que explotan de golpe.

Sus manos me tocan en todas partes a la vez: pelo, cintura, caderas, con una posesividad que me hace gemir contra sus labios.

—Llevo semanas —jadea contra mi boca—. Semanas muriéndome por tocarte. Por probarte. Por tenerte así.

Su boca abandona la mía para descender por mi mandíbula, por mi cuello, mordiendo y lamiendo y marcándome de una forma que consigue arrancarme de la garganta sonidos nuevos.

—Royce...

—No me digas nada. —Muerde la curva entre mi cuello y mi hombro y casi me desmayo—. A menos que vayas a decirme que pare. ¿Vas a decirme que pare, Hannah?

—No. Dios, no. No pares.

Sus manos encuentran el bajo de mi blusa y la suben con movimientos impacientes.

—Esta maldita blusa —gruñe—. ¿Sabes cuántas veces me he imaginado quitándotela? ¿Cuántas reuniones he pasado pensando en arrancártela?

Me la quita por la cabeza y la tira al suelo sin miramientos.

Sus ojos recorren mi piel expuesta con una intensidad que hace que me tiemble todo el cuerpo.

—Joder —susurra—. Eres tan perfecta que me vuelve loco mirarte.

Sus manos suben por mi estómago, rozando la parte inferior de mi sujetador, pero sin llegar a tocarlo todavía.

Torturándome.

—Royce, por favor...

—¿Por favor qué? —Su boca está en mi cuello de nuevo—. Dímelo. Dime qué quieres.

—Tócame.

—Ya te estoy tocando.

—Más —gimo—. Necesito más.

Royce se ríe contra mi piel, un sonido oscuro que me atraviesa.

—Siempre tan impaciente. —Sus manos suben por fin y me cubren los pechos por encima del sujetador—. Pero vamos a ir a mi ritmo. ¿Entendido?

No puedo formar palabras.

Solo puedo asentir mientras sus pulgares rozan mis pezones por encima de la tela.

—Bien. —Desabrocha el sujetador con una mano y lo deja caer al suelo—. Porque llevo demasiado tiempo esperando esto. No voy a apresurarme.

Su boca me encuentra el pecho y la espalda se me arquea contra la puerta.

—Cada noche —dice entre lametones y mordiscos que me están volviendo loca—. Cada maldita noche tenía que tocarme pensando en ti. En cómo sabrías. En cómo sonarías. En cómo sería tenerte así.

Sus palabras, crudas y honestas, me encienden más que cualquier caricia.

—Yo también —confieso, enredando los dedos en su pelo—. Yo también pensaba en ti.

Royce levanta la cabeza, mirándome con esos ojos que ahora son pura oscuridad.

—¿Sí? ¿Pensabas en mí cuando te tocabas?

Asiento, incapaz de mentir.

—Dime qué pensabas. —Sus manos me bajan por el estómago y me desabrochan los vaqueros—. Dime qué te imaginabas que te hacía.

—Esto. —Jadeo cuando sus dedos se deslizan bajo la tela de mis bragas—. Exactamente esto.

Royce encuentra el punto exacto que necesita ser tocado y presiona.

El gemido que escapa de mi garganta es obsceno.

—¿Así? —Su voz es pecado puro—. ¿Te imaginabas que te tocaba así?

—Sí. Dios, sí.

Sus dedos se mueven en círculos sobre mi clítoris, con una precisión que sugiere que sabe muy bien lo que hace.

—Estás tan mojada —gruñe contra mi oído—. ¿Todo esto es para mí?

—Sí. Todo para ti.

—Bien. —Me baja los vaqueros y las bragas de un tirón—. Porque todo esto es mío. ¿Entendido? Tú eres mía.

Antes de que pueda responder, se arrodilla frente a mí.

Y entonces su boca está justo donde estaban sus dedos y pierdo la capacidad de pensar.

No sé cuánto tiempo paso contra esa puerta, con las piernas temblando y las manos enredadas en su pelo mientras Royce me devora como si fuera su última comida.

Me lleva al borde una vez. Dos. Tres veces.

Y cada vez que estoy a punto de caer, se detiene.

—Royce —le ruego—. Por favor.

—¿Por favor qué?

—Déjame… necesito…

—¿Necesitas correrte? —Levanta la vista, con los labios brillantes —. Dilo.

—Sí. Por favor. Déjame correrme.

—Si me lo pides tan bien… —Sonríe contra mi piel.

Esta vez no se detiene.

Esta vez me lleva hasta el borde y más allá, y el orgasmo me golpea con tanta fuerza que grito su nombre.

Royce me sostiene mientras tiemblo, besando el interior de mis muslos con una ternura que contrasta con la intensidad de hace segundos.

Cuando recupero el aliento, me levanta en brazos.

—¿Dónde está el dormitorio?

—Al final del pasillo.

Me lleva hasta allí, depositándome en la cama con un cuidado que no esperaba.

Luego se quita la camisa.

Y madre mía.

Sabía que estaba en buena forma. Lo había intuido bajo los trajes.

Pero verlo así, con el pecho desnudo y los músculos marcándose bajo la luz tenue de mi dormitorio, es otra historia.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con una arrogancia que debería molestarme.

—Cállate y ven aquí.

Royce se ríe y se quita los pantalones.

Cuando está desnudo frente a mí, me quedo sin aliento.

Es… perfecto.

Todo él.

Lleno de músculos y fuerza.

Y está completa y gloriosamente excitado.

Se arrodilla en la cama y se arrastra sobre mí como un depredador.

—He esperado tanto tiempo por esto. —Su boca encuentra la mía en un beso que es pura pasión—. Por tenerte así. Por poder tocarte sin sentirme culpable.

Sus manos me recorren la piel palmo a palmo, memorizándome.

—Eres tan hermosa. —Susurra contra mi cuello—. Tan perfecta. Y eres mía.

—Tuya —repito, porque en este momento es la verdad más absoluta—. Soy tuya.

Royce gruñe, mordiéndome el hombro.

Sus caderas se aprietan contra las mías y puedo sentir hasta qué punto me desea. Lo grande que es.

—Por favor —suplico—. Royce, por favor.

—¿Qué quieres, Hannah? Dímelo.

—A ti. Te quiero a ti. Dentro. Ahora.

—Joder. —Su control salta por los aires.

Se posiciona entre mis piernas y entonces, sin ninguna barrera entre nosotros, se hunde en mí de una sola embestida.

Los dos gemimos al mismo tiempo.

Es demasiado.

Es perfecto.

Es exactamente lo que he necesitado desde el momento en que lo conocí en ese callejón hace meses.

Royce se queda inmóvil durante un segundo, con la frente apoyada contra la mía.

—Hannah. —Mi nombre en sus labios suena como una oración—. Dios, Hannah.

Luego empieza a moverse. Y pierdo cualquier pensamiento coherente.

Cada embestida es profunda, precisa, perfecta. Como si supiera qué necesito. Como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro.

—Mía —gruñe—. Eres mía, Hannah. No voy a dejarte ir. ¿Me oyes? Nunca.

—Tuya —jadeo, enredando las piernas alrededor de sus caderas —. Solo tuya.

El ritmo se vuelve más desesperado, más urgente.

—No voy a permitir que te alejes de mí —continúa, con la voz ronca—. No voy a dejar que nadie más te toque así. Solo yo.

—Solo tú —prometo, aunque no sé muy bien qué estoy prometiendo.

Solo sé que es verdad.

Solo sé que esto, él, es lo único que importa.

El orgasmo me golpea sin aviso, haciéndome arquear la espalda y gritar su nombre.

Royce me sigue segundos después, hundiéndose profundamente y gruñendo contra mi cuello mientras se vacía dentro de mí.

Nos quedamos así durante un momento que podrían ser segundos o minutos, respirando entrecortadamente, con los cuerpos todavía unidos.

Cuando se aparta, es solo para tumbarse a mi lado y atraerme contra su pecho.

No hablamos.

No hay palabras para lo que acaba de pasar.

No hay forma de procesar el hecho de que todo ha cambiado en cuestión de minutos.

Solo está el sonido de nuestras respiraciones acompasándose.

El calor de su piel contra la mía.

La sensación de sus dedos acariciando perezosamente mi espalda.

Los ojos se me cierran poco a poco, con el agotamiento y el placer mezclados en una niebla cálida.

Lo último que registro antes de quedarme dormida es el sonido del corazón de Royce bajo mi oreja.

Late tan fuerte y rápido como el mío.

CAPÍTULO 25

HANNAH

Me despierto con la luz del sol filtrándose por las cortinas y el peso cálido de un brazo alrededor de mi cintura.

Y todo lo sucedido la noche anterior me viene de golpe.

Royce. Royce está en mi cama. Desnudo. Con su pecho presionado contra mi espalda y su respiración acompasada rozando mi nuca.

Los recuerdos de anoche vuelven todos a la vez. Sus manos en mi piel. Su boca en cada centímetro de mi cuerpo. La forma en que me hizo suya una y otra vez. La forma en que me dijo que no iba a dejarme ir.

Me doy la vuelta con cuidado para no despertarlo. Necesito verlo. Necesito asegurarme de que es real, que no es otro de esos sueños que llevan semanas torturándome.

Pero está aquí. Completamente real.

Tiene el pelo revuelto sobre la almohada, las facciones relajadas como nunca se las he visto y una mano todavía extendida hacia mí, como si incluso dormido necesitara tocarme.

Es tan hermoso que duele mirarlo.

Y está en mi cama.

Después de descubrir que mi compromiso con Drake es falso.

Después de venir corriendo hasta aquí como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Después de devorarme contra la puerta y decirme que soy suya.

Tiene que significar algo.

Tiene que significar que esto es real para él también.

Que no fue solo deseo o atracción física o la liberación de semanas de tensión.

El corazón me late tan fuerte que temo despertarlo.

Como si pudiera escuchar mis pensamientos, Royce abre los ojos.

Esos ojos grises me miran durante un segundo de desorientación antes de que la comprensión llegue.

Y entonces su expresión cambia.

Algo se cierra.

Puedo verlo suceder en tiempo real: las defensas subiéndose de golpe, el muro construyéndose ladrillo a ladrillo.

Y el pánico, un instante, antes de que pueda ocultarlo.

—Buenos días —dice, tenso—. ¿Qué hora es?

No es lo que esperaba escuchar.

No después de anoche.

No después de todo.

—No tengo ni idea —contesto, y un frío me trepa por el pecho—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

Se sienta en la cama y se pasa una mano por el pelo con un gesto que reconozco.

Está nervioso.

Royce, el hombre que nunca pierde el control, está nervioso.

La sábana cae hasta su cintura y tengo que obligarme a no distraerme con la vista de su espalda desnuda.

—Royce…

—Debería irme. —Se levanta y busca su ropa con movimientos demasiado rápidos—. Tengo que… tengo cosas que hacer.

Lo veo recoger sus pantalones del suelo. Ponérselos a trompicones. Coger la camisa.

Y algo dentro de mí se rompe.

—¿Eso es todo? —Mi voz sube sola—. ¿Vas a vestirte y marcharte como si anoche no hubiera significado nada?

Royce se detiene con la camisa a medio abrochar.

—Hannah…

—No. —Me levanto de la cama, envuelta en la sábana—. No me vengas con excusas. Anoche viniste a mi casa. Tú. Viniste aquí, me besaste, me follaste, me dijiste que era tuya. ¿O ya no te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente.

—Entonces ¿qué es esto? ¿Tu forma de huir?

Sus manos se detienen en el último botón de la camisa y puedo ver cómo aprieta la mandíbula.

—No estoy huyendo.

—¿Ah, no? Pues desde aquí es justo lo que parece.

Se vuelve hacia mí y hay algo en su expresión que no había visto antes.

Miedo.

Royce Harris tiene miedo.

—¿Qué quieres que diga, Hannah?

—Quiero que me digas que anoche significó algo. Quiero que me digas que esto no es solo sexo. Quiero…

Me detengo, respirando hondo.

Dios.

Voy a decirlo.

Voy a jugármelo todo.

—Quiero que me pidas que no me case.

Lo que sigue es un silencio ensordecedor.

Royce me mira fijamente, con una expresión que parece dolor físico.

—Hannah…

—Pídeme que no me case con Drake. —Doy un paso hacia él—. Pídeme que cancele todo. Que les diga la verdad a nuestras familias. Que pare esta farsa. Pídeme que lo haga y lo haré. Por ti. Haría cualquier cosa por ti.

Veo el momento exacto en que mi confesión le llega.

Veo cómo su expresión se agrieta, cómo el miedo se convierte en pánico absoluto.

—No puedo hacer eso.

Las palabras me golpean como una bofetada.

—¿Qué?

—No puedo pedirte eso. —La voz le falla—. No puedo darte lo que necesitas.

—No lo entiendo…

—No sé cómo hacer esto, Hannah. —Da un paso atrás—. No sé cómo… cómo amar a alguien sin destruirlo por el camino.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero las contengo.

—Royce…

—Lo único que sé sobre el amor es lo que vi en mis padres —continúa, con la voz cada vez más áspera—. Dos personas que se odiaban y que tenían que estar juntas. Que se hacían daño de formas que ningún enemigo podría imaginar. Que convirtieron su matrimonio en un campo de batalla y a Drake y a mí en daño colateral.

—Tú no eres como tus padres.

—¿Cómo lo sabes? —Me mira con esos ojos llenos de tormento—. ¿Cómo puedes estar tan segura cuando yo no lo estoy? Llevo toda mi vida controlándolo todo, manteniendo a todo el mundo a distancia, porque tengo miedo de convertirme en él. De mirar a alguien algún día con el mismo resentimiento con el que él miraba a mi madre.

—Eso no va a pasar…

—No lo sabes —me interrumpe—. Nadie lo sabe. Y no voy a arriesgarme. No contigo.

Doy otro paso hacia él, intentando alcanzarlo.

—Entonces ¿qué fue anoche? ¿Solo sexo?

—Fue un error. —Habla como si le doliera cada sílaba—. Fue perder el control cuando no debí hacerlo. Fue... egoísmo. Puro egoísmo de mi parte.

—No fue egoísmo. Fue real. Lo que hay entre nosotros es real.

—Precisamente por eso no puede pasar. —Sube el tono—. Porque es real. Porque nunca he sentido nada así. Porque me aterra lo que me haces sentir.

El corazón se me acelera.

—¿Te aterro?

—Completamente —admite, con una honestidad brutal—. Eres la primera persona que ha conseguido atravesar todas mis defensas. La primera que me hace querer cosas que juré que nunca querría. La primera que podría destrozarme de verdad.

—Yo nunca…

—Lo sé —me interrumpe de nuevo—. Sé que no lo harías a propósito. Pero yo sí. Yo te haría daño, Hannah. Tarde o temprano,

te haría daño. Porque no sé hacer otra cosa. Porque lo único que sé es cómo controlar, cómo cerrarme, cómo mantener a la gente lejos incluso cuando dicen que me quieren.

Ahora sí, las lágrimas se desbordan.

—Podrías aprender. Podríamos aprender juntos.

Royce cierra los ojos, como si le costara oírlo.

—No puedo arriesgarme. No contigo. Eres demasiado… demasiado buena. Demasiado luminosa. Demasiado todo. Y yo solo conseguiría apagar esa luz.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. —Abre los ojos y la desolación en ellos me parte en dos—. Mereces a alguien que sepa cómo amarte. Que no tenga miedo de sus propios sentimientos. Que no pase cada segundo preguntándose cuándo va a convertirse en su padre.

—Te quiero a ti —digo, rota—. No quiero a nadie más. Solo a ti.

—No deberías. —Da otro paso atrás, como si estar cerca de mí le doliera—. Deberías querer a alguien mejor. Alguien que no esté tan roto.

—No estás roto…

—Sí que lo estoy —dice, casi sin voz—. Y no voy a arrastrarte conmigo.

El silencio de después es devastador.

Nos miramos con la habitación entera entre nosotros, y un abismo que parece imposible de cruzar.

—Entonces eso es todo —digo al cabo de un rato—. Vas a salir por esa puerta y no volver.

—Es lo mejor.

—¿Para quién? ¿Para mí o para ti?

No responde.

Y su silencio es respuesta suficiente.

—Si sales por esa puerta —me tiembla la voz, pero me mantengo firme—. Si te vas ahora sin luchar por nosotros… me voy a casar con Drake. ¿Lo entiendes? Me voy a casar con él el sábado de la semana que viene.

Algo le cruza la cara.

Dolor. Pánico. Desesperación.

Pero entonces vuelve a cerrarse.

—Lo sé.

—¿Y te da igual?

—No. —Su voz se quiebra—. No me da igual. Pero es lo que tiene que pasar.

—Cobarde —susurro—. Eres un cobarde, Royce Harris.

—Lo sé —admite, cogiendo la chaqueta del suelo—. Créeme que lo sé.

Camina hacia la puerta y cada paso que da es un clavo en mi corazón.

Se detiene con la mano en el pomo.

—Lo siento, Hannah. —Lo dice sin volverse—. Siento no poder ser lo que necesitas.

—Eres exactamente lo que necesito —susurro—. Eres tú quien no puede verlo.

Pero no creo que me escuche. Porque la puerta se abre. Se cierra. Y se va.

Me quedo de pie en mitad de mi dormitorio, envuelta en una sábana que todavía huele a él, con lágrimas rodando por mis mejillas. Le acabo de confesar que estoy enamorada de él. Le he dado mi corazón en bandeja de plata. Le he ofrecido romper todo por él. Y él ha salido por la puerta sin mirar atrás.

No porque no le importe. Sino porque le importa demasiado. Porque tiene tanto miedo de hacerme daño que prefiere renunciar a mí antes de arriesgarse. Porque está tan roto por su infancia que no puede ver que no es su padre. Que podría ser diferente. Que podríamos serlo juntos.

Me dejo caer en la cama, abrazada a la almohada donde durmió, y por fin me permito llorar. Lloro por todo lo que podría haber sido y nunca será. Lloro por haber sido tan idiota de enamorarme del hombre más imposible del mundo.

Lloro porque le he entregado mi corazón y él lo ha rechazado. Lloro porque lo amo y él se ama tan poco a sí mismo que no puede creer que sea capaz de amarme bien.

No sé cuánto tiempo paso así. Podría ser una hora. Podrían ser tres.

Solo sé que cuando ya no me quedan lágrimas, el sol está más alto en el cielo y mi móvil no ha dejado de vibrar.

Lo cojo con dedos entumecidos. Cinco mensajes de Drake.

¿Estás bien? Royce acaba de pasar por aquí con cara de funeral.

Hannah, responde por favor.

Sé que anoche fue una bomba, pero necesito saber que estás bien.

¿Royce y tú…?

Por favor, llámame.

También hay un mensaje de mi padre. *Cariño, solo quería recordarte que la prueba final del vestido es hoy a las tres. No llegues tarde. Te quiero.*

El vestido. El vestido de novia. Para la boda que va a tener lugar en nueve días. Para la boda con Drake que ya no tiene ningún sentido. Para la boda que podría cancelar si Royce me lo pidiera.

Pero Royce no me lo va a pedir. Y yo no puedo obligarlo a enfrentarse a sus demonios. No puedo forzar sus sentimientos. No puedo romper las barreras que él mismo ha construido alrededor de su corazón para protegerse.

Solo puedo aceptar su decisión. Solo puedo respetar su miedo. Solo puedo seguir adelante. Aunque me esté matando por dentro.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente se lleve las lágrimas. Cuando salgo, me visto con cuidado. Maquillaje para ocultar las ojeras. Ropa que no diga a gritos «me han roto el corazón esta mañana». Una sonrisa que practico en el espejo hasta que parece casi real.

Porque en nueve días voy a tener que caminar por ese pasillo. Voy a tener que sonreír para las fotos. Voy a tener que fingir que soy la novia más feliz del mundo. Y nadie, ni una sola persona, va a saber que por dentro me estoy muriendo.

Que cada paso que dé hacia Drake será un paso que me aleja de Royce. Que el hombre al que amo tiene tanto miedo de convertirse en su padre que prefiere renunciar a mí antes de arriesgarse. Que lo entiendo. Que comprendo su miedo. Pero que eso no hace que me duela menos.

Cojo las llaves y el bolso. Salgo del apartamento sin mirar atrás.

Y mientras camino por las calles de Nueva York hacia la boutique donde me espera mi vestido de novia, me permito admitir una última verdad. No voy a casarme con Drake porque Royce no me ama. Me voy a casar con Drake porque Royce me ama demasiado y tiene tanto miedo de hacerme daño que prefiere destrozarnos a ambos ahora. Y eso, de una forma retorcida, duele aún más.

Porque significa que ambos vamos a pasar el resto de nuestras vidas preguntándonos qué habría pasado si él hubiera sido lo bastante valiente para intentarlo. Pero no lo ha sido. Y yo no puedo obligarlo a serlo.

Solo puedo seguir adelante. Aunque eso signifique casarme con el hombre equivocado. Aunque eso signifique renunciar a mi única oportunidad de ser feliz. Aunque eso signifique vivir el resto de mi vida con este agujero en el pecho donde antes estaba mi corazón.

CAPÍTULO 26

ROYCE

La vista desde la ventana de mi casa de campo en los Cotswolds es perfecta.

Colinas verdes hasta donde alcanza la vista. Piedra dorada bañada por el sol de la tarde. El silencio absoluto que solo existe cuando estás lo bastante lejos de todo.

Compré esta propiedad hace tres años y nunca la he usado.

Hasta ahora.

Hasta que necesitaba desaparecer.

Llevo seis días aquí. Seis días desde que salí del apartamento de Hannah. Seis días desde que fui el mayor cobarde del mundo y la dejé llorando en su dormitorio después de ofrecerme su corazón en bandeja de plata.

Seis días emborrachándome hasta perder el sentido.

La botella de whisky sobre la mesa está medio vacía. O medio llena, dependiendo de lo optimista que quieras ser. Hay otras tres vacías junto a la chimenea. Mi móvil lleva tres días apagado. Mi portátil cerrado. No he respondido ni un solo email de Claire, que estará al borde de un ataque de nervios intentando localizarme.

Me da igual.

Todo me da igual.

Excepto una cosa. Excepto la imagen de Hannah mirándome con esos ojos dorados llenos de lágrimas mientras me suplicaba que le pidiera que no se casara. Mientras me ofrecía todo. Mientras me decía que haría cualquier cosa por mí.

Y yo salí por la puerta.

Como un puto cobarde.

Me llevo el vaso a los labios y el whisky baja quemando. Ya no me molesto en contar cuántos llevo. Perdí la cuenta después del quinto. O del sexto. Los números han dejado de tener sentido.

Igual que todo lo demás.

Debería estar trabajando. Debería estar en Nueva York, gestionando el hotel, cerrando el acuerdo con los inversores japoneses, supervisando la expansión. Debería estar haciendo todo lo que siempre hago: controlar, dirigir, construir mi imperio.

Pero no puedo.

No puedo pensar en nada excepto en Hannah.

En la forma en que me miró cuando le dije que no podía darle lo que necesitaba.

En cómo su voz se quebró cuando me llamó cobarde.

En cómo tenía razón.

Soy un cobarde.

El mayor cobarde que existe.

Porque lo que debería haberle dicho es la verdad. Que nunca he sentido nada ni de lejos parecido a lo que siento por ella. Que me aterra hasta el punto de no poder respirar. Que todo mi cuerpo me gritaba que la hiciera mía, que le dijera que sí, que al infierno todo excepto estar con ella.

Pero no lo hice. Porque soy como mi padre. Porque llevo su veneno en las venas. Porque todo lo que toco acabo destruyéndolo, y no voy a hacer eso con Hannah.

Ella merece a alguien que sepa cómo amar sin asfixiar. Alguien que no la mire algún día con el mismo resentimiento que vi en los ojos de mi madre. Alguien que no convierta su vida en el campo de batalla que fue mi infancia. Merece a alguien mejor que yo.

Incluso si ese alguien es Drake.

El pensamiento me atraviesa como un cuchillo. Hannah casándose con mi hermano. Hannah caminando por ese pasillo con un vestido blanco. Hannah prometiendo amarlo hasta que la muerte los separe. Hannah siendo de Drake de todas las formas en que podría haber sido mía.

Me levanto del sillón de golpe y casi me caigo. La habitación da vueltas. Bien. El mareo es mejor que pensar.

Camino hacia la ventana y me apoyo contra el cristal frío. ¿Qué día es hoy? ¿Jueves? No. Miércoles. La boda es el sábado.

En tres días Hannah se convertirá en la señora Harris. Solo que no será mi señora Harris. Será la de Drake.

Y yo estaré aquí. A miles de kilómetros. Emborrachándome hasta olvidar mi propio nombre. Porque no puedo estar allí. No puedo verla caminar hacia él. No puedo escuchar esos votos. No puedo fingir que no tengo algo roto por dentro que nunca va a sanar.

Mi móvil vibra en la mesa. Lo he encendido. No recuerdo cuándo. Sería cuando iba por el séptimo whisky y pensé que era buena idea.

Cincuenta y tres llamadas perdidas de Drake. Veintidós de Claire. Ocho de Laura.

Y ninguna de Hannah.

Por supuesto que ninguna de Hannah. ¿Por qué me llamaría? Le ofrecí mi rechazo envuelto en miedo y cobardía. Le dije que no podía darle lo que necesitaba cuando la verdad es que estoy aterrado de darle demasiado. De ahogarla con todo lo que siento. De convertir mi amor en una jaula como hizo mi padre con mi madre.

Porque eso es lo que hace el amor. Destruye. Corrompe. Pudre todo lo bueno hasta que no queda nada excepto odio y resentimiento.

Y yo no voy a hacerle eso a Hannah. Aunque eso signifique destrozarme a mí mismo por el camino.

Me dejo caer de nuevo en el sillón. Cojo la botella tal cual. Al infierno los vasos.

Y bebo hasta que el mundo se vuelve borroso. Hasta que los pensamientos se vuelven menos afilados. Hasta que casi puedo fingir que no acabo de tirar por la borda la única oportunidad de felicidad que he tenido en mi vida.

HANNAH

—No puedes seguir así.

La voz de Drake me sobresalta.

Estoy sentada en el sofá de mi apartamento, mirando la pared, con una taza de té frío entre las manos desde hace dos horas.

¿O tres?

He perdido la noción del tiempo.

—Estoy bien —miento, sin molestarme en mirarlo.

—No lo estás. —Drake se sienta a mi lado—. Llevas días con la misma cara. No comes. Apenas duermes. Y cuando crees que no te veo, te quedas mirando al vacío como si el mundo se hubiera acabado.

—Estoy cansada. La boda es en tres días. Es normal estar nerviosa.

—Esto no es estar nerviosa —dice, suave pero firme—. Esto es estar destrozada. Y creo que sé por qué.

Lo miro, al fin.

Sus ojos grises me estudian con esa mezcla de preocupación y comprensión que me cierra la garganta.

—Es por Royce, ¿verdad?

Las lágrimas empujan, pero las contengo.

He llorado suficiente.

—No sé de qué hablas.

—Hannah. —Coge mi mano—. Somos mejores amigos. Te conozco. Sé cuándo mientes. Y sé que algo pasó con mi hermano. Porque él también está destrozado.

—¿Qué quieres decir?

Drake suspira y se pasa la mano libre por el pelo.

—Royce lleva desaparecido desde el día después de que me pillara con esa mujer. Seis días, Hannah. Se ha largado a Inglaterra, ha apagado el móvil, no responde emails. Claire está al borde de un ataque de nervios. Y yo… yo estoy preocupado. Porque Royce nunca ha hecho esto. Nunca ha perdido el control así.

El pánico me atraviesa de golpe.

—¿Está bien? ¿Sabes dónde está exactamente? ¿Y si le ha pasado algo?

—Sé que está vivo porque su asistente en Londres confirmó que llegó. Pero más allá de eso… no tengo ni idea de cómo está.

Me levanto del sofá, incapaz de quedarme quieta.

—Tienes que ir a buscarlo. Tienes que asegurarte de que está bien.

—Lo haré. —Drake también se levanta—. Pero primero necesito que me digas qué pasó entre vosotros. Necesito saberlo todo para poder arreglarlo.

Me quedo inmóvil, de espaldas a él.

—¿Por qué crees que pasó algo?

—Porque os conozco a los dos. Y porque mi hermano no huye de nada. Nunca. Excepto de esto. Excepto de ti.

Hay un silencio largo.

Luego me doy la vuelta y lo suelto todo.

—Vino aquí. La noche que le dijiste la verdad. Vino y… pasamos la noche juntos. Nos acostamos. Y a la mañana siguiente le pedí que me dijera que no me casara contigo. Que cancelara todo. Que estuviera conmigo.

—¿Y qué dijo?

—Que no podía darme lo que necesitaba. Que no sabía cómo amar sin destruir. Que era mejor que me alejara de él. —Ya no puedo contener las lágrimas—. Y luego se fue. Salió por esa puerta y no he vuelto a saber nada de él.

Drake cierra los ojos y aprieta la mandíbula.

—Ese idiota. Ese puto idiota aterrado.

—No es un idiota. Está… está protegiéndome. De lo que cree que podría hacerme. De convertirse en vuestro padre.

—¿Y tú qué sientes? —Drake me mira fijamente—. Por mi hermano. ¿Qué sientes por él?

Me sale un susurro roto.

—Estoy enamorada de él. Completa y desesperadamente enamorada de Royce. Y sé que es un desastre y que debería odiarlo por haberme rechazado, pero no puedo. No puedo dejar de amarlo.

Drake me abraza mientras lloro contra su hombro.

—No es un desastre que lo ames. Es lo mejor que le ha pasado en su vida. Solo que es demasiado cobarde para verlo.

Me aparto y me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

—No importa. Nos casamos en tres días. Todo está preparado. Las invitaciones enviadas. Mi padre feliz. Tu hermano… tu hermano estará bien cuando esto termine. Cuando esté casada contigo y pueda olvidarse de mí.

—Hannah...

—No, Drake. —Niego con la cabeza—. No te preocupes. Me voy a casar contigo. Quiero casarme contigo. Es lo correcto. Es lo que acordamos. Y yo… yo cumplo mis promesas.

Drake me mira durante un largo momento.

Luego asiente despacio.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Si eso es lo que quieres, entonces nos casamos —dice, sin más —. Pero primero voy a ir a buscar a mi hermano. Voy a asegurarme de que está bien.

—Gracias.

—Tú prepárate para la boda —me interrumpe—. Sonríe para tu padre. Haz todo lo que tienes que hacer. Y yo me encargo de Royce.

Se dirige hacia la puerta.

—Drake. —Lo llamo antes de que salga.

Se vuelve.

—¿Sí?

—Gracias. Por ser mi mejor amigo. Por entenderme. Por… por todo.

Drake sonríe, esa sonrisa traviesa que conozco tan bien.

—Para eso están los amigos.

Abre la puerta.

—Nos vemos en el altar, Hannah.

Y sale. Me quedo sola en mi apartamento.

Con tres días hasta mi boda.

Me siento de nuevo en el sofá. Cojo mi taza de té frío. Y espero.

Porque es lo único que puedo hacer.

Resignarme a que jamás tendré amor verdadero.

CAPÍTULO 27

DRAKE

Me ha costado un puto triunfo encontrarlo.

He llamado a todas las propiedades de Royce en Inglaterra y he sobornado a su asistente en Londres para que me diera las ubicaciones exactas. Después he cogido el primer vuelo disponible y he conducido tres horas por carreteras de mierda hasta los Cotswolds.

Y ahora estoy frente a una casa de campo de piedra dorada que parece salida de una postal, con las cortinas corridas y un silencio que no me gusta nada.

Llamo a la puerta.

Una vez. Dos. Tres. Nada.

—Royce, soy yo. Abre la puta puerta o la echo abajo.

Silencio. Vale. Que sea a la fuerza entonces.

Pruebo el pomo y, para mi sorpresa, la puerta se abre. Ni siquiera la ha cerrado con llave. Eso ya me dice que algo va muy mal.

Royce cierra todo con llave. Siempre. Es su forma de mantener el control sobre su entorno.

Entro en la casa y el olor me golpea de lleno. Whisky. Mucho whisky. Y algo que podría ser desesperación si la desesperación tuviera olor.

La casa está sumida en una penumbra que no debería existir a las dos de la tarde. Hay botellas vacías junto a la chimenea, un vaso volcado en la mesa y, esparcidos por el suelo, papeles que reconozco como contratos sin firmar.

Y en mitad de todo este desastre, mi hermano.

Royce Harris, el hombre más controlado del mundo, está tirado en el sofá con una botella medio vacía en la mano, sin afeitar, con la

camisa arrugada y manchada, y los ojos rojos.

—Joder —susurro.

Royce levanta la vista hacia mí con movimientos lentos.

—¿Drake? —Su voz suena pastosa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —Cruzo el salón en tres zancadas y le quito la botella de las manos—. ¿Qué haces tú aquí? Llevas ocho días desaparecido. Ocho días sin responder llamadas. Ocho días emborrachándote hasta perder el sentido, por lo que veo.

—Devuélveme eso.

—Ni de coña. —Dejo la botella fuera de su alcance—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Royce me mira sin comprender la pregunta.

—No lo sé. ¿Ayer? ¿Anteayer?

—Genial. Perfecto. Mi hermano, el CEO multimillonario, se está matando a whisky en medio de la campiña inglesa. —Resoplo—. ¿Sabes qué día es hoy?

—Jueves.

—Viernes —corrijo—. Viernes por la tarde. Lo que significa que estamos a un día de la boda.

Royce cierra los ojos como si mis palabras le dolieran.

—No me lo recuerdes.

—Oh, voy a recordártelo. Voy a recordártelo a todas horas. Porque mientras tú estás aquí comportándote como un adolescente borracho, Hannah está en Nueva York destrozada, preparándose para casarse con el hombre equivocado porque el hombre correcto es un cobarde.

Los ojos de Royce se abren de golpe.

—No hables de lo que no sabes.

—Sé exactamente de lo que hablo. —Me siento en la mesa frente a él—. Sé que estás enamorado de ella, que ella te ama y que estás aquí, escondiéndote como un puto cobarde porque tienes miedo.

—No estoy…

—Sí que lo estás —le corto—. Estás aterrado. Porque nunca has sentido algo así. Porque no sabes qué hacer con ello. Porque crees que vas a joderlo todo como papá jodió su matrimonio.

Royce se levanta del sofá con un movimiento tan brusco que casi se cae.

—No sabes de qué hablas.

—Entonces ilumíname. —Me levanto también—. Explícame por qué has dejado a Hannah llorando en su apartamento después de pedirte que estuvieras con ella. Explícame por qué preferiste huir a miles de kilómetros antes que luchar por lo que quieres.

—Porque no puedo darle lo que necesita. —Las palabras le salen a borbotones—. Porque no sé cómo hacer esto. Porque voy a destrozarla, Drake. Tarde o temprano, voy a convertirme en él. Y no voy a hacerle eso a Hannah.

—Ah, ya veo. —Cruzo los brazos—. Prefieres destrozarla ahora rechazándola. Mucho mejor plan.

—Es diferente.

—No lo es. Le estás haciendo daño de todas formas. Solo que esta forma te permite sentirte noble por ello.

Royce me fulmina con la mirada.

—Vete, Drake.

—No. —Doy un paso hacia él—. No me voy a ir. Porque alguien tiene que sacarte la cabeza del culo. Y parece que ese alguien soy yo.

—No puedo volver. —Se le quiebra la voz—. No puedo estar allí y verla casarse contigo. No puedo…

—¿Verla casarse conmigo? —repito—. ¿Eso es lo que crees que va a pasar?

—Es lo que tiene que pasar. Es lo mejor para todos.

Suelto una carcajada sin pizca de humor.

—Hermano, eres un genio para los negocios, pero eres idiota para todo lo demás.

—Drake…

—Espabílate. Dúchate. Cámbiate de ropa. —Empiezo a recoger las botellas vacías—. Nos vamos a Nueva York. Ahora.

—No pienso ir a esa boda. —Royce se deja caer de nuevo en el sofá—. No voy a estar allí viendo cómo la mujer que amo se casa con mi hermano. Prefiero morirme.

Me detengo.

Dejo las botellas en la mesa.

Y sonrío.

—¿Qué acabas de decir?

Royce me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Repítelo. Lo que acabas de decir.

—Que no voy a ir…

—No. Después de eso. —Me acerco—. Has dicho «la mujer que amo». La quieres. Lo acabas de admitir.

Royce aprieta los párpados.

—Vete, Drake.

—No. Esto es perfecto. Por fin lo admites. Estás enamorado de Hannah.

—Da igual. No cambia nada.

—Lo cambia todo. —Me siento a su lado—. Porque significa que tienes que volver y ocupar tu lugar en esa boda.

Royce abre los ojos de par en par.

—¿Estás loco? No voy a estar allí viéndola casarse contigo.

—Esa no es la idea, idiota.

—¿Entonces cuál es la idea?

—La idea es que tú ocupes mi lugar —digo despacio, como si hablara con un niño—. Que seas tú quien se case con Hannah.

El silencio que sigue es absoluto.

Royce me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Estás de broma.

—Nunca he hablado más en serio.

—No puedo… no puedo casarme con Hannah.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué no? —Se levanta otra vez—. Porque no sé cómo amar sin destruir. Porque voy a contaminarla con todo lo que está mal en mí.

—¿Contaminarla? —repito—. ¿De verdad crees eso?

—Sí. —Su voz es apenas un susurro—. Sí que lo creo.

Yo también me pongo en pie y me coloco frente a él.

—¿Sabes cuándo aprendí lo que significaba ser amado? ¿Lo que significaba ser cuidado?

Royce me mira sin comprender.

—¿Qué?

—Fue cuando tenía siete años —respondo—. Papá y mamá habían tenido otra de sus peleas épicas. Mamá estaba llorando en su habitación. Papá se había largado a Londres. Y yo estaba asustado, aterrado, convencido de que el mundo se estaba acabando.

—Drake…

—Y entonces apareciste tú —le interrumpo—. Tenías doce años. Entraste en mi habitación, me cogiste de la mano y me sacaste de esa casa. Me llevaste a dar un paseo por el jardín. Me diste un helado aunque sabías que no debíamos comer dulces antes de cenar. Y me dijiste que todo iba a estar bien. Que tú ibas a cuidar de mí. Que no iba a pasarme nada mientras tú estuvieras ahí.

Royce aparta la mirada.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Y lo has seguido haciendo desde entonces —continúo—. Cada vez que me metía en problemas en el internado, eras tú quien venía a buscarme. Cada vez que necesitaba algo, eras tú quien estaba ahí. Cuando papá me gritaba por no ser lo bastante bueno, eras tú quien me recordaba que sí lo era.

—Eso es diferente…

—No lo es. —Me acerco más—. Me has cuidado toda mi vida, Royce. A tu manera fría y controlada, sí. Pero me has cuidado. Me has protegido. Me has amado de la única forma que sabías.

Las lágrimas amenazan con aparecer en los ojos de mi hermano.

—No es suficiente. No para Hannah. Ella merece algo mejor.

—Ella te merece a ti. —Pongo una mano en su hombro—. Te merece exactamente como eres. Con tu forma fría de ser. Con tus manías de control. Con todo lo que arrastras. Y ¿sabes qué? Ella te ama a pesar de todo eso. O quizás por todo eso.

—No puedo…

—Sí que puedes. —Aprieto su hombro—. Puedes ser diferente a papá. Porque ya eres diferente. Papá nunca habría huido por miedo a hacer daño. Habría hecho daño y se habría quedado regodeándose en ello. Pero tú… tú preferiste destrozarte a ti mismo antes que

arriesgarte a hacerle daño a ella. Eso no es ser como él. Es ser exactamente lo contrario.

Royce cierra los ojos y una lágrima se desliza por su mejilla.

—Tengo tanto miedo, Drake.

—Lo sé. —Mi voz se suaviza—. Lo sé, hermano. Pero no puedes dejar que el miedo te quite lo mejor que te ha pasado en la vida.

—¿Y si la cago? ¿Y si no soy suficiente para ella?

—Entonces aprenderás a serlo —digo sin más—. Porque eso es lo que hace la gente que quiere de verdad. Aprende. Crece. Cambia. Y tú puedes hacerlo. Sé que puedes.

Royce abre los ojos y me mira con una vulnerabilidad que nunca le he visto.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque te conozco. —Sonrío—. Eres mi hermano. Mi héroe. El hombre que me enseñó lo que significa ser fuerte incluso cuando todo se está desmoronando. Y si tú pudiste hacer eso por mí, puedes hacer esto por Hannah.

El silencio se alarga.

Luego Royce habla con una voz tan baja que apenas lo oigo.

—No quiero perderte. Eres mi hermano. Lo más importante de mi vida.

—No me vas a perder. —Le abrazo; no lo hacemos nunca, no somos de esa clase de familia—. Siempre voy a estar aquí. Pero no puedes ser infeliz por mí. No puedes sacrificar tu oportunidad de tener una vida real solo porque tienes miedo.

Royce me devuelve el abrazo con una fuerza que me sorprende.

—¿Y si lo echo todo a perder?

—Entonces lo arreglarás. —Me aparto—. Y si no puedes arreglarlo solo, pedirás ayuda. A mí. A Hannah. A quien sea. Pero tienes que intentarlo primero. Tienes que ser lo bastante valiente para dar el primer paso.

Royce respira hondo y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—No sé si puedo.

—Sí que puedes. —Le doy una palmada en la espalda—. Ahora saca la puta cabeza del culo, dúchate y vamos a recuperar a tu

chica.

Royce me sostiene la mirada durante un buen rato. Luego su expresión cambia: la vulnerabilidad sigue ahí, pero hay algo más.

Determinación.

—¿De verdad crees que puedo hacer esto?

—Creo que eres el único que puede hacerlo. Y creo que Hannah lleva días esperando a que aparezcas. Así que no la hagas esperar más.

Royce asiente despacio.

—De acuerdo. —Esta vez suena más firme—. De acuerdo. Voy a hacerlo.

—¿Vas a hacerlo?

—Voy a luchar por ella. —Se endereza—. Voy a ir a esa boda y voy a decirle lo que siento. Y si me rechaza, si me dice que es demasiado tarde… al menos lo habré intentado.

La sonrisa se me ensancha.

—Ahí está mi hermano. El hombre que no se rinde ante nada.

Royce me devuelve la sonrisa, pequeña pero real.

—Gracias, Drake. Por venir hasta aquí. Por no rendirte conmigo.

—Para eso están los hermanos. —Me encojo de hombros—. Ahora muévete. Tenemos que coger un vuelo a Nueva York. Y tú tienes que estar presentable para cuando veas a Hannah. Porque, hermano, ahora mismo das pena.

Royce se mira la ropa arrugada y se ríe.

Es una risa breve, oxidada, como si no lo hubiera hecho en días. Pero es una risa. Y por primera vez desde que llegué, creo de verdad que vamos a conseguirlo.

Que Royce va a tener el valor. Que Hannah va a tener su final feliz. Y que yo voy a poder ir a esa boda sin tener que casarme. Lo cual, la verdad, es un alivio. Porque, aunque quiero a Hannah como a una hermana, la idea de estar casado con ella me daba urticaria.

Royce desaparece escaleras arriba y escucho el agua de la ducha. Me siento en el sofá y cojo el móvil.

Le escribo a Hannah un mensaje rápido. *Misión cumplida. Volvemos a casa. Prepárate.* No le doy más detalles. No le digo que Royce por fin ha admitido que la ama, ni que va a luchar por ella.

Porque algunas cosas son mejores como sorpresa. Y esta va a ser la mejor sorpresa de su vida.

CAPÍTULO 28

HANNAH

Estoy llorando frente al espejo de la sala de preparación de la novia en el jardín botánico de Brooklyn.

El vestido que llevo puesto es de color marfil con encaje delicado, con escote palabra de honor y una cola que se extiende detrás de mí como un sueño. El velo está sujeto con las horquillas que pertenecieron a mi madre. El ramo de peonías blancas descansa sobre la mesa.

Todo es perfecto.

Excepto que me voy a casar con el hombre equivocado.

Y no puedo dejar de llorar.

Han pasado dos días desde que Drake se marchó a buscar a Royce. Dos días sin noticias excepto un mensaje críptico: «Misión cumplida. Volvemos a casa. Prepárate.»

¿Prepararme para qué?

¿Para ver a Royce en la boda?

¿Para tener que mirarlo a los ojos mientras prometo amar a su hermano?

¿Para morir un poco por dentro cada vez que respire el mismo aire que él?

No puedo hacerlo.

No puedo.

La puerta se abre detrás de mí.

—Cariño, es casi la hora. Los invitados ya están… —Mi padre se detiene en seco cuando me ve—. ¿Hannah? ¿Estás llorando?

Me giro hacia él e intento secarme las lágrimas a toda prisa.

—Estoy bien. Son solo nervios.

—No. —Cruza la habitación en tres zancadas—. Esto no son nervios. Te conozco. Algo va mal.

—Papá…

—Dime qué te pasa. —Me coge la cara entre las manos y me obliga a mirarlo—. Por favor. Dime qué te tiene así.

Y entonces se rompe la última barrera.

Todas las mentiras, toda la farsa, todo el peso que llevo cargando desde hace meses.

—No puedo casarme con Drake. —Las palabras me salen entre sollozos—. No puedo hacerlo, papá. No lo amo. Nunca lo he amado. No de esa forma.

Mi padre palidece.

—¿Qué?

—Me he enamorado de otra persona —continúo, incapaz de detenerme ahora que he empezado—. Me he enamorado de Royce. De su hermano. Y sé que es un desastre y que va a ser un escándalo y que todo el mundo va a hablar pero no puedo… no puedo prometer amar a Drake cuando mi corazón le pertenece a otra persona.

Espero la explosión.

Espero la decepción.

Espero que me diga que voy a avergonzar a la familia, que ciento cincuenta personas están esperando ahí fuera, que no puedo hacer esto.

Pero en lugar de eso, mi padre me abraza.

Fuerte.

Como no me ha abrazado desde que era niña.

—Entonces no te vas a casar. —Su voz es firme—. No voy a permitirlo.

Me aparto para mirarlo, segura de que he oído mal.

—¿Qué?

—No te vas a casar con Drake —repite mientras me enjuga las lágrimas con los pulgares—. No voy a dejar que mi hija camine por ese pasillo hacia un hombre al que no quiere.

—Pero… pero el escándalo. Las familias. Todo el mundo está esperando…

—Me importa una mierda lo que espere la gente —me interrumpe, y oírle decir esa palabrota me sorprende tanto que dejo de llorar—. Lo único que me importa es tu felicidad. Y he sido un idiota por no verlo antes.

—Papá…

—No, déjame terminar. —Respira hondo—. He pasado años presionándote para que te casaras, para que sentaras cabeza, para que cumplieras con lo que yo consideraba tu deber. Y todo este tiempo… todo este tiempo solo quería que no te quedaras sola cuando yo me fuera. Quería saber que alguien te cuidaría.

Las lágrimas vuelven a caer.

—Lo sé. Lo entiendo.

—Pero me equivoqué —continúa—. Me equivoqué al pensar que cualquier hombre rico serviría. Me equivoqué al no escucharte cuando me decías que querías esperar. Me equivoqué al priorizar la seguridad sobre la felicidad.

—¿De verdad?

—De verdad. —Sonríe a pesar de sus propias lágrimas—. Tu madre me diría que soy un idiota por haber tardado tanto en darme cuenta. Ella siempre supo que el amor era lo único que importaba.

—La echo de menos —susurro—. Echo de menos a mamá.

—Yo también, cariño. Todos los días. —Me besa la frente—. Y sé que estaría orgullosa de ti. De la mujer valiente en la que te has convertido. Y sé que querría que fueras feliz. Así que vamos a salir ahí fuera y…

La puerta se abre de golpe.

Drake entra como un tornado, seguido de…

Royce.

Royce está aquí.

Lleva un traje negro impecable, ni un pelo fuera de sitio, y tiene los ojos grises fijos en mí con una intensidad que me detiene el corazón.

Me quedo helada, intentando en vano limpiarme las lágrimas.

No quiero que me vea así.

No quiero que vea cuánto me ha destrozado.

Pero antes de que pueda moverme, antes de que pueda decir nada, Royce atraviesa la habitación.

Me coge las manos.

Y se arrodilla frente a mí.

—Perdóname. —Se le rompe la voz—. Por favor, Hannah. Perdóname por ser tan cobarde. Por huir. Por dejarte cuando debería haberte suplicado que me aceptases.

No puedo respirar ni pensar. Solo puedo mirar esos ojos grises, desnudos como nunca los había visto. Llenos de vulnerabilidad.

—Te quiero —continúa, apretándome las manos—. Estoy enamorado de ti como un loco, sin remedio, hasta los huesos. Y no quiero que te cases con mi hermano. No quiero que te cases con nadie excepto conmigo.

—Royce…

—Sé que no merezco una segunda oportunidad, que te hice daño y que soy un desastre emocional con más problemas que soluciones. Pero también sé que te amo más de lo que creía posible amar a alguien. Y sé que quiero pasar el resto de mi vida demostrándote que puedo ser el hombre que mereces.

Ya no intento contener las lágrimas.

—No necesito que seas diferente. Te necesito a ti.

—Entonces cásate conmigo. —Su voz es una súplica—. Aquí. Ahora. Hoy. Cásate conmigo, Hannah. Déjame amarte como debería haberte amado desde el principio. Déjame darte todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que puedo ser. Por favor.

—¿Estás loco? —susurro.

—No. —Una sonrisa pequeña aparece en sus labios—. O tal vez sí. Lo único que me tiene loco es el amor que siento por ti. Así que… ¿qué dices? ¿Te casarás conmigo?

Miro a mi padre, que está de pie junto a Drake.

—Papá…

—No me importa lo que piense la gente. —Repite—. Lo único que me importa es lo que quieras tú. Y si quieres a este hombre, si de verdad lo amas… tienes mi bendición.

Vuelvo a mirar a Royce.

A este hombre que ha atravesado un océano para arrodillarse frente a mí.

A este hombre que ha superado sus miedos más profundos para estar aquí.

A este hombre que me mira como si fuera lo único que importa en el mundo.

—Sí. —La palabra sale como un sollozo—. Sí, me caso contigo. Te quiero. Dios, Royce, te quiero tanto.

Royce se levanta de golpe y su boca atrapa la mía.

Es un beso desesperado, hambriento, lleno de todo lo que no pudimos decirnos: del tiempo perdido, del dolor, de todo el amor que hemos estado conteniendo.

Me sujeta la cara, el pelo, se aferra a mí como si temiera que fuera a desaparecer.

—Te amo —susurra contra mis labios—. Te amo tanto que me asusta. Pero ya no voy a huir. Nunca más.

—Muy bien. —La voz de Drake nos interrumpe—. Esto es precioso y todo eso, pero tenemos ciento cincuenta invitados esperando y una boda que celebrar. Así que os doy diez minutos para… hacer lo que tengáis que hacer. Pero luego salimos ahí fuera.

Mi padre se aclara la garganta.

—Vamos, Drake. Dejémosles un momento.

—¿Solo un momento? —Drake sonríe—. Papá Gray, creo que van a necesitar más de un momento.

—Tenéis diez minutos para hablar. —Mi padre no cede, pero está sonriendo—. Después tenéis que estar listos.

Salen y cierran la puerta detrás de ellos.

Y entonces estamos solos.

Royce y yo.

A diez minutos de nuestra boda.

—Diez minutos no son suficientes —murmura Royce, y vuelve a besarme—. Necesito toda una vida. Varias vidas.

—Entonces empieza ahora.

Sus manos van derechas al bajo de mi vestido.

—¿Estás segura? ¿Aquí, ahora?

—Completamente segura. —Tiro de su chaqueta—. Te necesito. Ahora.

Lo que sigue es frenético, desesperado, nuestro.

Royce me levanta sobre la mesa, apartando el ramo. El vestido sube hasta mi cintura. Tiene las manos en todas partes: me aprende de memoria, me reclama.

—Eres mía —gruñe contra mi cuello—. Solo mía. Para siempre.

—Tuya —jadeo cuando sus dedos me encuentran—. Solo tuya. Siempre.

No hay tiempo para ir despacio ni para ternuras. Solo hay necesidad pura y el amor que casi nos destruye por negarlo.

Cuando Royce al fin se hunde en mí, los dos gemimos al mismo tiempo.

—Te quiero —dice con cada embestida—. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Le clavo las uñas en la espalda—. Tanto. Demasiado.

—Nunca es demasiado —jadea—. Nunca.

El orgasmo me golpea como un relámpago y Royce me sigue segundos después: entierra la cara en mi cuello y tiembla.

Nos quedamos así un momento, con la respiración entrecortada, todavía unidos.

—Acabamos de hacer el amor en la sala de preparación de la novia —digo cuando recupero el aliento.

—Ajá. —Royce levanta la cabeza con una sonrisa—. Y vamos a hacerlo en muchos lugares más después.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Pero primero… —Se aparta y me ayuda a bajar de la mesa —. Tenemos que casarnos.

Me arregla el vestido. Yo le arreglo la corbata. Nos miramos en el espejo, juntos, y el pecho se me llena de un calor nuevo.

—¿Estás listo para esto? —pregunto—. Para casarte delante de toda esa gente.

—Estoy listo para casarme contigo —corrige—. El resto puede irse al infierno.

Sonrío.

—¿Sabes que la mitad de los invitados van a tener un infarto cuando vean que eres tú quien espera en el altar?

—Que tengan el infarto que quieran. —Me da un beso suave—. Lo único que me importa es que al final del día, seas mi esposa.

Llaman a la puerta.

—¿Estáis presentables? —pregunta Drake.

—Sí —respondo.

La puerta se abre y Drake asoma la cabeza.

—Perfecto. Porque es la hora. Todo el mundo está esperando.

Mi padre entra detrás de él.

—¿Lista, cariño?

Miro a Royce, que no me quita los ojos de encima.

—Lista.

El pasillo hacia el altar parece interminable.

Mi padre me lleva del brazo, pero noto lo nervioso que está.

—Todo va a salir bien —susurro.

—Lo sé —responde—. Solo espero que los Harrison no me maten después.

Sonrío pese a todo. La música cambia. Las puertas del jardín se abren.

Y ahí está. Royce, de pie en el altar junto al oficiante. No Drake. Royce.

El murmullo de sorpresa recorre a los invitados como una ola. Oigo susurros. Jadeos. Alguien pregunta en voz alta qué está pasando.

Pero no me importa. Solo puedo mirar a Royce, la forma en que me mira mientras camino hacia él, como si no se creyera que soy real.

Cuando llego al altar, mi padre pone mi mano en la de Royce.

—Cuida de ella —dice.

—Con mi vida —responde Royce.

Mi padre asiente, satisfecho, y va a sentarse.

El oficiante carraspea, confundido.

—Entiendo que ha habido un… cambio de novio.

—Así es. —Royce no me suelta la mano—. ¿Es eso un problema?

—No, señor. Solo… necesitaré el nombre correcto para la ceremonia.

—Royce Harris —dice alto y claro, para que todos puedan oírlo—. Y estoy aquí para casarme con Hannah Gray, si ella todavía me acepta.

Los murmullos aumentan.

Oigo a la señora Harrison preguntarle a alguien qué ocurre.

Veo a varios invitados sacar el móvil.

Pero yo solo tengo ojos para Royce.

—Todavía te acepto —susurro.

—Bien. —Sonríe—. Porque no pienso dejarte ir nunca más.

El oficiante, tras recuperarse de la impresión, comienza la ceremonia.

—Queridos invitados, estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Royce Harris y Hannah Gray…

Las palabras continúan, pero apenas las escucho.

Solo oigo mi corazón latiendo.

Solo siento la mano de Royce en la mía.

Solo veo esos ojos grises que no se apartan de los míos.

—Los votos —dice el oficiante—. Royce Harris, ¿aceptas a Hannah Gray como tu legítima esposa?

Royce aprieta mi mano.

—Acepto. La acepto hoy. La aceptaré mañana. La aceptaré todos los días del resto de mi vida. Prometo amarla incluso cuando tenga miedo. Prometo luchar por ella incluso cuando sea difícil. Prometo no volver a huir. Prometo darle todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que puedo ser.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Y tú, Hannah Gray, ¿aceptas a Royce Harris como tu legítimo esposo?

—Acepto. —Apenas me sale la voz—. Lo acepto con todos sus miedos y todas sus heridas. Prometo amarlo en sus días buenos y en sus días malos. Prometo ser su refugio cuando el mundo sea

demasiado. Prometo recordarle todos los días que no está solo. Que nunca volverá a estar solo.

Royce cierra los ojos un segundo, como si mis palabras le hicieran un daño del bueno.

—Los anillos —anuncia el oficiante.

Drake se adelanta y le entrega a Royce un anillo que reconozco: el que él mismo iba a ponerme.

Royce me lo coloca en el dedo.

—Con este anillo, te reclamo. Para siempre.

Yo le coloco el suyo.

—Con este anillo, te reclamo. Para siempre.

—Entonces, por el poder que me ha sido conferido… —El oficiante sonríe—. Os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Royce no espera ni un segundo. Me atrae hacia él y me besa con todo lo que tiene: con todo el amor, con todo el miedo superado, con toda la promesa de nuestro futuro.

Y mientras los invitados aplauden, mientras los murmullos se convierten en vítores, mientras el mundo entero observa… Solo importamos nosotros. Royce y yo. Por fin juntos. Por fin libres. Por fin en casa.

CAPÍTULO 29

ROYCE

La sala de reuniones de The Legacy está abarrotada.

Laura Kendall, mi directora de marketing, está de pie frente a la pantalla con una expresión que oscila entre el pánico profesional y la fascinación morbosa. Su equipo está disperso alrededor de la mesa con portátiles abiertos, móviles sonando sin parar y esa energía frenética que solo aparece cuando hay una crisis mediática de proporciones épicas.

Y vaya si la hay.

—Bien. —Laura respira hondo—. Vamos a repasar los daños. Manhattan Society Magazine ha publicado tres artículos en las últimas seis horas. Page Six tiene fotos de la ceremonia. Twitter está que arde con el hashtag #CambioDeNovio. Y…

—¿Y? —pregunto, recostándome en la silla, con Hannah sentada a mi lado y su mano entrelazada con la mía.

—Y tenemos doscientas solicitudes de entrevistas. Cincuenta peticiones de declaraciones oficiales. Y al menos diez teorías conspirativas circulando sobre por qué cambió el novio a mitad de ceremonia.

Drake, sentado al otro lado de la mesa junto a Richard Gray, se ríe.

—¿Solo diez? Qué decepción. Yo apostaba por al menos veinte.

Laura lo fulmina con la mirada.

—Esto no tiene gracia, señor Harris. Estamos ante un escándalo de relaciones públicas sin precedentes. La boda del año se ha convertido en…

—¿En la mejor historia de amor que Manhattan ha visto en décadas? —la interrumpe Drake—. Sí, Laura. Exactamente en eso se

ha convertido.

—No es una historia de amor. Es un desastre.

—Es ambas cosas. —Drake sonríe—. Y créeme, sé exactamente cómo convertir un desastre en oro publicitario.

Miro a mi hermano, que está recostado en su silla con esa confianza despreocupada que siempre me ha sacado de quicio.

Excepto que ahora, por primera vez, me pregunto si he estado equivocado al descartarla como simple irresponsabilidad.

—Las redes sociales están divididas —continúa uno de los miembros del equipo de Laura—. La mitad piensa que es romántico. La otra mitad piensa que es un escándalo. Y hay un tercer grupo bastante ruidoso que exige saber qué pasó con el novio original.

—El novio original está de maravilla. —Drake levanta una mano—. De hecho, estoy mejor que nunca. Acabo de librarme de casarme y eso, amigos, es motivo de celebración.

Richard Gray se ríe a pesar de la tensión.

—Tu honestidad es refrescante, Drake.

—Alguien tiene que decir la verdad. —Drake se encoge de hombros—. Y la verdad es que Hannah y yo nunca estuvimos enamorados. Éramos mejores amigos que jugábamos a ser pareja porque… bueno, porque teníamos nuestras razones. Pero entonces apareció el amor de verdad y el resto es historia.

—Esa no es una narrativa que podamos vender. —Laura sacude la cabeza—. Admitir públicamente que el compromiso era falso solo empeorará las cosas.

—¿Quién ha dicho que vayamos a admitir eso? —Drake se inclina hacia delante—. Laura, llevas años trabajando en este negocio. ¿Cuál es la regla número uno de las relaciones públicas?

Laura lo mira con recelo.

—Controlar la narrativa.

—Exacto. Y ahora mismo, la narrativa es un caos. Así que vamos a darles una historia. Una buena historia. Una historia que nadie va a poder resistirse a compartir.

—¿Qué tipo de historia? —pregunta Laura.

Drake sonríe, y esa sonrisa me hace prestar atención de verdad.

—La historia del magnate hermético que nunca creyó en el amor hasta que conoció a la mujer perfecta. Solo que había un problema: ella estaba comprometida con su hermano. Un hermano que, por cierto, no estaba enamorado de ella de verdad, sino que la consideraba su mejor amiga. Así que ese hermano, que da la casualidad de que es el mejor hermano del mundo, se sacrificó y le dio su bendición para que el amor verdadero triunfara.

La sala entera se queda muda.

—Eso… —Laura parece estar procesándolo—. Eso podría funcionar.

—Podría no. Va a funcionar. —Drake se levanta y camina hacia la pantalla—. Piénsalo. Es la historia perfecta para humanizar a Royce. El hombre frío que se enamora por primera vez en su vida y está dispuesto a arriesgarlo todo por esa mujer. Incluida su relación con su hermano. Excepto que su hermano resulta ser un tío increíble que entiende que el amor verdadero es más importante que las apariencias.

—Yo no soy un tío increíble —digo, seco—. Soy un cobarde que casi lo arruina todo.

—Sí, bueno, eso no lo vamos a incluir en la narrativa. —Drake me guiña un ojo—. La clave está en los detalles. En cómo contamos la historia. Y créeme, hermano, sé exactamente cómo contarla.

Drake me clava la mirada, con una determinación y un propósito que no le había visto antes: la misma intensidad que yo pongo en los negocios, aplicada a un terreno que no es el mío.

—Necesitamos declaraciones coordinadas —continúa Drake—. Richard contará que siempre quiso que su hija fuera feliz y que está encantado de que haya encontrado el amor verdadero. Yo daré una entrevista explicando que Hannah es como una hermana para mí y que siempre supe que ella y Royce estaban hechos el uno para el otro. Y Royce…

—¿Qué? —pregunto.

—Royce va a terminar de escribir junto a Hannah esa maldita biografía que lleva meses evitando. Pero con un giro: va a tratar sobre encontrar el amor cuando menos te lo esperas. Sobre superar tus propios miedos. Sobre arriesgarlo todo por la persona correcta.

Hannah me aprieta la mano.

—Eso es… brillante.

—Lo sé. —A Drake le brillan los ojos—. Y también vamos a filtrar alguna foto de la boda. Los mejores momentos. Royce de rodillas frente a Hannah. El beso en el altar. Todo lo que grite «esto es amor de verdad».

—Ya tenemos esas fotos —dice uno de los miembros del equipo —. Los fotógrafos lo captaron todo.

—Perfecto. Las enviamos a las publicaciones correctas con el titular adecuado. «El CEO que nunca creyó en el amor encuentra a su alma gemela en el altar… de su hermano». Manhattan Society va a comerse esto con patatas.

Laura toma notas a toda prisa.

—Necesitaremos tiempo para coordinar todo esto. Al menos una semana para…

—Lo tendrás listo en cuarenta y ocho horas —la corta Drake—. La clave está en la velocidad. Tenemos que controlar la narrativa antes de que otros la controlen por nosotros.

—Eso es… muy agresivo.

—Es efectivo —corrige Drake—. Confía en mí.

Y lo extraño es que yo sí confío en él.

Por primera vez en mi vida, mirando a mi hermano dirigir esta reunión con la misma autoridad con la que yo dirijo las mías, caigo en la cuenta.

Drake no es irresponsable.

Solo es diferente a mí.

Y esa diferencia, lejos de ser un defecto, es justo su mayor fortaleza.

—De acuerdo. —Laura cede y asiente—. Lo haremos a tu manera, Drake. Pero esto tiene que funcionar.

—Funcionará. —Drake sonríe—. Dadme cuarenta y ocho horas y convertiremos este escándalo en la mejor campaña de relaciones públicas que Harris Legacy Hotels haya tenido jamás.

La reunión continúa durante otra hora.

Drake coordina cada detalle con una precisión que me deja asombrado. Asigna tareas. Establece plazos. Anticipa problemas

antes de que aparezcan. Convierte el caos en orden con una facilidad que parece natural.

Como si hubiera nacido para esto.

Cuando todos los demás se marchan, nos quedamos solo Drake, Hannah, Richard y yo en la sala.

—Eso ha sido… impresionante —dice Richard, mirando a Drake con respeto—. Tienes un don para esto, muchacho.

—Gracias. —Drake se encoge de hombros—. Es lo que hago.

—No —digo, levantándome—. Es lo que haces mejor que nadie.

Drake me mira sorprendido.

—¿Qué?

—Acabo de verte resolver en una hora lo que mi equipo de marketing era incapaz de arreglar. Has convertido un desastre en una oportunidad. Has controlado una narrativa imposible y la has hecho trabajar a nuestro favor. Y lo has hecho con una confianza que… —Me detengo a elegir bien las palabras—. Con una confianza que solo viene de saber muy bien lo que estás haciendo.

Sigue un silencio tenso.

Drake me mira como si estuviera esperando la otra parte. El «pero». La crítica. La decepción.

Pero esta vez no va a haberla.

—He sido un idiota —digo por fin—. He pasado años diciéndote que sentaras cabeza. Que maduraras. Que fueras más como yo. Y todo este tiempo lo único que hacía era intentar meterte en un molde que no es el tuyo.

—Royce…

—Tu forma de vivir es tan válida como la mía —continúo—. Tu forma de trabajar es tan valiosa como la mía. Y he estado demasiado ciego para verlo. He sido demasiado arrogante para admitir que podrías ser bueno en algo en lo que yo soy pésimo.

Drake parece incapaz de hablar.

—Eres brillante en relaciones públicas. En conectar con la gente. En leer el ambiente de una sala y saber qué decir en cada momento para conseguir lo que quieres. Y yo… yo he estado tan ocupado comparándote con mis propios estándares que no me he dado cuenta de que tienes los tuyos. Y que son igual de válidos.

—No sé qué decir. —Drake tarda en reaccionar—. Nunca pensé que oiría esto de ti.

—Deberías haberlo oído hace años. —Respiro hondo—. Y para demostrarte que lo digo en serio, quiero que dirijas nuestro hotel más importante.

Drake parpadea.

—¿Qué?

—El Legacy Manhattan. Nuestro buque insignia en América. Quiero que seas tú quien lo dirija. Quiero que seas tú quien establezca las relaciones con la alta sociedad. Que seas tú quien construya la imagen que este hotel necesita para triunfar en esta ciudad.

—Royce, yo no tengo experiencia dirigiendo un hotel.

—No. Pero sabes leer a la gente, anticiparte a lo que necesita y crear conexiones que duran. Y eso es justo lo que este hotel necesita. Así que… —Le tiendo la mano—. ¿Aceptas?

Drake se queda mirando mi mano.

Luego me mira a mí.

Y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿De verdad confías en mí para esto?

—Con los ojos cerrados —digo sin dudar—. Y debería habértelo dicho antes. Debería haberte dicho que confío en ti. Que creo en ti. Que… que estoy orgulloso de ti.

Drake me abraza tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar.

—Gracias. —Su voz es un susurro roto—. Gracias, Royce. No sabes lo que esto significa para mí.

Le devuelvo el abrazo. Y por primera vez en mi vida me permito disfrutar del contacto.

—Tú me criaste —dice contra mi hombro—. Cuando papá no estaba. Cuando mamá miraba hacia otro lado. Eras tú quien estaba ahí. Eras tú quien me protegía. Y he pasado años intentando… intentando ser lo suficientemente bueno para ti. Para que estuvieras orgulloso de mí.

—Siempre he estado orgulloso de ti. —Me tiembla la voz—. Solo que era demasiado idiota para decirlo.

Nos apartamos y los dos nos secamos los ojos con torpeza.

Richard carraspea.

—Esto es muy emotivo, creo que Hannah y yo deberíamos irnos y dejaros…

—No. —Drake se ríe y se seca las últimas lágrimas—. Quedaos. Celebremos. Porque resulta que acabo de conseguir el trabajo de mis sueños y mi hermano acaba de admitir que no es perfecto.

—Nunca he dicho que sea perfecto.

—Lo dabas a entender todo el rato. —Drake sonríe de oreja a oreja—. Pero ahora sé que eres humano. Y eso, hermano, es un gran alivio.

Hannah se levanta y abraza a Drake.

—Gracias. Por todo lo que has hecho. Por nosotros. Por sacrificar tu boda.

—Oh, por favor. —Drake la aparta—. Esa boda no era mía. Nunca lo fue. Era vuestra. Yo solo os estaba guardando el sitio hasta que este idiota se diera cuenta de lo que tenía delante.

—Te quiero, Drake. —Hannah sonríe—. Eres el mejor amigo que se puede tener. Y el mejor cuñado.

—Cuñado —repite Drake—. Joder. Eso significa que ahora somos familia de verdad.

—Siempre hemos sido familia —le dice Hannah—. Pero ahora es oficial.

Pido que nos traigan champán y pasamos la siguiente hora celebrando.

Drake cuenta anécdotas de la boda que yo desconocía. Richard comparte historias de Hannah de pequeña que la hacen sonrojarse. Hannah habla sobre la biografía que todavía tiene que terminar de escribir, ahora con un final muy distinto.

Y yo me quedo observando a mi hermano.

A Drake, que ha pasado años bajo mi sombra, intentando demostrar que es suficiente.

Cuando siempre ha sido más que suficiente.

Solo que yo no quería verlo.

—¿En qué piensas? —susurra Hannah, acercándose a mí.

—En que estuve a punto de echarlo todo a perder —respondo—. Contigo. Con Drake. Con todo.

—Pero no lo hiciste. —Me besa en la mejilla—. Al final, encontraste el valor.

—Gracias a Drake. Él vino a buscarme. Él me obligó a enfrentarme a mis miedos.

—Entonces creo que le debemos una. —Hannah sonríe—. Y de las gordas.

—Le debo más que eso. —Miro a mi hermano, que se está riendo de algo con Richard—. Le debo años de disculpas. Y voy a empezar dándole la oportunidad que siempre debí darle.

—Va a ser brillante —dice Hannah—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Sonrío—. Y tengo la sensación de que verlo dirigir ese hotel va a ser tan entretenido como exasperante.

—¿Exasperante?

—Es Drake. —Me encojo de hombros—. Va a hacer las cosas a su manera. No a la mía. Y me va a volver loco por el camino.

—Pero vas a dejarle hacerlo. —No es una pregunta.

—Voy a dejarle hacerlo —confirmo—. Porque he aprendido que mi forma de trabajar no es la única forma. Y que a veces, la mejor forma de amar a alguien es dejar que sea quien es.

Hannah me besa.

—Te amo.

—Yo también te amo —murmuro contra sus labios—. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por esperarme. Por no rendirte. Por amarme incluso cuando era demasiado cobarde para devolverte todo ese amor.

—La espera ha merecido la pena —dice, como si fuera evidente.

Y miro alrededor de esta sala: veo a mi hermano sonreír, siento la mano de mi esposa en la mía y sé que por fin he encontrado mi lugar…

No puedo estar más de acuerdo.

CAPÍTULO 30

HANNAH

El resort de las Maldivas es impresionante.

La villa privada se asienta sobre el agua, la piscina infinita se funde con el océano y la cama con dosel de lino blanco parece sacada de una fantasía. Y la privacidad es tan absoluta que no hemos salido de la habitación en dos días.

No es que me queje.

Estoy tumbada en una de las tumbonas de la terraza, con un biquini blanco que Royce me compró solo para esta luna de miel y que ha mirando como si quisiera arrancármelo desde que me lo puse esta mañana.

Royce está dentro, duchándose después de nuestra sesión de natación matutina.

Aunque de natación tuvo poco: Royce me arrinconó contra el borde de la piscina y me hizo olvidar mi propio nombre.

Cierro los ojos para disfrutar del sol en la piel, y entonces oigo su voz.

—¿De verdad crees que voy a dejarte ahí sola?

Abro los ojos y me encuentro a Royce de pie junto a mí, con una toalla enrollada en las caderas y el pelo todavía húmedo cayéndole sobre la frente.

Dios.

Mi marido es obscenamente guapo.

—Pensaba que te estabas duchando.

—Me duché. Rápido. —Se inclina sobre mí, con las manos apoyadas en los reposabrazos de la tumbona—. Porque cada segundo que paso lejos de ti es un segundo desperdiciado.

—Eso es muy romántico.

—No es romanticismo. —Su voz baja una octava—. Es sinceridad.

Me besa antes de que pueda responder y el sabor de él me golpea como siempre: especias, control y esa oscuridad deliciosa que me vuelve loca.

Cuando se aparta, estoy sin aliento.

—Tienes que estar agotado —digo, intentando recomponerme—. Llevamos dos días sin parar y…

—¿Y?

—Y solo quiero asegurarme de que no te vas a morir por pasar quince días sin trabajar.

Royce se ríe.

Es una risa real, profunda, que todavía me sorprende cada vez que la oigo.

—¿Crees que voy a morirme?

—Es una posibilidad. Nunca te he visto pasar más de seis horas sin revisar un email o hacer una llamada de trabajo.

—Eso era antes. —Se sienta en el borde de mi tumbona—. Antes de ti.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo planes mucho mejores para estos quince días. —Sus dedos trazan el borde de mi biquini—. Planes que implican follarte por toda esta villa. En la cama. En la ducha. En la terraza. En esa piscina. En la playa privada. En cada lugar donde pueda tenerte.

El calor se dispara entre mis piernas.

—Eso es… ambicioso.

—Soy un hombre ambicioso. —Sonríe—. Y te lo aseguro, Hannah: vamos a pasárnoslo muy bien.

Me incorporo y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Sabes? Hace unos meses nunca habría imaginado esto. Estar casada contigo, en nuestra luna de miel, feliz como nunca.

—Yo tampoco. —Su expresión se suaviza—. Nunca pensé que algo así fuera posible para mí.

—¿El qué?

—Esto. —Gesticula entre nosotros—. Sentir amor real. Querer estar con alguien más de lo que quiero estar solo. Desear el futuro en lugar de temerlo.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Royce…

—Gracias —dice en voz baja—. Por enseñarme que el amor existe de verdad. Por no rendirte cuando yo me rendí. Por ser lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado a mí.

—Entonces supongo que somos los dos muy afortunados. —Me da un beso lento—. Ahora déjame demostrarte bien lo agradecido que estoy.

Sus manos van al nudo de mi biquini y, antes de que pueda reaccionar, la parte superior cae a la tumbona.

Su boca baja a mi pecho y todo pensamiento coherente se evapora.

Me arqueo contra él y le hundo los dedos en el pelo mientras su lengua traza círculos que me hacen perder la cabeza.

Me levanta en brazos como si no pesara nada y me lleva dentro, a esa cama gigantesca. Me deposita en el centro y se queda de pie, mirándome con esos ojos grises que arden.

—Quítate el resto.

Obedezco: deslizo la parte inferior del biquini por las piernas mientras él observa cada movimiento.

Luego se quita la toalla.

Y Dios.

Nunca voy a cansarme de ver a este hombre desnudo. Es absolutamente impresionante.

Se arrodilla en la cama y se arrastra sobre mí con una elegancia de depredador que me acelera la respiración.

—¿Sabes lo que pienso cada vez que te miro? —pregunta, recorriéndome los costados con las manos.

—¿Qué?

—Que eres la mujer más hermosa del mundo. Y que eres mía. Mía del todo. Y que nunca me voy a hartar de esto.

—Yo tampoco.

—Bien. —Su boca desciende por mi cuello—. Porque planeo tenerte así todos los días del resto de nuestras vidas.

Sus dedos me encuentran y gimo por el contacto.

Lo deseo tanto que duele.

—Por favor —susurro—. Royce, por favor.

—¿Por favor qué?

—Necesito sentirte dentro.

Se coloca sobre mí y entonces se hunde en un solo movimiento fluido que nos hace gemir a los dos.

Nunca voy a acostumbrarme a esto: a cómo me llena, a cómo encajamos, a cómo cada embestida me hace sentir más completa que nunca.

—Mía —gruñe sobre mi piel—. Solo mía.

—Solo tuya —jadeo, aferrándome a su espalda—. Siempre.

El ritmo aumenta y noto cómo pierde el control.

Cómo me embiste con una desesperación que me dice bien claro cuánto me necesita.

—Hannah. —Su voz es ronca—. Necesito… necesito decirte algo.

—¿Qué?

—Estoy deseando dejarte embarazada.

Las palabras me atraviesan y mi cuerpo reacciona al instante: se aprieta en torno a él.

—¿Qué?

—Quiero ver cómo mi hijo crece dentro de ti —continúa, sin dejar de moverse—. Quiero que todo el mundo sepa que eres mía de todas las formas posibles.

—Royce…

—Quiero una familia contigo. Quiero todo contigo.

El orgasmo me golpea sin previo aviso, tan intenso que grito su nombre.

Royce se deja ir justo después de mí: se hunde hasta el fondo y tiembla sobre mí.

Nos quedamos así un rato largo, jadeando, con su peso aplastándome contra el colchón de una forma deliciosa.

Cuando finalmente se aparta, me mira con una mezcla de satisfacción y preocupación.

—¿Te molesta lo que te he dicho? Quizás no debería habértelo soltado mientras nos acostamos.

—No. —Sonrío—. Pero deberías saber algo.

—¿El qué?

—Con tu costumbre de tomarme sin protección… podría estar embarazada ya.

Royce se queda de piedra.

—¿Qué?

—No tomo anticonceptivos —le explico—. Nunca los he tomado porque… bueno, porque no me acostaba con nadie. No había necesidad.

—Hannah. —Su voz suena estrangulada—. ¿Me estás diciendo que cada vez que te he tocado, cada vez que te lo he hecho sin protección, podrías haber quedado embarazada?

—Sí.

—Joder. —Cierra los ojos—. Eso es…

—¿Demasiado? ¿Te arrepientes?

Abre los ojos, atónito.

—¿Arrepentirme? Hannah, eso es lo mejor que he oído en mi vida.

—¿De verdad?

—De verdad. —Me besa con una intensidad renovada—. La idea de que puedas estar ya embarazada de nuestro hijo… me vuelve loco.

—Bueno, si no lo estoy todavía, con la frecuencia con la que lo hacemos, seguro que no tarda mucho.

—Bien —se limita a decir—. Porque quiero todo contigo, Hannah. Todo.

Ahora sí, las lágrimas se desbordan.

—Yo también quiero eso. Contigo. Solo contigo.

—Nunca imaginé que podría ser tan feliz —susurra, recogiéndome las lágrimas con los pulgares—. Jamás pensé que existiera una felicidad así. Pero aquí estoy. Casado con la mujer más increíble del mundo. En nuestra luna de miel. Hablando sobre tener hijos. Y sintiéndome más completo de lo que me he sentido nunca.

—Te amo —le digo—. Te amo tanto que a veces me asusta.

—No tengas miedo. —Me besa despacio—. Nunca de mí. Nunca de esto. Porque voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de que sepas cuánto te amo.

—¿Empezando ahora?

—Empezando ahora. —Sonríe—. Tenemos trece días más en esta villa y planeo usarlos todos muy, muy bien.

—¿Otra vez?

—Y otra. Y otra. —Sus manos vuelven a recorrerme—. Hasta que no puedas caminar. Hasta que mi nombre sea lo único que recuerdes. Hasta que no haya duda de que eres mía.

—Ya soy tuya.

—Lo sé —dice contra mi piel—. Pero me gusta recordártelo.

Y entonces me lo recuerda, una y otra vez, hasta que el sol se pone sobre el océano y las estrellas aparecen en el cielo, hasta que estoy tan saciada y feliz que apenas puedo moverme.

Más tarde, mucho más tarde, estamos enredados en las sábanas, tengo la cabeza apoyada en su pecho y su mano acariciándome la espalda, perezosa.

—¿Hannah?

—¿Mmm?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme —responde—. De mí mismo. De mi miedo. De una vida vacía de todo excepto trabajo.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Tú también me salvaste.

—¿De qué?

—De casarme con el hombre equivocado por las razones equivocadas. De no conocer nunca lo que es estar con alguien al que amas de verdad.

—Yo también te amo —dice con intensidad—. Cada parte de ti. Y todas esas partes son perfectas.

—No soy perfecta.

—Para mí sí —insiste—. Eres perfecta para mí. Y eso es lo único que importa.

Me acurruco de nuevo contra su pecho, escuchando el latido constante de su corazón.

—No puedo creer que hace solo unos meses estaba preparándome para casarme con Drake.

—Yo tampoco puedo creerlo. —Royce se tensa—. La idea de que casi te pierdo…

—No me perdiste. Estoy aquí. Para siempre.

—Para siempre —repite, como si saboreara las palabras—. Me gusta cómo suena eso.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio durante un rato, simplemente disfrutando de estar juntos.

Luego Royce habla de nuevo.

—¿Hannah?

—¿Sí?

—Si estás embarazada… ¿cómo te sentirías al respecto?

Sonrío contra su piel.

—Aterrada. Emocionada. Feliz. Todas esas cosas a la vez.

—Yo también —admite—. No tengo ni idea de cómo ser padre. Mi propio padre fue un desastre.

—Pero tú no eres tu padre. —Levanto la cabeza—. Tú eres el hombre que crio a su hermano pequeño cuando nadie más se ocupaba de él. El hombre que le ahorró a Drake todo el dolor que pudo. Vas a ser un padre increíble.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque te conozco —digo, encogiéndome de hombros—. Y sé que cuando amas, lo haces con todo lo que eres. Nuestros hijos van a ser los niños más amados del mundo.

—Nuestros hijos —repite—. Eso suena… real.

—Porque es real. Todo esto es real.

—Sí. —Sonríe—. Y es jodidamente perfecto.

Me río.

—¿El gran Royce Harris diciendo palabrotas en su luna de miel?

—Tú sacas lo peor de mí.

—Y lo mejor.

—Sí. —Me besa—. Sin duda lo mejor.

Y mientras me quedo dormida en sus brazos, con el sonido del océano de fondo y el calor de su cuerpo contra el mío, no puedo evitar pensar que este es justo el lugar donde tenía que estar.

No en una boda falsa con mi mejor amigo.

Sino aquí.

Con Royce.

Con el hombre que me enseñó que el amor verdadero existe.

Que merece la pena luchar por él.

Y que a veces las mejores historias de amor son las que nunca ves venir.

EPÍLOGO

DRAKE

Es mi primer día oficial como director de The Legacy Manhattan y ya estoy a punto de estrangular a alguien.

—Dime que estás de broma. —Aprieto el móvil contra la oreja mientras me aflojo la corbata con la mano libre—. Dime que no acabas de decirme que después de un mes, acceso completo a las cámaras de seguridad del hotel y una cantidad indecente de dinero, sigues sin tener ni puta idea de quién es.

La voz del detective privado al otro lado suena incómoda.

—Señor Harris, le aseguro que hemos seguido todas las pistas posibles. Revisamos las grabaciones de esa noche. La vemos entrar en el hotel. La vemos subir en el ascensor con usted. Pero después…

—¿Después qué?

—Desaparece. Como si nunca hubiera estado allí. No hay registro de la salida. No usó tarjeta de crédito en el bar. No hay ninguna reserva a su nombre. Y las cámaras del pasillo de su suite estaban en mantenimiento esa noche.

—Por supuesto que lo estaban. —Suelto una risa seca—. Porque mi suerte es así de jodida.

—Podríamos ampliar la búsqueda. Contratar más recursos. Pero necesitaría aumentar el presupuesto y…

—No me preocupa lo más mínimo el presupuesto. El dinero no es un problema —le interrumpo—. Duplica lo que sea necesario. Triplícalo. Cuadruplícalo. Me da igual. Pero encuéntrala.

—Señor Harris, con el debido respeto, ¿está seguro de que quiere invertir más en esto? Ha pasado un mes. Si ella quisiera que la encontrara…

—Ya lo habría hecho. Sí, lo sé. —Cojo el vaso de whisky y me lo termino de un trago—. Pero nadie desaparece así. Y menos de mi hotel. Así que sigue buscando o busco yo a otro que sí pueda encontrarla.

—Haré lo que pueda. Le llamaré si encuentro algo.

Cuelgo antes de decirle algo de lo que me arrepienta.

Me dejo caer en mi silla nueva, en mi despacho nuevo, en mi vida nueva que se suponía que iba a ser perfecta.

Y lo único en lo que puedo pensar es en ella.

En la mujer sin nombre que me volvió loco hace un mes.

No sé su nombre.

Esa es la parte más jodida de todo esto.

Pasé tres horas con ella en el bar del hotel. Tres horas hablando, riéndome más de lo que me había reído en meses y descubriendo que era inteligente, divertida, sarcástica de una forma que me enganchó al instante.

Y nunca le pregunté su maldito nombre.

Porque estaba demasiado ocupado ligando con ella, disfrutando de cómo me miraba cuando decía algo gracioso, queriendo llevarla a mi cama.

La conversación fluía. Hablamos de todo y de nada: de libros, de películas, de esa forma en que Manhattan te hace sentir pequeño e inmenso al mismo tiempo. Ella citó a Jane Austen y yo contraataqué con Oscar Wilde. Se rio de mis bromas malas y yo me quedé fascinado con la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de algo que le apasionaba.

Nunca había conocido a nadie así. Alguien que pudiera seguirme el ritmo, que me desafiara sin esfuerzo, que me hiciera querer algo más que una noche.

Y cuando al fin la besé, cuando la llevé arriba, cuando pasamos horas explorando cada centímetro del otro…

Fue diferente. Joder, fue diferente a todo lo que había vivido antes. No fue solo sexo: fue conexión, electricidad pura, fue la primera vez que me planteé desayunar con una mujer.

Excepto que cuando me desperté a la mañana siguiente, ella ya no estaba. No había dejado ni una nota, ni un número, ni más rastro

que su perfume en mis sábanas y la certeza de que acababa de perder a alguien importante.

La ironía no se me escapa. He pasado años siendo yo quien desaparece, quien se va antes del amanecer, quien deja una estela de mujeres sin mirar atrás.

Y la primera vez, la primera maldita vez que encuentro a alguien que me llama la atención… Ella me hace lo mismo.

Es como un castigo cósmico. Karma instantáneo. Y lo peor es que no puedo dejar de pensar en ella: en su risa, en cómo arqueaba la espalda cuando la tocaba, en cómo desapareció sin darme la oportunidad de pedirle que se quedara.

Llaman a la puerta de mi despacho.

Me recompongo en el acto: guardo el móvil y adopto la máscara de confianza despreocupada que he perfeccionado durante años.

—Adelante.

Entra Claire, mi secretaria temporal hasta que se vaya de baja por maternidad.

Está radiante con su vestido premamá azul marino y se acaricia la barriga de seis meses con esa expresión maravillada que tienen todas las embarazadas.

—Buenos días, señor Harris. El equipo está reunido en la sala de conferencias. ¿Está listo para conocerlos?

—Más que listo. —Me levanto y me ajusto la corbata—. ¿Hay alguna cosa que deba saber?

—Son un buen equipo. Leales. Trabajadores. Están un poco nerviosos por el cambio de dirección, pero eso es normal.

—Entendido. ¿Y mi nueva secretaria? ¿Ya ha llegado?

—Sí. De hecho, está esperando en la sala de conferencias con el resto. —Claire sonríe—. Va a encantarle. Es brillante, eficiente y tiene justo el tipo de personalidad que necesita alguien como usted. Por eso la elegí.

—¿Alguien como yo?

—Alguien que necesita que le digan que no de vez en cuando —dice, divertida—. Su hermano necesitaba a alguien que siguiera sus órdenes sin rechistar. Usted necesita a alguien que le plante cara.

—Suena aterrador —bromeo.

—Suena perfecto —corrige Claire—. Ahora vamos. No les hagamos esperar más.

Salgo del despacho con Claire a mi lado y recorremos el pasillo hacia la sala de conferencias.

Puedo hacerlo.

Puedo ser el director que Royce cree que puedo ser, olvidarme de la mujer fantasma que me persigue cada noche y concentrarme en el trabajo, en demostrarle a mi hermano que no se equivocó al confiar en mí.

Claire abre la puerta de la sala de conferencias y entramos.

Hay unas quince personas sentadas alrededor de la mesa.

Me reciben rostros expectantes, posturas profesionales y la energía nerviosa típica del primer día con un nuevo jefe.

Empiezo a sonreír, con el discurso de bienvenida en la punta de la lengua, cuando mis ojos se fijan en una mujer sentada al final de la mesa.

Y me quedo completamente paralizado.

Lleva el pelo castaño recogido en un moño bajo, tiene unos ojos avellana que reconocería en cualquier parte y unos labios que he besado durante horas.

Es ella.

Mi mujer fantasma está sentada en la sala de conferencias y me mira con una expresión de puro pánico que intenta ocultar tras una máscara profesional.

—Permítame presentarle a su nuevo equipo. —La voz de Claire me llega como desde muy lejos—. Empezando por su nueva secretaria ejecutiva. Drake, ella es Hailey Taylor.

Hailey.

Su nombre es Hailey.

Le queda perfecto.

Me acerco a la mesa, incapaz de apartar los ojos de ella.

Hailey se levanta con el resto del equipo y me tiende la mano con una sonrisa profesional que no le llega a los ojos.

—Señor Harris. Es un placer conocerle.

Conocerle.

Como si no nos conociéramos ya, como si no hubiera gemido debajo de mí hace un mes y desaparecido de mi cama igual que un fantasma.

Cojo su mano y la corriente me sacude igual que aquella noche.

Por cómo se le abren un poco los ojos, sé que ella también lo ha sentido.

—El placer es todo mío, señorita Taylor —digo, sujetando su mano un segundo más de la cuenta—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en The Legacy?

—Acabo de empezar esta semana. —Su voz es firme, pero puedo ver la tensión en su mandíbula.

—Tengo la sensación de que vamos a trabajar muy bien juntos —Sonrío despacio.

Ella aparta la mano de golpe.

—Haré todo lo posible por cumplir con sus expectativas, señor Harris.

—Oh, estoy seguro de que las superarás. —Mantengo su mirada —. Con creces.

El doble sentido no le pasa desapercibido. Hailey se sonroja antes de sentarse, manteniendo los ojos fijos en la libreta frente a ella.

Continúo la reunión en piloto automático. Hablo sobre mi visión para el hotel, respondo preguntas, hago las bromas apropiadas que relajan al equipo. Pero una parte de mi cerebro sigue pendiente de la mujer sentada al final de la mesa.

En cómo se esfuerza por parecer profesional, en cómo evita mirarme, en el bolígrafo que golpetea nervioso contra la libreta.

Intenta fingir que no nos conocemos, que aquella noche no existió, que no hay nada entre nosotros excepto una relación profesional de jefe y empleada. Y es adorable, joder.

Cuando la reunión termina, todo el mundo se levanta para irse.

—Señorita Taylor —digo antes de que pueda escapar—. ¿Podría quedarse un momento? Me gustaría repasar mi agenda de esta semana para que nos vayamos conociendo.

La veo tragar saliva.

—Por supuesto, señor Harris.

El resto del equipo sale y nos deja solos en la sala de conferencias.

Hailey permanece de pie junto a la mesa, con la libreta apretada contra el pecho como un escudo.

Me acerco sin prisa y disfruto de cómo me siguen sus ojos.

—Así que te llamas Hailey —digo su nombre como si lo estuviera saboreando—. Es un nombre precioso.

—Gracias.

—¿Sabes? Es curioso. Llevo un mes buscando a alguien.

Su postura se tensa.

—¿Ah, sí?

—Ajá. A una mujer que conocí en este hotel. Pasamos una noche increíble juntos. Hablamos durante horas. Conectamos de una forma que nunca había experimentado antes. —Me detengo a un metro de ella—. Y luego desapareció sin dejar rastro.

—Qué… lástima.

—Lo es. Contraté a un detective privado para encontrarla. He gastado miles de dólares. He revisado todas las cámaras de seguridad. —Sonrío—. Pero resulta que no necesitaba hacer nada de eso. Porque ella ha venido a mí de todas formas.

Hailey levanta la barbilla desafiante.

—No sé de qué está hablando, señor Harris. Esta es la primera vez que nos vemos.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente segura.

—Interesante. —Me acerco otro paso—. Porque juraría que reconozco estos ojos. Y esta boca. Y sobre todo este lunar justo detrás de tu oreja izquierda que besé una y otra vez hace un mes exacto.

El rubor se extiende por su cuello.

—Está confundido.

—No lo estoy. —Bajo la voz—. Pero si quieres jugar a que no nos conocemos, puedo seguirte el juego, Hailey. Podemos fingir que eres solo mi nueva secretaria. Que no hay ninguna historia entre nosotros. Que aquella noche no existió.

—No hay nada que fingir porque no pasó nada.

—Mentirosa —digo con suavidad—. Pero vale. Juguemos. Esto va a ser divertido.

—No sé de qué está hablando.

—Oh, creo que sí. —Ensancho la sonrisa—. Y déjame decirte algo, señorita Taylor. El hecho de que quieras hacerte la difícil solo va a hacer que cuando por fin caigas rendida a mis encantos otra vez… sea todavía más delicioso.

Sus ojos se abren.

—Eso no va a pasar.

—¿No?

—No. Porque aquello fue un error. Una noche que no debería haber ocurrido. Y ahora somos jefe y empleada. Eso es todo.

—Si tú lo dices. —Me encojo de hombros—. Pero deberías saber algo sobre mí, Hailey. Cuando quiero algo, no me rindo hasta conseguirlo. Y resulta que te quiero a ti.

—Pues vas a llevarte una decepción.

—Ya veremos. —Camino hacia la puerta.

Salgo de la sala de conferencias silbando. Mi primer día como director acaba de volverse mucho más interesante.

Hailey Taylor. La mujer que me volvió loco hace un mes, que se esfumó sin despedirse, ahora trabaja para mí.

Esto promete. Ella puede fingir todo lo que quiera, actuar como si no nos conociéramos, poner todas las barreras profesionales que quiera entre nosotros.

Pero yo sé la verdad: sé cómo tiembla cuando la toco y que lo que hay entre nosotros no va a desaparecer solo porque ella quiera ignorarlo.

Y se me da de maravilla conseguir lo que quiero. Más aún cuando lo que quiero es a una mujer inteligente, divertida y preciosa que cree que puede huir de mí.

Que empiece el juego, Hailey Taylor. Que empiece el maldito juego. Porque cuando termine, no vas a poder fingir que no me conoces. Vas a acabar en mi cama otra vez.

Y esta vez no voy a permitirte desaparecer después.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUÍ

¿TE ATREVES A CONOCER LA HISTORIA DE DRAKE?



¿Qué haces cuando descubres que el desconocido con el que compartiste una noche de pasión es tu nuevo jefe?

Hui de su cama al amanecer porque los hombres como **Drake Harris** son peligrosos: guapos, ricos y expertos en romper corazones. Mi plan era no volver a verlo jamás. Pero, un mes después, el destino me lo planta como jefe. Y con una hermana de once años a mi cargo, no puedo permitirme perder este trabajo. Así que respiro hondo, le tiendo la mano y hago la mejor interpretación de mi vida: «Encantada de conocerle, señor Harris».

Hailey Taylor acaba de presentarse. Como si no llevara un mes buscando a la mujer que se escapó de mi cama sin dejarme ni su nombre, y resulta que ahora es mi secretaria y «no nos conocemos de nada». Estupendo. Los dos podemos jugar a esto, y yo juego mejor. Esta vez no pienso dejarla escapar.

Una mujer decidida a fingir que aquella noche no existió. Un hombre dispuesto a recordársela cada día. Y una atracción que amenaza con hacer saltar el juego por los aires.

«Mi Jefe Provocador» es el sexto libro de la serie **Jefes Insoportables**, donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del exclusivo club **El Círculo**. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por las mujeres de las que están enamorados. Me encanta escribir cómo sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/
